

La verdadera espiritualidad

Por Francis A. Schaeffer

La pregunta que tenemos para considerar es: ¿Qué es realmente la vida cristiana, la verdadera espiritualidad, y cómo puede ser vivida en la realidad del siglo XX?

Lo primero que debemos señalar es que es imposible empezar a vivir la vida cristiana o experimentar algo de la verdadera espiritualidad, sin ser cristiano. Y para ser cristiano la única manera no es intentar vivir una especie de vida cristiana, ni esperar cierto tipo de experiencia religiosa sino simplemente es aceptar a Cristo como Salvador. Y todos hemos de seguir el mismo camino si queremos llegar a ser cristianos ya sea que seamos personas complicadas, educadas o sofisticadas o simples en extremo.

DEDICACIÓN Y AGRADECIMIENTO

A mis buenísimos amigos y amigas:

Edith
Priscila/Juan
Elizabeth
Becky
Jandy
Debbie/Udo
Natacha

Samantha
Susana/Ran
Margaret
Kirsty
Fiona
Franky/Genie
Jessica

PÁGINA TITULAR

Copyright © 1971 by Francis Schaeffer
Spanish edition © 2011 by Logoi Inc. with permission of Tyndale House Publishers, Inc.
All rights reserved.

© 1974 Logoi, Inc.
P.O. Box 128, Miami, Florida 33135, EE.UU.
Derechos reservados
Título original en Inglés: True Spirituality
Traducido por: Damián Sánchez Bustamente

© 1972 by Francis A. Schaeffer, Heémoz, Switzerland.
Impreso en España —Printed in Spain
por Pedragosa, Artes gráficas, Torns 312,
Barcelona, España.
I.S.B.N. 84-399-1532-2 / Depósito legal B 12.588-1974

PREFACIO

Si bien la publicación de este libro llega después de varios otros, en cierto sentido tendría que haber sido el primero de todos. Sin el material que aquí se ofrece, no habría existido L'Abri.¹ En los años 1951 y 1952 experimenté en mi propia vida una crisis espiritual.

Hacía ya muchos años que me había convertido del agnosticismo al cristianismo. Después fui pastor durante diez años en los Estados Unidos y luego trabajé en Europa durante varios años más, en compañía de mi esposa Edith. A lo largo de todo este tiempo sentí fuertemente la carga de defender la posición del cristianismo histórico, así como la de la pureza de la iglesia visible. Sin embargo, gradualmente, se me fue presentando un nuevo problema: el problema de la concordancia con la realidad. Tenía dos aspectos: en primer lugar, me parecía que en muchos de los que tienen una posición ortodoxa uno podía ver poca concordancia con la realidad en las cosas que la Biblia dice con claridad (que deben ser resultado natural del cristianismo). En segundo lugar, paso a paso me fui convenciendo de que mi propia concordancia con la realidad era inferior a la que siguió a mi conversión. Me di cuenta de que para ser sincero tenía que dar marcha atrás y volver a examinar toda mi posición.

En aquellos días vivíamos en Champéry y le dije a Edith que por amor a la honradez debería recorrer todo el camino de regreso hasta los tiempos en que era un agnóstico y considerarlo todo de nuevo. Estoy convencido de que mi esposa sufrió mucho aquellos días y que oró mucho por mí. Salía a pasear por las montañas si el tiempo lo permitía y cuando no, me paseaba de un lado a otro dentro del henil del viejo chalet en que vivíamos. Paseaba, oraba e iba dándole vueltas en la cabeza a las enseñanzas de las Escrituras, al mismo tiempo que volvía a considerar las razones que yo tenía para ser cristiano.

A medida que iba reconsiderando los motivos que tenía para ser cristiano vi de nuevo que había razones de sobra para saber que existe el Dios infinito y personal y que el cristianismo es la verdad. Profundizando más, descubrí otra cosa que marcó un gran cambio en mi vida. Investigué seriamente lo que la Biblia decía acerca de la existencia como cristiano. Fui viendo gradualmente que el problema estaba en que, a pesar de toda la enseñanza recibida desde mi conversión al cristianismo, era muy poco lo que había

¹ L'Abri es una organización cristiana evangélica fundada por Francis Schaeffer y su esposa Edith en Huémoz-sur-Ollon, Suiza el 5 de junio de 1955. Ellos abrieron su casa para ministrar a viajeros curiosos y formaron reuniones para discutir diferentes creencias filosóficas y religiosas.

oído acerca de lo que dice la Biblia sobre el sentido que la obra consumada de Cristo tiene para nuestra vida presente. Gradualmente fue apareciendo la luz del sol y al mismo tiempo surgió la canción. Lo curioso fue que también en aquellos días de gozo y de canción descubrí que de mi pluma volvía a fluir poesía (tras muchos años de silencio) poesía de la certeza, de afirmación de la vida, de acción de gracias y de alabanza. Si bien es cierto que como poesía es de escasa calidad, también es cierto que fue la expresión del canto de mi corazón y para mi fue algo maravilloso.

Todo eso fue —y es— la base real de L'Abri. Es importante la enseñanza de las respuestas cristianas históricas y es importante responder con sinceridad a las preguntas sinceras, pero de estos esfuerzos surgió aquella concordancia con la realidad sin la cual no habría sido posible una tarea incisiva como la de L'Abri. Mi única actitud, nuestra única actitud, es de acción de gracias. Los principios que elaboré en Champéry fueron presentados por primera vez en un viejo granero en Dakota como charlas en un campamento bíblico. Esto fue en julio de 1953. Los fui anotando en cuartillas que escribía en el sótano de la casa pastoral. El Señor concedió generosamente su gracia a estos mensajes y todavía hoy me encuentro con personas que, jóvenes entonces, experimentaron allí un cambio en su manera de pensar y en sus vidas. Tras la inauguración de L'Abri en 1955 prediqué estos mismos temas en Huémoz. Posteriormente fueron re-elaborados en forma más amplia y completa en Pennsylvania, en octubre y noviembre de 1963. Después los volví a dar en Huémoz en 1964 a fines del invierno y comienzos de la primavera. Esta fue su forma definitiva, la misma que está grabada en las cintas de L'Abri. El Señor se ha servido de estas grabaciones de una manera que nos ha impresionado profundamente, y esto no sólo en el caso de quienes tenían problemas espirituales, sino también en el de otros cuyos problemas eran psicológicos. Pedimos a Dios que la presentación escrita de estos estudios resulte tan provechosa como lo han sido ya las cintas en muchos lugares del mundo.

Huémoz, Suiza
Mayo, 1971

Sección I: Libertad presente de las ataduras del pasado

Consideraciones básicas sobre la verdadera espiritualidad.

1

LA LEY

Y LA LEY DEL AMOR

La pregunta que tenemos para considerar es: ¿Qué es realmente la vida cristiana, la verdadera espiritualidad, y cómo puede ser vivida en la realidad del siglo XX?

Lo primero que debemos señalar es que es imposible empezar a vivir la vida cristiana o experimentar algo de la verdadera espiritualidad, sin ser cristiano. Y para ser cristiano la única manera no es intentar vivir una especie de vida cristiana, ni esperar cierto tipo de experiencia religiosa sino simplemente es aceptar a Cristo como Salvador. Y todos hemos de seguir el mismo camino si queremos llegar a ser cristianos ya sea que seamos personas complicadas, educadas o sofisticadas o simples en extremo. Así como los reyes y los poderosos de la tierra nacen físicamente exactamente de la misma manera que el más sencillo de entre los hombres, así también, la persona más intelectual se hace cristiana de una manera exactamente igual que la más simple. Y esto es verdad para todos los hombres, en todas partes, en todo tiempo. No existen excepciones. Jesús pronunció una oración completamente exclusiva: «Nadie viene al Padre sino por mí.»

La razón de todo esto está en que todos los hombres están separados de Dios por su verdadera culpa moral. Dios existe, Dios tiene un carácter, es un Dios Santo, y cuando los hombres pecan (y todos debemos reconocer que hemos pecado no sólo por error sino intencionadamente) contraen una culpa moral delante del Dios que existe. La culpa no se trata simplemente del concepto de sentimientos de culpabilidad, de un sentimiento psicológico de culpa en el hombre. Es una auténtica culpa moral delante del infinito y santo Dios personal. Esta culpa sólo puede eliminarla la obra que Cristo consumó como sustituto nuestro en la cruz, como el *Cordero de Dios*, en la historia, en el espacio y en el tiempo. Nuestra verdadera culpa —ese techo de bronce que se interpone entre nosotros y Dios— sólo puede ser quitada sobre la base de la obra consumada de Cristo más nada —*absolutamente nada*— de nuestra parte. La Biblia acentúa que la aceptación del evangelio no debe ir acompañada de ninguna nota humanista. El fundamento único para el perdón de nuestra culpa está en el valor infinito de la obra consumada de Cristo, segunda persona de la Trinidad, en la cruz, *más nada*. Cuando llegamos así, creyendo en Dios, la Biblia dice que Dios nos declara justos; la culpa desaparece, y volvemos a la comunión con

Dios, que fue el propósito original y para lo cual fuimos creados.

Así como el único fundamento para borrar nuestra culpa es la obra de Cristo consumada históricamente en la cruz más nada, el único *instrumento* para aceptar la obra consumada de Cristo en la cruz es la fe. No es fe en el concepto que el siglo XX o que Kierkegaard consideraba como un salto en la oscuridad, ni es una solución sobre la base de fe en la fe. Es creer en las promesas específicas de Dios: no darle más la espalda, ni volver a llamar mentiroso a Dios, sino al contrario, levantar las manos vacías de fe y aceptar la obra consumada de Cristo tal como la realizó históricamente en la cruz. Dice la Biblia que en ese momento pasamos de muerte a vida, del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios. Nos convertimos, individualmente, en hijos de Dios. A partir de entonces, somos hijos de Dios. Insisto, no existe otro modo de empezar la vida cristiana sino el de cruzar la puerta del nacimiento espiritual, exactamente de la misma manera que no existe otra posibilidad para empezar la vida física si no es a través de la puerta del nacimiento físico.

Sin embargo, hemos de añadir a lo dicho que, si bien el nuevo nacimiento es necesario para empezar la vida cristiana, se trata solamente de eso, de un principio. No podemos pensar que toda la vida cristiana consista simplemente en eso, en aceptar a Cristo como Salvador. En un sentido el nacimiento físico es lo más importante en nuestras vidas físicas, ya que no podríamos vivir en este mundo sin haber nacido. Sin embargo, por otro lado, es el aspecto menos importante de nuestras vidas, ya que es solamente el principio y ya pasó. Lo que tiene realmente importancia, es vivir nuestra vida en todas sus relaciones, posibilidades y capacidades. Es exactamente lo mismo que ocurre con el nuevo nacimiento. Por un lado, es lo más importante de nuestra vida espiritual, ya que no podemos ser cristianos hasta que lo hayamos experimentado. Por otra parte, *después* de que uno ya es cristiano, debe minimizarse en el sentido que debemos dejar de pensar en nuestro nuevo nacimiento. Lo que importa, tras nacer espiritualmente, es vivir. Hay un nuevo nacimiento, y *luego* viene la vida cristiana que debe vivirse. Esta es el área de la santificación, que empieza con nuestro nuevo nacimiento, sigue a lo largo de la vida presente, hasta la venida de Jesús o hasta nuestra muerte.

Muchas veces, a la persona que ha nacido de nuevo y pregunta: «¿Y ahora qué tengo que hacer?» Se le hace una lista de cosas para hacer de naturaleza limitada y que son, en principio, negativas. Muchas veces se le deja la idea de que si no hace toda esa serie de cosas, (sea cual fuere la lista de acuerdo con el país, el lugar, y el tiempo en que transcurre su vida) será una persona espiritual. Esto no es así. La verdadera vida cristiana, la verdadera espiritualidad, no es simplemente una lista negativa de cosas pequeñas que no hay que hacer. Aun en el caso de que la lista haya comenzado como un

excelente resumen de cosas de las que se deba estar guardia en un período histórico particular, debemos poner énfasis en que la vida cristiana o la auténtica espiritualidad es algo más que abstenerse mecánicamente de una serie de tabúes.

Como todo lo anterior es verdad, de ahí que casi siempre aparezca otro grupo de cristianos contrario a una lista de tabúes; y de esta manera se inicia en círculos cristianos una especie de lucha entre quienes son partidarios de la lista de tabúes y quienes, convencidos de que en ellas hay algo que no está bien, exclaman: «¡Afuera todos los tabúes, afuera todas las listas!» Unos y otros tienen y no tienen razón, depende de cómo se enfoque el asunto.

Un sábado por la noche, cuando estábamos en una de nuestras habituales charlas en L'Abri, quede muy impresionado por este problema. Precisamente aquella noche todos los presentes eran cristianos y muchos de ellos procedían de grupos en países en los que se estilaba mucho eso de las «listas». Empezaron a hablar contra el empleo de tabúes, y mientras les escuchaba al principio más bien estaba de acuerdo con ellos, tal como iban llevando la conversación. Pero, a medida que se iba prolongando la misma y hablaban contra los tabúes de sus propios países, vi claramente todo lo que los tabúes prohibían. Lo que querían era llevar una vida cristiana más relajada. Ahora bien, lo que debemos tener presente al abandonar tales listas, al experimentar las limitaciones propias de una mentalidad de «listas» es que no sea esto un recurso que nos permita llevar una vida más superficial, sino al contrario, con mayor profundidad. Es por eso por lo que digo que los partidarios de una y otra mentalidad pueden tener razón y no tenerla. No alcanzamos la verdadera espiritualidad o la auténtica vida cristiana por la simple observancia de una lista, pero tampoco la alcanzamos rechazándola simplemente y encogiéndonos de hombros para iniciar una vida más superficial.

Si nos ponemos a pensar las cosas exteriores en relación a la verdadera espiritualidad, nos enfrentamos no con una lista pequeña, sino con los Diez Mandamientos y todos los demás mandatos divinos. En otras palabras, si veo la lista como un estorbo, y digo que esta pequeña lista es trivial, muerta y barata y tomándola me la quito de en medio, entonces aparece ante mis ojos no ya algo más superficial, sino que estoy cara a cara con los «Diez Mandamientos» y todo lo que el mismo supone. Me encuentro cara a cara con lo que podríamos llamar la *Ley del Amor* con el hecho de que tengo que amar a Dios y amar a mi prójimo.

En la epístola a los Romanos 14:15 leemos: «Pero si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió». Esta es la ley de

Dios. En un sentido muy verdadero aquí no hay ninguna libertad, se trata de una rotunda declaración de como debemos actuar. Es absolutamente cierto que no podemos salvarnos obrando así, no podemos hacer esto por nuestra propia fuerza y ni uno de nosotros hace esto perfectamente en esta vida y sin embargo, es un imperativo, un mandamiento absoluto de Dios. Lo mismo vemos en 1 Corintios 8:12-13: «De esta manera, pues, pecando contra vuestros hermanos e hiriendo su débil conciencia, contra Cristo pecáis. Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano». Por consiguiente, cuando tomo en mis manos la lista trivial diciendo que es excesivamente superficial y la dejo a un lado, debo estar consciente de lo que hago. No quedo frente a un concepto libertino, sino frente a los Diez Mandamientos y a la Ley del Amor. Así pues, aunque estamos tratando solamente de los mandamientos *exteriores*, no nos hemos movido hacia una vida mas relajada, sino hacia algo mucho más profundo y escrutador del corazón. De hecho, cuando hemos sido derrotados tras haber luchado honestamente delante de Dios, constataremos con mucha frecuencia que nosotros hemos estado observando por lo menos alguno de los tabúes de las listas. Pero al haber profundizado descubrimos que los guardaremos por una razón absolutamente distinta. Es muy curioso que con frecuencia vayamos dando vueltas en torno a nuestra libertad y al estudiarlas en forma más profunda, descubrimos que en realidad queremos observar todas estas cosas. Pero ya *no* es por la misma razón, la de la presión social. Ya no se trata de aceptar una lista simplemente para que los cristianos se formen un buen concepto de nosotros.

Sin embargo, la vida cristiana y la autentica espiritualidad no se deben considerar de ninguna manera como algo exterior, sino como algo *interior*. La culminación de los Diez Mandamientos está contenida en el decimo mandamiento (Éxodo 20:17): «No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo». El mandamiento de no codiciar es algo absolutamente interior. La codicia, por su misma naturaleza, no puede ser algo exterior. No deja de ser intrigante que sea éste el último de los Diez Mandamientos que Dios nos da y que sea el eje de todos ellos. Lo que se intenta en todo esto es que lleguemos a una actitud interior y no solamente a una exterior. Realmente, tenemos que quebrantar primero este último mandamiento, no codiciar, antes de poder quebrantar cualquiera de los demás. Siempre que quebrantamos uno de los demás mandamientos de Dios, significa que hemos quebrantado este último también. De manera que sea cual fuere el mandamiento que quebrantes de los demás, quebrantas dos: el que quebrantaste propiamente y éste, de no codiciar. Este es el eje de la rueda.

En Romanos 7:7-9 Pablo afirma muy claramente que fue este mandamiento

el que le hizo sentirse pecador: ¿Qué concluiremos? ¿Que la ley es pecado? ¡De ninguna manera! Sin embargo, si no fuera por la ley, no me habría dado cuenta de lo que es el pecado. Por ejemplo, nunca habría sabido yo lo que es codiciar si la ley no hubiera dicho: «No codicies». Pero el pecado, aprovechando la oportunidad que le proporcionó el mandamiento, despertó en mí toda clase de codicia. Porque aparte de la ley el pecado está muerto. En otro tiempo yo tenía vida aparte de la ley; pero cuando vino el mandamiento, cobró vida el pecado y yo morí.

Ahora bien, Pablo no quería decir con esto que antes fue perfecto; y esto queda claro con lo que digo. Lo que quiere decir es: «No sabía que yo era pecador; creía que lo hacía todo bien porque observaba estas cosas exteriores y me sentía bueno en comparación con los demás». Se había estado comparando con la observancia exterior de los mandamientos que tenían los judíos en su tradición. Pero cuando abrió los *Diez Mandamientos* y leyó que el décimo era no codiciar, descubrió que era pecador. ¿Cuándo ocurrió esto? No nos lo dice, pero yo personalmente creo que Dios estaba obrando interiormente en él y le iba haciendo sentir esta falta aún antes de su experiencia en el camino de Damasco, que ya se había dado cuenta que era pecador y que estaba angustiado por ello a la luz del décimo mandamiento, y luego Cristo le habló.

La codicia es el aspecto negativo de los mandamientos positivos: «Amarás a tu Señor Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37, 39).

El amor no es una cosa exterior sino interior. Puede haber manifestaciones exteriores, pero el amor en sí será siempre algo interior. Codiciar es siempre algo interior; la manifestación exterior es su resultado. Debemos entender que amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente, con toda el alma es no codiciar contra Dios; y amar al hombre, amar al prójimo como a nosotros mismos es no codiciar contra el hombre. Cuando no amo al Señor como debo, estoy codiciando contra el Señor. Y cuando no amo a mi prójimo como debo, estoy codiciando contra el.

«No codiciarás» es el mandamiento interior que muestra al hombre que se cree moral la necesidad real de un Salvador. El promedio de los hombres «morales», que ha vivido comparándose a sí mismo con los demás, y ha tenido como punto de referencia una lista de normas no tan difíciles (aun cuando le causen algún dolor y dificultad), como Pablo, puede pensar que se comporta bien. Pero de pronto, al enfrentar su vida con el mandamiento interior de no codiciar, cae de rodillas. Es exactamente lo mismo que ocurre con nosotros como cristianos. Si queremos entender o practicar la verdadera vida cristiana o la auténtica espiritualidad, éste es un punto clave. Puedo tomar listas hechas por los hombres y puedo aparecer

como buen observador de las mismas, pero para observarlas mi corazón no necesita doblegarse. Pero cuando llego al aspecto interior de los *Diez Mandamientos*, cuando llego al aspecto interior de la ley del amor, por poco que preste atención a la dirección del Espíritu Santo, ya no puedo sentirme orgulloso por más tiempo. Caigo de rodillas. Jamás puedo decir durante esta vida: «He llegado; he terminado; miradme, soy santo». Al hablar de la vida cristiana, o de la auténtica espiritualidad, al hablar de la libertad de las ataduras del pecado, debemos estar luchando con los problemas interiores de no codiciar contra Dios y los hombres, de amar a Dios y a los hombres y no simplemente a un conjunto de exterioridades.

Esto plantea inmediatamente una pregunta: ¿Significa esto que *cualquier* deseo es codicia y por tanto pecaminoso? La Biblia nos dice con toda claridad que no todo deseo es pecado. Entonces surge otra pregunta: ¿Cuándo se convierte en codicia un deseo que es lícito? Me parece que podemos contestar a estas preguntas con sencillez: el deseo se convierte en pecado cuando no incluye el amor de Dios o de los hombres. Más aun, me parece que existen dos maneras prácticas de probar cuando codiciamos contra Dios o contra los hombres: la primera es, tengo que amar a Dios tanto como para estar contento; y la segunda es, tengo que amar a los hombres tanto como para no sentir envidia.

Consideremos estas dos pruebas: Primero, con respecto a Dios: tengo que amar a Dios lo bastante como para estar contento, porque de otra manera aun nuestros deseos naturales y lícitos nos llevan a rebelarnos contra Dios. Dios nos ha hecho con deseos lícitos, pero si por mi parte no correspondo con un contentamiento apropiado, estoy en rebeldía contra Dios y por supuesto, en la rebeldía radica el problema central del pecado. Cuando me falta el contentamiento adecuado ocurre que, o bien he olvidado que Dios es Dios, o bien he dejado de someterme a Él. Estamos hablando ahora acerca de una manera práctica de controlar si estamos codiciando contra Dios. Una actitud tranquila y un corazón que da gracias en todo momento es la prueba real de alcance de nuestro amor a Dios en aquel momento. Quiero citar unas contundentes palabras de la Biblia que nos recuerdan que ésta es la norma por la que Dios mide a los cristianos. «Entre ustedes ni siquiera debe mencionarse la inmoralidad sexual, ni ninguna clase de impureza o de avaricia, porque eso no es propio del pueblo santo de Dios. Tampoco debe haber palabras indecentes, conversaciones necias ni chistes groseros, todo lo cual está fuera de lugar; haya más bien acción de gracias. (Efesios 5:3 y 4).

Así, la «acción de gracias» contrasta con la lista negra que la precede. Efesios 5:20 aún es más contundente: «Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo». ¿Qué es lo que incluye este «todo» por el que debemos dar gracias? Este mismo

«todo» se menciona también en Romanos 8:28: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados». No se trata de magia —el Dios infinito y personal promete que Él hará que todo ayude para el bien del cristiano.

Se me dice aquí que si soy un cristiano verdadero, «todo» ayuda a bien. No se trata ya de todas las cosas con excepción de la tristeza; ni de todas las cosas salvo la batalla. Con la expresión «todo» de Romanos 8:28 abarcamos *todas las cosas*. Honramos a Dios y la obra consumada de Cristo cuando con este círculo abarcamos la totalidad de las cosas; *todas las cosas* ayudan a bien a los que aman a Dios, a los que son llamados según Su propósito. Pero hasta el punto que hagamos que la expresión a «todas las cosas» abarque todo, comprenderá también el «todo» de Efesios 5:20: «Dando siempre gracias por todo al Dios y al Padre...» No podemos separar estos dos. El «todo» de Efesios 5:20 es tan amplio como el «todo» de Romanos 8:28. Debe ser una acción de gracias por *todas las cosas*. Esta es la norma por la que Dios nos reconoce.

También en Filipenses se habla de lo mismo. En Filipenses 4:6 leemos: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios, en toda oración y ruego, con acción de gracias».

«Por nada estéis afanosos» significa aquí: No os dejéis vencer en nada por la preocupación, sino dad a conocer a Dios vuestras peticiones por la oración y la súplica con acción de gracias. Por supuesto, esta es una afirmación referente a la oración en contraste con la preocupación, pero al mismo tiempo lleva implícito el mandamiento directo de dar gracias a Dios «por todo» en la oración. Podemos ver en Colosenses 2:7: «Arrraigados y sobre edificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias». Advertiréis que esto está ligado al versículo seis: «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él». ¿Qué significa andar en Cristo? Es estar arraigados y sobre edificados en él y confirmados en la fe. (Y muchos creemos que es *por* la fe, que el instrumento para hacer esto es la fe), «...abundando en acciones de gracias.» La nota final es sobre la acción de gracias.

Luego tenemos en Colosenses 3:15: «Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos». Y en el versículo 17: «Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él». Y de nuevo en Colosenses 4:2: «Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias».

Estas palabras sobre la acción de gracias en cierto sentido son fuertes. Son hermosas pero no nos permiten cambio: «todas las cosas» quiere decir

todas las cosas.

Leemos en 1 Tesalonicenses 5:18: «Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús». Y esto está ligado al versículo siguiente, el 19: «No apaguéis el Espíritu». Una cosa queda en claro. Dios nos dice: Dad gracias en *todo*.

Me parece que podemos ver esto en la perspectiva correcta si leemos Romanos 1:21: «Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido». Este es el punto central: No fueron agradecidos. En lugar de dar gracias a «se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido». Creyéndose sabios, se hicieron necios. El principio de la rebelión de los hombres contra Dios estuvo —y aún está— en la falta de un corazón agradecido. No tuvieron corazones justos y agradecidos que se reconocieran como criaturas delante del Creador y cayeran de rodillas no solo físicamente, sino también en su obstinado corazón. La rebelión es la negación deliberada de la criatura de reconocer su calidad de criatura delante del Creador y que se manifiesta en la falta de acción de gracias. El amor debe llevar consigo un «gracias», no de manera superficial u «oficial», sino siendo agradecido y con la mente y con la voz dar las «gracias» a Dios. Como veremos más adelante, esto no se debe confundir con dejar de estar en contra de la crueldad en el mundo de hoy, pero *sí* significa tener un corazón agradecido para con el Dios que está allí.

Aquí van implicadas dos cosas, si hemos de mirar todo esto en un contexto más bien cristiano. La primera es que como cristianos decimos que vivimos en un *universo personal* en el sentido de que fue creado por un Dios personal. Ahora que hemos aceptado a Cristo como a nuestro Salvador, Dios Padre es nuestro Padre. Cuando decimos que vivimos en un *universo personal* y que Dios Padre es nuestro Padre, pero sin llegar a tener una actitud de confianza estamos negando lo que decimos creer. Decimos que como cristianos hemos escogido el lugar de criatura ante el Creador, pero cuando mostramos una falta de confianza ponemos de manifiesto que *en aquel momento*, en la práctica, no hemos hecho esa elección.

La segunda cosa que hemos de incluir para entender lo que es un corazón contento en un esquema preferentemente cristiano, queda ilustrado con el dilema de Camus en *La Peste*. Como cristianos decimos que vivimos en un *universo sobrenatural* y que existe una lucha desde la caída del hombre y que esta lucha se da tanto en el mundo visible como en el invisible. Es esto lo que decimos creer. Insistimos en esto en contra de los naturalistas y los anti-sobre naturalistas. Si realmente creemos esto, en primer lugar podemos estar contentos y, sin embargo, combatir el mal, y segundo,

debemos estar seguros del derecho que Dios tiene de colocarnos como cristianos en el lugar de la batalla que Él juzgue más conveniente.

En la comprensión cristiana del contentamiento debemos experimentar alegría en relación con todas estas cosas. Resumiendo: Existe un Dios *personal*. Él es mi Padre desde que acepté a Cristo como Salvador. Luego, cuando me falta confianza, estoy negando lo que digo creer. Al mismo tiempo, afirmo que hay una lucha en el universo, y que Dios es Dios. Por tanto, si me falta confianza, lo que realmente estoy haciendo es negar en la práctica que Él —como Dios— tenga el derecho de usarme en el lugar que quiera en la batalla espiritual que se desarrolla en el mundo visible e invisible. La confianza y el contentamiento deben formar parte de la estructura cristiana, pero en la estructura propia, el contentamiento cobra una importancia capital.

Si desaparecen el contentamiento y la acción de gracias, es porque no amamos a Dios como debiéramos y nuestro deseo lícito se ha convertido en codicia contra Dios. Es en esta zona interior donde primero se pierde la verdadera espiritualidad. La zona exterior es siempre el resultado de lo ocurrido en la interior.

La segunda prueba para comprobar hasta donde el deseo lícito se convierte en codicia consiste en que hemos de amar a los hombres hasta el punto de no sentir envidia, y esto se refiere no solamente a su dinero, sino a todo. Por ejemplo, puede haber envidia por los dones espirituales. Para esto hay una prueba muy sencilla. Nuestros deseos naturales se han convertido en codicia contra una criatura de nuestra misma clase, contra un compañero, cuando interiormente nos alegraríamos de su desgracia. Cuando un hombre tiene algo y lo pierde, ¿sentimos un placer interior, una secreta satisfacción? No contestéis demasiado de prisa para decir que eso no ocurre jamás, porque podríais decir una mentira. Todos debemos reconocer que aun cuando vamos progresando en nuestra vida cristiana, aun en esas zonas en que decimos anhelar que la iglesia de Jesucristo tenga más vida en nuestra generación, con frecuencia sentimos esta terrible secreta satisfacción ante las pérdidas de los demás, aun en las pérdidas que tienen hermanos en Cristo. Así pues, si de una manera u otra esta es mi mentalidad, entonces mis deseos naturales se han convertido en codicia. Si interiormente soy codicioso, no amo a los hombres como debo.

La codicia interior, la falta de amor hacia los hombres, tiende en seguida a derramarse hacia el mundo exterior. No se la puede ocultar del todo en el mundo interior. Y esto ocurre en diversos grados. Cuando me sabe mal que otros tengan lo que yo no tengo, y permito que crezca en mí este sentimiento, muy pronto llegaré al punto de no amar a la persona misma. Todos hemos experimentado esto. A medida que el Espíritu Santo

acrecienta en nosotros la sinceridad vamos reconociendo que frecuentemente sentimos antipatía por una persona porque hemos codiciado algo suyo. Más aun, si el hecho de que otro pierda alguna cosa me hace feliz, el paso siguiente en el mundo exterior será el de moverme abierta o disimuladamente a fin de lograr que lo pierda realmente, ya sea mediante la mentira, robo o de cualquier otra manera.

En 1 Corintios 10:23-24 se me dice que mi aspiración en el amor ha de ser buscar el bien del otro y no sólo mi propio bien: «Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica. Ninguno busque su propio bien, sino el del otro». Y lo mismo es verdad en 1 Corintios 13:4-5: «El amor es sufrido, es benigno, el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no es indecoroso, no busca lo suyo...».

Cuando leemos estas cosas y comprendemos que un fracaso en esto se identifica realmente con la codicia, con la falta de amor, entonces cada uno de nosotros debiera caer de rodillas como hizo Pablo cuando descubrió el mandamiento de no codiciar; es así como se puede destruir cualquier visión superficial de la vida cristiana.

Estas son las zonas de la verdadera espiritualidad, de la verdadera vida cristiana. Tienen su fundamento no en algo exterior, sino en lo interior; tienen profundidad. Desciende hasta las zonas interiores de nuestra vida, las que preferimos queden ocultas a nosotros mismos. El área interior es el primer punto en que se pierde la verdadera vida cristiana, la verdadera espiritualidad. El acto pecaminoso externo es el resultado. Tenemos un excelente punto de partida con sólo que retengamos esto: *lo fundamental es lo interior, y lo exterior es simplemente el resultado.*

Sin embargo, la auténtica espiritualidad, la vida cristiana, aun supone otro paso. Hasta ahora sólo hemos pasado del concepto de una pequeña y limitada lista de cosas a los *Diez Mandamientos* en su conjunto y al conjunto de la ley de amor. Y luego hemos pasado de lo exterior a lo interior. Pero en uno y otro caso hemos hablado ampliamente de algo negativo. Ahora bien, la verdadera espiritualidad —la vida cristiana— es algo más profundo incluso que el concepto profundo de una negación adecuada. La auténtica espiritualidad —la vida cristiana— es algo positivo en su finalidad. Ya lo hemos visto en aquello de: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente... y a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-39). Pero subrayemos ahora que la auténtica espiritualidad —la verdadera vida cristiana— no es negativa en las más profundas esferas de nuestro ser. Hay un aspecto bíblico negativo, pero también hay uno positivo.

A medida que avanza el presente estudio reflexionaremos más

ampliamente sobre los pasajes que verán a continuación, pero ahora vamos a darle un primer vistazo. Romanos 6:4a es un aspecto bíblico negativo (los tiempos de los verbos los leo de acuerdo con el original griego, y no según la versión Reina Valera): «Porque fuimos sepultados con él por el bautismo en la muerte». Esto es negativo. Fuimos sepultados con él por el bautismo en la muerte. Y encontramos esto mismo en la primera parte del versículo seis: «Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él». Cuando acepté a Cristo como Salvador, cuando Dios como Juez me declaró justificado, estas cosas empezaron a ser legalmente verdaderas. En la vida cristiana soy llamado a que todo esto se haga verdadero en la práctica. En Gálatas 2:20a vemos lo mismo dicho con énfasis negativo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado».

Jamás se deben pasar por alto estos aspectos negativos, ya sea en la justificación, ya en la vida cristiana, pues de lo contrario no podríamos entender los aspectos positivos que van a continuación. En Gálatas 6:14 leemos: «Pero lejos esté de mi gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mi, y yo al mundo». Esta es una negación que tiene mucha fuerza. No puede tomarse simplemente como una proposición teórica. Como veremos luego, debe ser puesta en práctica por la gracia de Dios. Hay, por tanto, un lugar para una verdadera negación bíblica. Pero sigamos ahora hacia adelante y notemos que la vida cristiana —la auténtica espiritualidad— no se detiene en lo negativo, existe también el aspecto positivo.

Así, en Gálatas 2:20, leemos también: «Con Cristo estoy juntamente crucificado...». Sigue luego una interrupción en el versículo. En mi Biblia la he señalado con dos pequeñas líneas, de manera que incluso en una lectura rápida pueda apreciar con claridad esa interrupción: «Con Cristo estoy juntamente crucificado (interrupción), y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí». Así, aunque es una frase negativa, se convierte en positiva y quedarse con lo negativo es perder el punto central. La verdadera vida cristiana no es una vida exterior o una vida interior de pensamiento, basada en negociaciones fundamentales; no es una vida de odio, por la forma en que podemos vivirla cuando pasamos por el desaliento o nos encontramos sumidos en otros problemas psicológicos. El negativo cristiano no es un negativo nihilista. Es una verdadera negativa bíblica. Pero la vida cristiana no se detiene en lo negativo. Hay una verdadera vida tanto en el presente como en el futuro.

En Romanos sentimos la misma fuerza (6:4): «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros

andemos en vida nueva». Y debe leerse así: «Para que *podamos* andar en vida nueva». Esto es positivo. Hay una posibilidad. Existe la posibilidad de caminar en una vida nueva en esta vida, ahora mismo, en el lapso que transcurre entre el nuevo nacimiento y la muerte, o la segunda venida de Jesús. Lo mismo encontramos en Romanos 6:6: «Sabido esto, que nuestro hombre viejo fue crucificado juntamente con él, para que sea destruido el cuerpo del pecado, a fin de que no sirvamos mas al pecado». Así que morimos con Cristo pero resucitamos con Cristo. Ahí esta puesto el énfasis. La muerte de Cristo es un hecho histórico del pasado y nosotros resucitaremos de entre los muertos en la historia futura; pero se ha de dar una demostración positiva en la historia presente, ahora, antes de nuestra futura resurrección. Como ilustración leemos en Gálatas 5:15 un aspecto negativo: «Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros». Está hablando de los cristianos. Esto es negativo. Pero está también la parte positiva (versículo 14): «Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Y se repite también el aspecto positivo en los versículos 22 y 23 del mismo capítulo: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley». Así pues, el contexto nos lleva del aspecto negativo al positivo en nuestras consideraciones de la vida cristiana.

Resumiendo pues, este capítulo que sirve de introducción a todo lo que viene a continuación:

1. La verdadera vida cristiana —la autentica espiritualidad— no significa *simplemente* que hemos nacido de nuevo. Tiene que empezar por ahí, pero significa mucho más que eso. No significa sólo que vamos a ir al cielo. Significa eso pero aún mucho más. La verdadera vida cristiana, la autentica espiritualidad en la vida presente significa más que estar justificado y más que saber que vamos a ir al cielo.
2. Ni es simplemente desear verse libre de tabúes a fin de poder vivir una vida más fácil y ligera. Hemos de desear una vida más profunda. Y cuando empiezo a pensar esto, la Biblia me presenta los *Diez Mandamientos* en conjunto y la Ley entera del Amor.
3. La auténtica espiritualidad —la verdadera vida cristiana— no acaba en lo exterior, sino que *es* interior, es no codiciar contra Dios ni contra los hombres.
4. Pero aún es mucho más que eso: es algo positivo, una realidad interior positiva, y también positiva en sus resultados externos. Lo interior tiene que ser positivo y no simplemente negativo; y luego a partir de la realidad positiva interior debe convertirse en una manifestación positiva exterior. No se trata simplemente de que estemos muertos a ciertas cosas, sino que debemos amar a Dios, debemos estar vivos para Él, debemos estar en comunión con Él, *en este momento presente*

de la historia. Y debemos amar a los hombres, estar vivos ante todos los hombres como tales y estar en comunión a un nivel verdaderamente personal con ellos, *en este momento presente de la historia.*

Cuando hablo de la vida cristiana, o de la liberación de las ataduras del pecado, o de la auténtica espiritualidad, los cuatro puntos arriba señalados son los que indican la Biblia y todo lo que no sea así es jugar con Dios, jugar con aquel que creó el mundo, y jugar también con aquel que murió en la cruz. Esto es lo que hemos de tener presente al iniciar este estudio, ya que de otra manera no valdría la pena ni siquiera empezar a hablar acerca de una liberación experimental de las ataduras del pecado o acerca de una realidad experimental de la vida cristiana, de la auténtica espiritualidad. Si no tenemos todo esto presente, por muy pobre que pueda ser nuestra visión, y por muy pobre que pueda ser nuestra aspiración, sería mejor detenernos aquí. Todo lo demás sería jugar con Dios, y jugar con Dios es pecado.

2

LA CENTRALIDAD DE LA MUERTE

Este capítulo es el primero de tres muy relacionados entre sí en los que vamos a tratarlas *consideraciones fundamentales de la vida cristiana, o de la verdadera espiritualidad.* Nos hemos referido ya a un aspecto negativo y a otro positivo de la vida cristiana. Volvamos ahora a las consideraciones negativas. Estas consideraciones negativas pueden quedar resumidas en las palabras de cuatro versículos bíblicos:

1. Romanos 6:4a: «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo».
2. Romanos 6:6a: «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él.»
3. Gálatas 2:20a: «Con Cristo estoy juntamente crucificado».
4. Gálatas 6:14: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí y yo al mundo».

Según estas afirmaciones, sabemos que como cristianos estamos muertos con Cristo ante Dios, desde el momento en que le aceptamos como Salvador. Pero aún hay mucho más que esto. Implica también la exigencia de que hemos de morir cada día. Este es el aspecto negativo que mencionamos en el capítulo primero y que vamos ahora a desarrollar con mayor amplitud.

Como mencionamos en el capítulo primero, la Biblia nos da una negativa incisiva en gran manera de la que no se puede hacer abstracción, sino

que incide en la dura trama de la vida normal. Vimos que la *Palabra de Dios* dice con claridad que en todas las cosas, incluyendo las más arduas, debemos estar contentos y darle las «gracias a Dios». He aquí algo negativo y se trata realmente de una negación. Es la negación de decir «no» al dominio que ejercen sobre nosotros las cosas y el propio yo.

Vemos también que la Biblia nos dice que hemos de amar a los hombres, no sólo en un sentido romántico o idealizado, sino tanto como para no sentir envidia. De nuevo aquí nos engañaríamos si no señaláramos que esta palabra no tendría sentido —sería una palabra puramente romántica y utópica en mal sentido— a menos que veamos que implica también un aspecto muy claramente negativo. Si tenemos esta actitud correcta, significa que estamos diciendo «no» en ciertas zonas muy definidas a ciertas cosas, y diciéndonos «no» a nosotros mismos.

Digamos otra vez que esto no es algo que se deba tomar románticamente, para excitar una especie de emoción en nosotros mismos. Se trata de una negativa rotunda. Tenemos que estar dispuestos a decirnos «no» a nosotros mismos, y a decirle «no» a las cosas, a fin de que el mandamiento de amar a Dios y a los hombres pueda tener un sentido real. Aun en aquellas cosas que me están permitidas y no suponen una infracción de los *Diez Mandamientos* —no debo buscar mi propio bien, sino el de los demás. Y cualquiera de nosotros que este reflexionando sinceramente debe decir al llegar a este punto concreto que esta posición que nos presenta la Escritura es al parecer muy difícil. Cuando nos situamos en el círculo de una perspectiva de la vida normal entre los hombres y nos enfrentamos sinceramente a estas cosas en la Biblia, debemos decir una de dos cosas. Bien hemos de ponernos románticos y pretender que lo que se intenta con estas afirmaciones es darnos simplemente un buen sentimiento, y algún día —muy lejano— en el reino de Dios, en el futuro, bien en el cielo eterno, significará algo práctico. O bien, si no decimos esto, pero nos enfrentamos con sentido real que le da la Biblia a estas palabras, debemos sentirnos como que topamos con una pared dura. No podéis escuchar de una manera confortable versículos como este, esta arremetida negativa en la Palabra de Dios referente a la vida cristiana, a menos que nos pongamos románticos. Ciertamente esto ha sido siempre así desde la caída del hombre. Pero ciertamente que es válido *especialmente* en la filosofía «cosista»² y en la filosofía «exitista»³ del siglo XX. Estamos rodeados por un mundo que a ninguna cosa dice «no». Cuando estamos rodeados por esta filosofía, en la que se juzgan todas las cosas por su tamaño y por su éxito, puede resultar muy duro que se nos diga luego que en la vida cristiana tenemos que adherirnos a este aspecto fuertemente negativo de decir «no» a las cosas y «no» al yo. Y si no nos resulta duro es

² Cosista: Que busca la felicidad en las cosas.

³ Exitista: Que busca la felicidad en el éxito.

que en realidad no prestamos atención a su voz.

En nuestra cultura se nos repite insistentemente que no debemos decir «no» a nuestros hijos. Más aun, nuestra sociedad fuertemente relaciona la represión con el mal. Tenemos una sociedad que no se quiere desentender de nada, si no es para ganar algo más en otra zona distinta. Cualquier idea que suponga un «no» real se esquila en lo posible. Los que somos ya un poquitín mayores podemos creer que quien dice esto es la generación más joven. La mayor parte de la generación joven es con toda seguridad así: no saben decir «no», ni a sí mismos ni a cualquier otra cosa. Pero esto es solo la mitad de la verdad, ya que también son así los mayores. Es la actual generación madura la que ha creado este ambiente, un ambiente de cosas y de éxito. Hemos creado la filosofía de la abundancia, en la que todo se debe juzgar sobre la base de si lleva o no a la abundancia. Ante esto, lo demás no tiene importancia: Los absolutos de cualquier clase, los principios éticos, todo debe ceder ante la riqueza y la paz personal egoísta.

Por supuesto que este ambiente, el de no decir «no», se adapta estupendamente a nuestra disposición natural como individuos, porque desde la caída del hombre, no queremos negarnos a nosotros mismos. Realmente hacemos todo lo que podemos, ya sea en un sentido filosófico o práctico, para colocarnos a nosotros mismos en el centro del universo. Es ahí donde naturalmente queremos vivir. Y esta disposición natural se amolda estupendamente al ambiente que nos rodea en el siglo XX.

Este fue *el* centro mismo de la caída. Cuando Satanás le dijo a Eva: «No moriréis... sino... seréis como Dios», ella *quiso* ser como Dios (Génesis 3:4-5). No quiso decir «no» a la fruta apetecible a los ojos, aunque Dios le había dicho que dijera «no» y le había advertido de las posibles consecuencias, y de ahí derivó todo lo demás. Ella se puso en el centro del universo y quiso ser como Dios.

Al iniciar la vida cristiana debo enfrentarme ante el hecho con honradez y constatar que también el cristiano percibe en su interior unas ondas de frecuencia similar a las que existen a su alrededor, en lo referente a las cosas y al éxito. Por consiguiente es falso decir que no tengo la sensación de golpear contra una dura pared cuando presto atención a esta negativa; significa que me estoy engañando a mí mismo, no me comporto honradamente. Si me sitúo en la perspectiva normal del hombre caído, y especialmente en la perspectiva normal del siglo XX, resulta mucho más difícil aún. Pero si cambio mi perspectiva, cambia todo el conjunto, y es esto lo que quiero intentar al empezar este segundo capítulo: cambiar nuestra perspectiva.

Vamos a reflexionar sobre Lucas 9:20-23, 27-31, 35, teniendo esto presente:

«Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Entonces, respondiendo

Pedro, dijo: El Cristo de Dios. Pero él les mandó que a nadie dijese esto, encargándosele rigurosamente, y diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto y resucite al tercer día. Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Pero os digo en verdad, que hay algunos de los que están aquí, que no gustaran la muerte hasta que vean el reino de Dios. Aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. Y he aquí dos varones que hablaban con Él, los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén. Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a Él oíd».

«Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo [o renuncie a sí mismo] (versículo 23).

Es lo mismo que leemos en Corintios, no buscando lo suyo propio, aun cuando tengamos derecho a ello.

«Quienes aparecieron rodeados de gloria y hablaban de su partida (muerte)», y esta palabra «hablaban» en griego tiene el sentido de hablar en forma continuada; no se trata de un simple decir una vez. Era un continuo hablar de la próxima muerte de Cristo.

El versículo 35 nos sitúa en una perspectiva distinta. «Este es mi Hijo amado; a El oíd». Tenemos aquí en el monte de la transfiguración un anticipo de Cristo en su gloria. Tenemos un anticipo de esa porción del Reino de Dios en el que nos situamos tras aceptar a Cristo como a nuestro Salvador. Pero somos conducidos más allá de esto a la resurrección, no solo la de Cristo, sino a nuestra resurrección futura; somos trasladados al reino de Cristo y a la eternidad.

Esta es una perspectiva diferente. Es la antítesis perfecta de la perspectiva del mundo que normalmente nos rodea. Cuando empezamos a mirar estas palabras en este contexto, desde esta perspectiva absolutamente distinta, la perspectiva del reino de Dios y no la del mundo caído ni la de nuestra naturaleza caída, todo cambia. Sentimos la presión que ejerce sobre nosotros un mundo que no quiere decirle «no» al yo, no por razones de poca monta, sino por principio, porque está decidido a ser el centro del universo. Cuando salimos de esa negra perspectiva y entramos en la perspectiva del reino de Dios, entonces estas negativas que se nos imponen adquieren un aspecto completamente nuevo.

Se dan cuenta que estuvieron hablando de la muerte próxima de Cristo. No se nos dice cuanto tiempo estuvieron hablando, pero no era de decir una sola frase. Era una conversación que siguió. Hablaban, *estuvieron hablando* de su muerte ya cercana. Acordaos de que cuando Juan el Bautista presentó a Jesucristo dijo: «He aquí el Cordero de Dios». En la presentación de Jesús ya dirigió la atención a la muerte de Cristo. Aquí en el Monte de la Transfiguración, en este ambiente del reino de Dios, la conversación giró en torno a la muerte de Cristo.

Y es aquí donde se produce la maravilla de las maravillas, la maravilla de todos los tiempos. Aquí es donde se da la verdadera perspectiva, en la que la conversación queda centrada en un solo tema: la persona que es Dios iba a morir. Es esta persona a la que se refiere el versículo 35: «Este es mi Hijo amado; a El oíd»; «de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén» (versículo 31). Aquí Dios, verdadero hombre después de la encarnación, viene como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. No se equivocan nuestros poetas al escribir: Cristo, el sumo Hacedor, murió.

Pensemos ahora en esta situación al considerar la cuestión de la verdadera perspectiva. Notemos que éste es el punto central del mensaje cristiano: la *muerte* de Cristo, no su vida ni sus milagros. Toda la teología liberal de nuestros días, al considerar el problema del hombre como metafísico, pondría su solución en el concepto de una encarnación. No es que ellos crean en una encarnación verdadera, sino en el concepto de encarnación. Pero no es esta la respuesta bíblica. El nacimiento es algo necesario para que se abra paso la respuesta, pero la verdadera respuesta es la muerte del Señor Jesucristo. En Éxodo 12, en la Pascua (que tipifica la venida de Jesús) murió el Cordero Pascual. En Génesis 3:15, donde se dio la primera promesa de la venida del Mesías, se nos dice que el Mesías, cuando venga, será herido. El aplastará a Satanás, pero también Él será herido en el combate. En Génesis 3:21, ¿cómo se ha de vestir el hombre tras su pecado? Con pieles, que requieren derramamiento de sangre. En Génesis 22 leemos acerca del gran acontecimiento que muestra la concepción que tenía Abraham respecto al Mesías que tenía que venir. Su hijo tiene que ser colocado sobre el altar, como un sacrificio, al que sustituye luego un carnero, ofreciendo así una doble imagen de sustitución. En Isaías 53, esa gran profecía hecha setecientos años antes de la venida de Jesús, ¿cuál es el tema principal? Lo señalan palabras como estas: «herido», «molido», «oveja llevada al matadero», «cortado de la tierra de los vivientes», «derramó su vida hasta la muerte». Estas palabras van rodando a través de los siglos en la profecía y llegamos hasta Juan el Bautista, que dice estas palabras: «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Este es el tema de miles de años de profecía. El centro del mensaje cristiano es la muerte redentora de Jesucristo.

El mismo Jesucristo insiste en este mismo punto central cuando en Juan 3:14, hablando con Nicodemo, dice: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado». Si se compara esto con Juan 12:32-33 se podrá ver que hace referencia específica a la muerte inminente de Cristo.

Romanos 3:23-26: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios; siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que Él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús».

Hebreos 7:27: «Que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre ofreciéndose a sí mismo».

Por todas partes os encontraréis con las mismas ideas. En el último libro de la Biblia, el libro de Apocalipsis 5:9, encontramos el punto de admiración como remate de todo esto, cuando se habla del libro de la redención: «Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación».

Si pasáis a la teología de la Iglesia primitiva —y no cometáis la equivocación de creer que la Iglesia primitiva no tenía su teología— la muerte vicaria de Cristo continúa ocupando igualmente el punto central.

¿Y cuál es el centro del mensaje cristiano de las buenas noticias, el evangelio para el mundo? Se centra tan sólo en una cosa, la muerte redentora del Señor Jesucristo.

Desde la caída, la primera promesa se hizo dentro de las veinticuatro horas siguientes, y hasta el último momento éste ha sido siempre el mensaje.

Y así no debe sorprendernos de que para Elías y Moisés, en su encuentro con Jesús en el Monte de la Transfiguración, fuera este también el tema clave de su conversación: «Y he aquí dos varones que hablaban con Él, los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban [y estaban hablando] de su partida [muerte], que iba Jesús a cumplir en Jerusalén». Por supuesto, hablaban de ello, porque les iba mucho en ello. Para ellos era importante no solamente como una proposición teológica, sino porque la misma salvación de Moisés y Elías

dependía de este solo punto: la muerte de Jesús en la cruz del Calvario. Para los discípulos que estaban allí aquel día era también de vital importancia, porque si Jesús no hubiera muerto sobre la cruz, tampoco ellos habrían obtenido la salvación. Y quienes estamos leyendo todo esto nos podemos decir unos a otros: también para nosotros tiene importancia vital, ya que no es posible nuestra salvación a menos que Jesús muriera en la cruz del Calvario.

Ahora bien, la muerte del Señor Jesús es absolutamente única. Es vicaria. No hay ninguna muerte como la muerte de Jesús. No existe tampoco una muerte paralela. Esto es un absoluto que debe estar en nuestro pensamiento. Su muerte vicaria en la cruz, en el espacio, en el tiempo y en la historia, tuvo un valor infinito porque Él es Dios. Por eso no es necesario añadir nada al valor vicario de su muerte, ni se le puede añadir nada. El murió de una vez para siempre. Tras decir esto con toda la fuerza con que podamos afirmarlo, añadimos que, sin embargo, en Lucas 9, versículos 22-24, nos encontramos con que Cristo establece un orden cronológico. En el versículo 22: «Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día». Podemos distinguir estos tres pasos: rechazado, muerto y resucitado. Esto nos habla de su muerte única y vicaria. Sin embargo, este *orden*, rechazado, muerto, resucitado, Jesús lo relaciona inmediatamente con nosotros los cristianos en los versículos 23 y 24: «Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo [renuncie a sí mismo], tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, este la salvará». Aquí Jesús sigue el mismo orden que era tan necesario para nuestra redención en la muerte única y vicaria del Jesucristo y la aplica a la vida del cristiano. Este orden, rechazado, muerto, resucitado, es también el orden de la vida cristiana, de la verdadera espiritualidad: no existe otro.

Si nos olvidamos del carácter absolutamente único de la muerte de Cristo, caemos en una herejía. Tan pronto como descartamos o minimizamos, o tan pronto mutilamos de alguna manera — como lo hacen los liberales de todas las tendencias en su teología— el carácter único y vicario de la muerte de Cristo, nuestra enseñanza deja de ser cristiana. Por otra parte, recordemos el otro lado de este asunto. Si olvidamos la relación que tiene este orden con nosotros como cristianos, entonces tenemos una ortodoxia estéril y no tenemos una verdadera vida cristiana. La vida cristiana se marchitará y morirá; la espiritualidad en su sentido bíblico tocará a su fin.

Jesús está hablando aquí acerca de la muerte elegida por nosotros mismos en la vida presente. La aplica a una situación específica para hacerla más

concreta. En el versículo 26: «Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de este se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles». La Biblia no está hablando aquí de algún sentimiento romántico, de alguna idealización, de alguna abstracción. Jesús reduce este concepto de enfrentarse al rechazo y de ser muerto a una situación práctica: la de enfrentarse a un mundo extraño. Es el decirle «no» al yo cuando nuestra propia naturaleza desearía ser aceptada por un mundo extraño, mundo que esta en rebelión contra su Creador y Señor. Cuando miramos al Nuevo Testamento como un todo, vemos que este mandamiento de Cristo no se limita a una situación. Es así como debe ser toda la mentalidad y la perspectiva de la vida del cristiano. Lo que aquí se nos presenta es el problema de la filosofía de los cristianos en todos los aspectos de la vida y permanece el mismo orden: rechazado, muerto, resucitado. Así como el rechazo y la muerte de Cristo son los primeros pasos en el orden de la redención, así también nuestro rechazo y la muerte a las cosas y al yo son los primeros pasos en el orden de una auténtica y creciente espiritualidad. Así como no podía haber un paso siguiente en el orden de la redención de Cristo hasta que se hubiera dado el paso a la muerte, así también en el cristiano no puede darse un paso hacia adelante hasta haberse enfrentado a estos dos primeros pasos, no solo en teoría, sino también en la práctica. Rechazado, muerto.

¡La muerte de Cristo ocupa el lugar central de nuestra redención! Ved a Moisés y Elías de pie junto a Cristo en el Monte de la Transfiguración, conversando todos ellos y discutiendo largamente acerca de su inminente muerte. Igualmente se puede decir cuan central y fundamental es la muerte individual y continua que hemos elegido como cristianos.

En la obra de Cristo la muerte era central y por eso suscitaba conversación; los profetas hablaron de ella en el Antiguo Testamento, y Moisés, Elías y Cristo conversaban acerca de la misma en el Nuevo Testamento. En la vida cristiana ocupa exactamente el mismo lugar central, ¿no debería suscitar por tanto continuos pensamientos, una consideración continua y una conversación continua por nuestra parte? Por eso os debo preguntar con toda delicadeza: ¿Os hace pensar y hablar mucho el tener que morir por libre elección? ¿Nos mueve a la oración por nosotros mismos y por quienes amamos? ¿No es más bien verdad que nuestros pensamientos, nuestras oraciones en favor nuestro y de quienes amamos, y todas nuestras conversaciones están casi totalmente dirigidas a liberarnos de las negaciones a cualquier precio, en lugar de orar para saber afrontar las negaciones con una actitud adecuada? ¿Cuánto oramos por nuestros hijos y por quienes amamos a fin de que estén dispuestos a dar con prontitud, por la gracia de Dios, los pasos del rechazamiento y de la muerte? Estamos contagiados por las actitudes del mundo, y no por las actitudes de la perspectiva del Reino de Dios. No se trata de que sólo

vivamos en lo negativo, como veremos a medida de que vayamos avanzando en esta serie de estudios; sin embargo, es importante que entendamos bien el orden. No debemos pensar que sea posible saltar hacia el último paso sin pasar por la realidad de ser rechazado y muerto, no sólo en el momento de nuestra vida en el que nos hicimos cristianos, sino como una situación constante en nuestra vida.

Con esta nueva perspectiva del reino de Dios vamos a echar una mirada a los aspectos negativos de los Diez Mandamientos en Éxodo 20.

En el primer mandamiento se nos hace una llamada a que digamos rotundamente no a la pretensión de querer ocupar el lugar de Dios. Este es el punto clave de todo lo demás: querer ocupar el centro del universo. Tenemos que morir, por propia elección, a todo esto.

El resto de los mandamientos muestra lo mismo, como lo hemos ya expuesto al hablar del capítulo 20 del Éxodo. Tenemos que morir por propia elección al tiempo que Dios ha elegido para sí, a su día especial. Debemos decir rotundamente no al deseo de apoderarnos de cualquier clase de autoridad que no sea propiamente la nuestra. Debemos decir «no» por propia elección al deseo de quitar personalmente la vida humana. Tenemos que rechazar la idea de apoderarnos de todo lo sexual que no sea lícitamente nuestro. Y debemos decir «no» al deseo de echar por el suelo la buena fama de los demás por medio de falsas acusaciones.

El último mandamiento, «No codiciarás», nos muestra cómo estas negativas no van dirigidas solo a la conducta exterior, sino a las actitudes internas. En realidad, aquí está nuestra muerte. Pero ¿cuándo hay que pasar por esa muerte? Ciertamente no tras un aplazamiento tan largo que nuestros cuerpos físicos hayan perdido ya su deseo y gusto por las cosas. Tenemos que decir «no», por propia elección, morir al yo, precisa ante cuando estamos en la plenitud de nuestra vida, de una vida en movimiento que puede sentir el gusto de las cosas y encontrar placer en las mismas. Esta «muerte» no se debe ni rechazar ni retrasar, ni se debe relacionar tan sólo con el momento de la muerte física. Por supuesto podemos decir que seremos perfectos en la segunda venida de Jesús, cuando nos resucite de entre los muertos, pero no es este el problema que discutimos aquí. Aquí, en medio de la vida, en medio de la lucha y la refriega, es aquí donde se debe ser rotundamente negativo, por propia elección, y por la gracia de Dios. No es, por ejemplo, cuestión de esperar a que por la edad no sintamos fuertes deseos sexuales. Se trata más bien de que en media de los movimientos de la vida, rodeados por un mundo que se apodera de todo, en rebelión primero contra Dios y luego contra su prójimo, entendamos lo que quiere decir Jesús cuando habla de que nos neguemos y renunciemos a nosotros mismos con respecto a lo que no es nuestro con

pleno derecho.

Sentiremos dolor. Hay muchas astillas en la cruz de los cristianos, rodeados como estamos en la vida presente por una atmósfera ajena al reino de Dios. Pero es este el camino de la cruz: «Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día» (Lucas 9:22). Podemos ver que el orden de los acontecimientos tiene sentido para nosotros como cristianos después de la justificación: rechazados, muertos, resucitados. Aquí la referencia es al rechazo específico de que fue objeto por parte de los líderes religiosos de su tiempo, hombres que habían tomado el camino del mundo en lugar del de Dios. Pero en lo más profundo, es el rechazo por parte del mundo mismo, y este rechazo debe preceder a cualquier posibilidad de experimentar algo de la vida resucitada.

Además, vemos que este rechazo no es algo que ocurre de una vez para siempre. Cristo llamó a sus seguidores a que tomaran la cruz *diariamente*. Es cierto, aceptamos a Cristo como Salvador de una vez para siempre; quedamos justificados y nuestra culpa desaparece para siempre; pero, además de eso, existe este otro aspecto diario, de momento tras momento. El existencialista tiene razón cuando acentúa la realidad de la situación momento tras momento. En muchas cosas no tiene razón, pero en ésta sí.

En Lucas 14:27 dice Jesús algo parecido: «El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo». No dice que uno no se pueda salvar sin esto, sino que no eres discípulo de Cristo, que no le sigues, si no es ésta tu norma de vida: ¡rechazado y muerto diariamente! Y no pone el mandamiento en un contexto abstracto, sino en una situación absolutamente práctica, al relacionarlo en el versículo 26 con los padres, madres, esposas, hijos, hermanos, hermanas, y sus propias vidas. Lo sitúa entre las realidades de la vida cotidiana. Es ahí donde debemos morir.

«Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comen5 a edificar, y no pudo acabar» (Lucas 14:28-30). Esto forma parte de lo que se ha dicho antes, y es el mismo Jesús quien establece la relación. «Calculad los gastos», dice. Y ciertamente que en nuestra predicación al hombre perdido debemos acentuar el hecho de que cargar con la propia cruz diariamente forma parte del ser cristiano. Estamos en un mundo extraño construido sobre la rebeldía del hombre contra Dios y en esta vida ni el mismo cristiano está totalmente libre de los elementos de esta rebeldía

que se dan dentro de sí mismo.

Como ya he dicho, el capítulo 6 de Romanos empieza con varias negativas rotundas, y aunque queramos saltar a la segunda mitad del versículo 4 («a fin de que, como Cristo resucitó de los muertos... así también nosotros andemos en vida nueva»), estamos realmente en peligro si ignoramos el elemento de «morir». «Somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo», «Muertos al pecado», «Bautizados en su muerte»: el camino hacia la liberación de la segunda parte del versículo 4 pasa a través de estos, no lo bordea. El orden es absoluto: rechazado, muerto, resucitado. Es lo mismo en el versículo 6 del mismo capítulo. Debemos pasar a través de la primera mitad («Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él») antes de poder llegar a la segunda: «para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado». Me parece que la mayoría de cristianos leen más de prisa la primera mitad de estos versículos, a fin de llegar más pronto a la segunda parte «agradable» de los mismos, pero obrar así es un error. Nos gusta escabullirnos, pero no se puede llegar al otro lado de una puerta sin atravesarla, y no podemos alcanzar la segunda parte más agradable de estos versículos sin pasar antes por la primera.

Esto es, en primer lugar, válido absolutamente y de una vez para siempre, en la justificación, pero luego continúa siendo válida solo momento tras momento en la práctica de la vida cristiana. No nos confundamos: en el momento en que aceptamos a Jesucristo como a nuestro Salvador, quedamos justificados y nuestra culpa desapareció de una vez para siempre. Eso es absoluto.

Pero si queremos experimentar en algo la realidad en la vida cristiana, algo de la verdadera espiritualidad, debemos «tomar nuestra cruz cada día». El principio de decir «no», al yo radica en el corazón de mi actitud para con el mundo mientras este se mantiene en su extraña rebelión contra el Creador. Si uso mi capacidad intelectual para hacerme respetable ante el mundo, mientras él está en revolución contra quien lo creó, entonces he fallado. Ocorre lo mismo, si empleo mi ignorancia con el mismo fin. Debo enfrentarme con la cruz de Cristo en cada parte de mi vida y con todo mi ser de hombre. La cruz de Cristo tiene que ser una realidad para mí no sólo de una vez para siempre en mi conversión, sino también a lo largo de toda mi vida como cristiano. La verdadera espiritualidad no se detiene en lo negativo, pero sin este aspecto negativo, en la teoría y en la práctica, no estamos en condiciones de seguir adelante.

3 POR LA MUERTE

A LA RESURRECCIÓN

Si este libro fuera una composición musical, este sería el momento de las trompetas. Hemos estado reflexionando sobre la importancia de sopesar debidamente los aspectos negativos de la vida cristiana: «rechazados, muertos». Pero vamos ahora a considerar lo positivo sin lo cual los otros dos jamás podrán representar una espiritualidad verdadera y equilibrada: «resucitados».

«Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» (Romanos 6:4). Con Cristo estoy juntamente crucificado: Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a si mismo por mi» (Gálatas 2:20). Tras la muerte al yo, tras el rechazamiento del yo, hay y debe seguir habiendo una resurrección.

La transfiguración de Cristo expresa todo esto en forma vivida. Fue un anticipo de la resurrección de Cristo, un momento de gloria. «Y entretanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco, resplandeciente» (Lucas 9:29). O, como lo refiere Mateo: «Resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz».

Permitidme ahora enfatizar: estas cosas ocurrieron en la historia. Esto es importante, hoy especialmente, cuando las cosas religiosas se van relegando constantemente a la esfera no histórica de lo «otro». En cambio, en la narración de la transfiguración vemos cómo se nos acentúa el tiempo y el espacio. Lucas, por ejemplo, nos relata: «Al día siguiente, cuando descendieron del monte, una gran multitud les salió al encuentro» (9:37). Cristo y sus discípulos, en un momento determinado, subieron a la montaña, y en otro momento descendieron. Cuando subieron a la montaña no se trasladaron a una especie de otro mundo no espacial, filosófico o religioso. Continuaban conectados al espacio a través de la montaña, y allá abajo en el llano las actividades normales de la vida proseguían su ritmo.

Lo mismo se puede decir con toda verdad en lo referente al dominio del tiempo. Si hubieran llevado reloj, no se les habría parado a medida que subían la montaña para ponerse de nuevo en marcha en el descenso. El tiempo continuaba su marcha, y cuando descendieron había pasado el tiempo: era ya «el día siguiente». La historia la forman el tiempo y el espacio en su trama y urdimbre. Y en el monte de la Transfiguración lo que sucedió fue verdadera historia, enraizada en el espacio y en el tiempo normales. La glorificación de Jesús no fue en «otro» mundo filosófico, o en un piso superior, sino en las duras realidades del espacio y del tiempo, y

la transfiguración demuestraladurarealidaddelaspalabrasquedijo el mismo Jesús al descender de la montaña: «Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas y sea rechazado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto y resucite al tercer día». De nuevo tenemos: rechazado, muerto, resucitado en la historia.

Cuando llegamos a la misma resurrección de Jesucristo después de su crucifixión, nos encontramos con el mismo énfasis. Preguntó a los discípulos con los que se encontró camino de Emaús: «¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?» (Lucas 24:26). Hizo esta pregunta un día concreto del calendario, a una hora concreta del día, en un camino concreto señalado en el mapa, lo que arraigó el hecho en la historia, en el espacio y en el tiempo. E hizo esto en todas sus apariciones ya resucitado. «Se puso en medio de ellos», en medio del ajeteo de la vida cotidiana. Atemorizados intentaron echarlo fuera de esta esfera para meterlo en otra: «Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían un espíritu». Pero Jesús no les permitió. «Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lucas 24:30). Y entonces tomó un trozo de pescado asado y un panal de miel y «comió delante de ellos», y les mostró luego sus heridas, las señales de su muerte.

Era el mismo cuerpo, resucitado y glorificado; no en algún lugar remoto sino *allí* en el espacio, en el tiempo, y en la historia.

En Juan 20 encontramos un énfasis parecido; no se trata de una repetición incidental, sino del punto central de todo el asunto.

«Cuando llego la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros» (Juan 20:19).

El cuerpo de Cristo está cambiado, puede atravesar repentinamente las puertas cerradas; pero eso en nada cambia lo que estamos diciendo. Aunque es cierto que puede entrar con las puertas cerradas, también es cierto que se trata del mismo cuerpo.

Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. Él les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y con ellos Tomás. Llegó Jesús [cuando había pasado una semana entera] estando

las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomas: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo; Señor mío y Dios mío» (Juan 20:24-28).

Advirtamos que se trata del mismo cuerpo. Las puertas cerradas no le impiden entrar; puede aparecer en medio, pero *eso no cambia nada*. Se trata de un cuerpo que puede tocarse y palpase. En Juan 21:9 el énfasis está en la acción de comer: «Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan».

Nos encontramos aquí con el cuerpo de Jesucristo en un mundo concreto en el espacio y el tiempo. La realidad de la resurrección no es algo que deba desplazarse a la dimensión de lo extraño. Tiene pleno sentido en nuestra dimensión normal.

«A quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios» (Hecho 1:3).

Durante cuarenta días, no un periquete, sino durante cuarenta días se dieron pruebas infalibles. No debemos eludir el gran momento de la ascensión: «Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. (Hecho 1:9). Y es este hecho el que, por encima de todos los demás no puede aceptar el hombre moderno. El teólogo neo-ortodoxo puede hablar a veces de una resurrección física, pero jamás hablará de una ascensión física. Cuando llega a vuestras manos material como el libro de John Robinson *Honest to God*, es cuando hay que librar la batalla campal. Y *es este el terreno más adecuado*, porque aquí se trata de un cuerpo resucitado que puede comer, que puede subir al cielo y desaparecer en una nube. Debemos recordar al llegar a este punto que Cristo se ha estado apareciendo y desapareciendo durante cuarenta días. Lo sobrenatural no está en una sola dirección, como podría pensarse. Él está aquí (más bien, *estaba aquí*) y luego volvió a aparecer. Ahora se nos da algo más que es real; de nuevo hay un énfasis en la historia. El cuerpo resucitado de Jesucristo ascendió a las nubes. Ocurrió a una hora concreta del día, en un día concreto del calendario. Hubo un momento en el que sus pies perdieron contacto con el Monte de los Olivos. No eludamos este punto. La gente que cree que puede desentenderse de la ascensión física de Jesús, y con todo sustentar el cristianismo, no pueden continuar manteniendo coherentemente el resto de su posición.

Sin embargo, no acaba ahí la realidad espacio tiempo. Posteriormente en el libro de los Hechos (9:3-9) tenemos a Cristo que enfrenta a Pablo: «Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco,

repentinamente le rodeo un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz». Se ha de advertir aquí la conexión con lo que ya hemos visto en las frases descriptivas de lo ocurrido en el monte de la transfiguración:

«Le rodeo un resplandor de luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, «¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. El, temblando y tembloroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer. Y los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, más sin ver a nadie. Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no vela a nadie; así que, llevándole por la mano le metieron en Damasco».

La luz de la gloria le había cegado. ¿Dónde? Camino de Damasco. Así de manera tan concreta se determina la situación en el espacio. E incluso se podría decir también la hora. Todo esto ocurrió a una hora determinada del día.

Lo mismo se repite en Hechos 22:6: Pero aconteció que yendo yo, al llegar cerca de Damasco, como a mediodía (el elemento espacio es el camino de Damasco, y el elemento tiempo. como a mediodía") de repente me rodeo mucha luz del cielo. Y el versículo 11: «Y como yo no vela a causa de la gloria de la luz (es por eso que quedó ciego: no por algo místico, sino, por la pura gloria de la luz que le cegó por algún tiempo), llevado de la mano por los que estaban conmigo, llegué a Damasco».

En el capítulo 26 se repite la narración con una adición muy significativa:

«A mediodía, oh rey, yendo vi una luz del cielo que sobrepasaba el resplandor del sol (versículo 13). He aquí la primera adición: era al mediodía, con todo a la hora del sol más resplandeciente del Cercano Oriente hubo otra luz aún más resplandeciente, la luz de Cristo glorificado, a la cual me rodeó a mí y a los que iban conmigo.. Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba y decía, *en lengua hebrea...*» (Versículo 14).

Esta es una de las cosas más significativas en la Palabra de Dios cuando la discutimos en pleno siglo xx. He aquí una declaración en la que encontráis espacio, tiempo, historia y comunicación racional. La comunicación racional no llega a través de alguna experiencia mística de Pablo, sino en medio del espacio y del tiempo, el Cristo glorificado, el Cristo resucitado, le habló *con palabras de la lengua hebrea*. Al mediodía en el camino de Damasco, se apareció Jesús (el Cristo glorificado en la historia) hablando una lengua normal, usando palabras normales y una gramática normal, a un hombre

llamado Saulo. Con esto, se niega absolutamente el intento que se hace en el siglo XX de proyectar todas estas cosas hacia «otro» mundo religiosamente hablando. Aquí estamos en el dominio del espacio, del tiempo, de la historia, de la comunicación normal y del lenguaje normal.

Pero de nuevo, no se acaba todo aquí. Más tarde, muchos años más tarde, hubo otro hombre llamado Juan. Estaba en la isla de Patmos. Y en el primer capítulo del Apocalipsis nos dice que ve a Jesús otra vez. Y cuando digo «otra vez» quiero decir después que Pablo lo hubiera visto. No estoy diciendo que sólo sea esta la otra aparición —por ejemplo, también Esteban lo vio— pero aquí hay dos pasos más claros algún tiempo después de la ascensión. Tras la ascensión, el Cristo glorificado fue visto por Pablo en el espacio y en el tiempo en el camino de Damasco. Tras la ascensión, el Cristo glorificado fue visto en la isla de Patmos —otra identificación en el espacio—. La isla de Patmos está allí todavía. Actualmente, no hay sólo una identificación en el espacio: también existe otra en el tiempo. Era el día del Señor. «Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros de oro a uno semejante al hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de Fuego» (Apocalipsis 1:12-14).

Juan describe aquí lo que realmente vio. Esto no es algo extraño, o irracional, como tampoco lo era cuando después de la resurrección, describe en términos normales la comida de Cristo.

«Sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amen. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apocalipsis 1:15-18).

No se nos dice en que lengua hablaba. Pero se trataba de una lengua humana, de la misma naturaleza que la que oyó Saulo en el camino de Damasco. Aun más, en este capítulo hay una clara distinción entre lo que es descripción y lo que se debe entender como figuras del lenguaje.

No acaba todo aquí. La Biblia nos habla de la futura histórica para nosotros y tiempo: futuro, pero con todo venida de Jesús a la tierra, y describe esta venida visible en términos que tienen que ver con el espacio, el tiempo y la historia. Esto todavía es para nosotros algo futuro, pero con todo es algo en

que hay espacio y tiempo: «Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino El mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES» (Apocalipsis 19:11-16)

De nuevo nos encontramos aquí con el detalle del espacio porque se nos dice el lugar: Armagedón, o sea la montaña de Megido (16:16). En el Antiguo Testamento se habla del lugar al que él va a venir en el futuro y en el que pisa tierra: es el Monte de los Olivos (Zacarías 14:4). Y siempre es lo mismo. La gloria y la maravilla de Cristo no se desplazan a «otro» mundo distinto del nuestro. En cada uno de estos casos, lo cual no deja de llamar la atención, hay identificación de espacio, identificación de tiempo. Hay una muerte real, histórica de Jesucristo. Hay una resurrección histórica y real. Y también hay una glorificación futura, histórica y real que tiene pleno sentido en términos de espacio, tiempo e historia: *nuestro propio* espacio, tiempo e historia.

Dice la Biblia que llegara el día en el que los salvados y los perdidos miraran a Cristo glorificado. Le verán. Todo hombre le verá, no como una idea religiosa, sino glorificado, en una situación real de espacio y tiempo. Pero todos estos pasajes no solo dicen que será así, sino que ya *ahora* es así. La glorificación del Señor Jesucristo no queda relegada sólo a un momento futuro en el que será visto por todos los hombres. No queda relegada a aquel gran momento en el que volverá glorioso y toda rodilla se doblará ante él. Ya ahora está glorificado. La ascensión no fue una desaparición en la nada, en el mundo de las puras ideas religiosas. Entre su ascensión en el Monte de los Olivos y su aparición en el camino de Damasco no dejó de existir. Y de nuevo, no se produjo un gran vacío en el que desapareció desde el tiempo de su aparición en el camino de Damasco hasta que Juan lo vió en la isla de Patmos. Este es Jesús *como es ahora*. Y Él está así glorificado, en este preciso momento.

Cuando contemplamos estas cosas, son varias más las que deben saltar a la vista inmediatamente ante nosotros. Ante todo, cuando pensamos en Jesús hablando en hebreo, en el camino de Damasco, apareciéndole a Juan y hablándole en la isla de Patmos, en todo ello tenemos una prueba clara de una resurrección *histórica* de Jesucristo. Pero es aún mucho más que todo esto. Esta resurrección física es la prueba de la obra perfecta de Jesucristo

en la Cruz, una prueba de que realmente se hizo la obra y que no hace falta añadir nada más a su gloriosa obra vicaria para nuestra justificación.

Pero ni todo esto agota el tema. La Palabra de Dios nos dice por medio del apóstol Pablo que en la resurrección de Cristo vemos la promesa, los primeros frutos, de nuestra futura resurrección física. Pablo insiste en que *seremos* como lo vemos a él después de su resurrección. Por cuanto situó la resurrección de Jesucristo no solo en el mundo de las ideas o ideales religiosos, sino en el mundo del espacio, del tiempo y de la realidad, sé que tengo la promesa de parte del mismo Dios de que también yo resucitare así de entre los muertos. Este cuerpo es del todo mío, con toda su personalidad, el hombre entero y no quedará atrás en la salvación que me ha llegado por medio de Jesucristo. Su muerto en la cruz es de tal naturaleza que *todo el hombre* será redimido. Un día determinado, el cuerpo del cristiano resucitará de la muerte, glorificado como el cuerpo resucitado de Cristo.

Pero aun hay más. La realidad, el carácter de espacio y tiempo que tiene la resurrección física de Jesucristo significa algo para nosotros también hoy: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? (No está hablando Pablo de tiempos lejanos sino de los redimidos en las circunstancias actuales). En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿0 no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias» (Romanos 6:1-12).

Vamos a anotar aquí cuidadosamente algunos puntos.

Primero, la muerte de Cristo acaeció en la historia. Este es el punto que hemos estado tratando. Murió en el espacio, en el tiempo y en la historia. Si hubierais estado allí aquel día, podríais haber pasado vuestra mano por el tosco madero de la cruz de Jesucristo, podríais haber

cogido con vuestra mano una astilla de la Cruz.

Segundo, la resurrección de Cristo acaeció en la historia, y también hemos subrayado fuertemente este punto. Cristo resucitó y fue glorificado en *la historia*.

Esto es exactamente lo contrario de lo que dice la teología liberal que habla del *kerygma*, o sea que hacemos que Jesús sea el Cristo *cuando le predicamos*. No se puede decir nada más alejado de la verdad. Es una negación total de la maravillosa enseñanza de la Biblia. No hacemos que Jesús sea el Cristo cuando le predicamos. Jesús *es* el Cristo, tanto si le predicamos como si no lo hacemos. Los hombres pueden ignorar la maravilla del evangelio si no lo predicamos. Pero si dejamos de predicarlo no puede esto cambiar el hecho de la Persona o la gloria del Señor Jesucristo. En este día concreto él está resucitado y glorificado. Si hoy nadie predicara a Jesucristo y no hubiera nadie que ni siquiera pensara una sola vez en la misma palabra «Dios», ello no haría variar en forma alguna el hecho de que Jesús es el Cristo. Él resucitó *en* la historia, Él está glorificado ahora. Y esta palabra de su resurrección, de su gloria presente, tiene sentido en nuestro mundo actual, en medio del tiempo y del espacio.

Tercero, nosotros morimos con Cristo al aceptarlo como Salvador. Si he aceptado a Cristo como Salvador, esto es ahora parte de la historia pasada. La salvación del cristiano individual está enraizada en dos puntos históricos espacio-tiempo. El primero es la obra perfecta de Jesús realizada sobre la cruz del Calvario y el segundo es el tiempo en el que, por la gracia de Dios, el individuo acepta a Jesucristo como Salvador. He aquí los dos puntos espacio-tiempo sobre los que descansa nuestra salvación. Y si he aceptado a Jesús como mi Salvador en el pasado, entonces Pablo puede decir sobre mí: «Justificados, pues (en el pasado), por la fe, tenemos (en el presente) paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1). Este es con toda claridad, según los tiempos de los verbos en el original griego, el sentido de toda la frase.

En Romanos 6:2 esto queda relacionado de la siguiente manera: «En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado ¿cómo viviremos aún en el?»

«Murió» en el original griego es tiempo aoristo. Cuando aceptamos a Cristo como nuestro Salvador morimos con Cristo ante la presencia de Dios. «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo» (Romanos 6:4a).

Esto se refiere al tiempo en el que aceptamos a Jesús como nuestro Salvador. «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con el» (6:6a). Así que tenemos aquí el tercer punto

histórico. Cristo murió en la historia; Cristo resucitó en la historia; nosotros morimos con Cristo cuando lo aceptamos como Salvador. También esto es algo histórico. Es algo que ocurrió (tiempo pasado) en un punto de la historia.

El cuarto punto, es que seremos resucitados así como el resucitó. Y esto será un punto de la historia futura. El reloj sigue su marcha. Y cuando el cristiano es resucitado de los muertos, suena la gran trompeta, se dice la palabra y cada cristiano sale de la tumba al mandato de Jesucristo; el reloj de pared no se detendrá, seguirá girando. El reloj, cuando escribo esto, va a dar las tres. Podemos imaginar que Cristo va a llegar antes que pasen cinco minutos. Si así ocurriera, el reloj de pared no detendría su marcha. Y pasados diez minutos, seguirá avanzando. Esta es la descripción bíblica. La futura resurrección con nuestro cuerpo actual, y nuestro cambio futuro acontecerá en un abrir y cerrar de ojos: en la *historia*, en el espacio-tiempo, en la historia verdadera.

«Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección» (Romanos 6:5).

Aquí se hace referencia a su resurrección, pero la idea que se subraya es la de «resurrección». En el griego, se deja a un lado el «su»; todo el énfasis recae sobre resurrección. «También lo seremos (futuro) en la de resurrección».

«Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él» (Romanos 6:8).

El verbo está en futuro. Morimos con Cristo cuando lo aceptamos como Salvador *en la historia*. Resucitaremos físicamente o cambiaremos en un abrir y cerrar de ojos *en un momento de la historia*.

Pero no acaba todo aquí. Hay algo más, un quinto punto. Todas estas grandes verdades se han de aplicar a la vida cristiana actual, a la auténtica espiritualidad. Dice la Biblia que en la vida presente tenemos que vivir prácticamente de la fe *como si estuviéramos muertos* ahora.

«Porque en cuanto murió, al pecado murió, una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado» (Romanos 6:10, 11a).

Así como Jesús murió en la historia y de una vez para siempre murió al pecado, así somos llamados ahora en la fe a considerarnos muertos, en la práctica, en este momento presente de la historia; no en algún mundo

remoto de ideas religiosas, sino en la realidad, en este momento del reloj. Por la fe hemos de vivir ahora como si ya hubiéramos muerto.

Pero ni aun esto es todo. Si lo fuera, abarcaría solamente las dos palabras, rechazados y muertos. En cambio, las palabras son rechazados, muertos y *resucitados*: resucitados, no como una idea de resurrección física futura, si bien será real y futura para cada cristiano, sino como algo actual. De modo que el sexto punto es que debemos vivir por la fe ahora en la historia presente, como si ya hubiéramos sido resucitados. Este es el mensaje de la vida cristiana. Esta es la consideración básica que estamos discutiendo ahora.

«Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva». (Romanos 6:4).

Pablo no está hablando aquí del milenio futuro o de la eternidad; eso es otra cosa absolutamente distinta. Se trata de *ahora*: «también nosotros andemos en vida nueva...» Sabiendo esto, que nuestro hombre viejo fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. (Romanos 6:6). ¿Cómo? Por la fe: «Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Romanos 6:11).

¿Cuándo? ¡Ahora mismo! Esta es la consideración básica de la vida cristiana. Primero, Cristo murió en la historia. Segundo, Cristo resucitó en la historia. Tercero, nosotros morimos con Cristo en la historia, cuando le aceptamos como nuestro Salvador. Cuarto, nosotros resucitaremos en la historia cuando él vuelva. Quinto, debemos vivir ahora por la fe como si ahora estuviéramos muertos, como si ya hubiéramos muerto. Y sexto, debemos vivir ahora por la fe como si ya ahora hubiéramos resucitado de entre los muertos.

Ahora bien, ¿qué significa todo esto en la práctica si queremos que no sean más que palabras y sólo palabras? Ante todo, significa ciertamente lo siguiente: que en nuestros pensamientos y en nuestras vidas actualmente debemos vivir *como si ya hubiéramos muerto, hubiéramos estado en el cielo v hubiéramos vuelto otra vez ya resucitados*.

Recordad que por lo menos un hombre ha estado allí y ha vuelto. Pablo nos habla de un tal hombre en 2 Corintios 12:2-4. Creo que fue el mismo Pablo, pero que fuera Pablo o cualquier otro, lo cierto es que existió tal hombre.

«Conozco a un hombre en Cristo que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo».

Nos está diciendo Pablo que este hombre fue al cielo, fue arrebatado hasta el tercer cielo. El tercer cielo se emplea aquí en el sentido de la presencia de Dios. No significa necesariamente algo lejano, sino la presencia de Dios. El punto que nos interesa es que este hombre fue arrebatado al cielo, y *luego regresó*.

¿Os podéis imaginar a este hombre a su regreso del cielo? Lo había considerado como una verdad proposicional y como un hecho irracional. Pero ahora había estado allí y lo había visto realmente y había regresado. ¿Habría algo que le pudiera parecer lo mismo? Es como si hubiera estado muerto. Como si hubiera resucitado de entre los muertos. Así como el Monte de la Transfiguración nos da una perspectiva diferente de la vida, la perspectiva del Reino de Dios, cuán diferente debía haber sido la perspectiva de este hombre durante toda su vida. La constante presión del mundo para que nos conformemos a él, la presión social y cualquier otro tipo de presión de nuestros días, se habría desvanecido con toda seguridad. ¿Cómo podría conformarse a este mundo tan desfigurado, tan deshecho, tan dominado por la rebeldía contra Dios, tan desagradable? ¿Cómo *podría* hacerlo, si lo comparaba con lo que había visto? Que cosa habría digna de alabanza en este mundo cuando se ha estado en la presencia de Dios? ¿Qué parecerían las riquezas de este mundo, al lado de los tesoros del cielo? El hombre anhela poder. Pero ¿qué es el poder terrenal tras haber contemplado la realidad del cielo y el poder de Dios? Todas las cosas parecerían distintas.

Seguramente es todo esto lo que va implicado en la afirmación de que tenemos que vivir por la fe ahora, coma si ya hubiéramos muerto y hubiéramos resucitado de entre los muertos.

Pero Romanos 6 no acaba aquí, como si estuviéramos simplemente proyectando nuestra imaginación. Es mucho más que todo esto. «Porque en cuanto murió, al pecado murió de una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive» (Romanos 6:10). Jesucristo vive realmente en la presencia del Padre. Aquí es donde nosotros somos llamados a vivir. ¡Tenemos que estar muertos en esta vida presente! Muertos a lo bueno y a lo malo, a fin de estar vivos a la presencia de Dios. Si, incluso a lo bueno. Tenemos que estar muertos, no en la inconsciencia, no encerrados en algún lugar oscuro, sino vivos para Dios en comunión con él, en comunicación con él. Nuestra vocación a la fe en esta vida presente consiste en vivir como si estuviéramos muertos a *todas* las cosas, a fin de poder estar vivos a Dios.

Esto es lo que significa ahora, como ya dije antes, amar a Dios lo bastante como para estar contento; amarle lo bastante en este mundo para decir «gracias» en todos los altibajos de la vida. Cuando estoy muerto a lo bueno y a lo malo, mi faz está vuelta hacia Dios. Y es este el lugar en el que —por la fe— tengo que estar en el momento presente de la historia. Cuando estoy ahí, ¿qué soy? Soy la criatura en la presencia del Creador que reconoce que él es mi Creador, y que yo soy sólo una criatura, nada más. Es como si ya estuviera en el sepulcro y cara a cara con Dios.

Pero hay algo más que merece ser estudiado. ¡No debemos detenernos aquí! Cuando por la fe estoy muerto a todo y estoy cara a cara ante Dios, entonces, por la fe estoy a punto para *regresar a este mundo actual*, como si hubiera ya resucitado de entre los muertos. Es como si anticipara aquel día en el que yo vuelva. Yo estaré entre ellos, como lo estarán todos los que han aceptado a Jesús como Salvador, cuando se abran los cielos y volvamos siguiendo a Jesucristo con nuestros cuerpos resucitados y glorificados. Y así estoy dispuesto ahora a volver como si regresara de la tumba como si ya hubiera ocurrido la resurrección y retornará a este mundo espacio-tiempo histórico. Así también vosotros consideraos muertos al pecado [es aquí donde me detuve antes, pero no acaba aquí], pero vivos para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:11). Ni tampoco presentéis [aquí entra la fe] vuestros miembros al pecado —es decir, en este mundo actual— como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos (ahora precisamente) de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.» (Romanos 6:13). Así pues ¿en qué consiste la vocación cristiana sobre toda esta base? Es un llamamiento, momento tras momento, a estar muertos a todas las cosas, a fin de que podamos estar vivos a Dios en este momento.

Debemos tener en cuenta, sin embargo, que esto no es pura pasividad. Muchas veces creo que los cristianos se han perdido del todo en este punto, relacionando todo esto con una especie de pasividad. Pero eso sería simplemente un misticismo no bíblico, algo parecido al concepto estoico pagano de Marco Aurelio. Sería simplemente una renunciación, la palabra francesa **accepter**. Podríamos comparar esta situación a la de un animal en un corral. Pero no es esta la manera como nos la describe la Biblia. Soy un hombre todavía, hecho a imagen de Dios.

«Presentaos vosotros mismos», manda Pablo (Romanos 6:13). No se trata de un estado de pasividad. No puedes producir fruto, como veremos después, pero tampoco eres una figura de piedra. Dios te continúa tratando dentro del mismo contexto en que te creó —un hombre a su imagen y semejanza.

«¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle

[sois vosotros quienes os ofrecéis], sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón aquella forma de doctrina [se da aquí un contentamiento, no una simple experiencia existencial] a la cual fuisteis entregados; y, libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia» (Romanos 6:16-19).

Sentid la fuerza de la «agilidad» en medio de la pasividad. «Presentaos»: todo hombre debe ser una criatura. No puede ser otra cosa que una criatura en esta vida o en la venidera. Incluso en el infierno, los hombres serán criaturas, porque es eso lo que somos. Solo existe uno que es auto-suficiente en sí mismo y ese es Dios. Pero ahora como cristianos somos introducidos en la gran realidad: somos llamados a ser criaturas de esta manera elevada, majestuosa y gloriosa, no porque debamos serlo, sino *por propia elección*.

Marco Aurelio, el pagano, conocía solamente la resignación. Lo cual no es más que ser una criatura porque es eso lo que tiene que ser. Carl Gustav Jung conocía un *ceder*, una simple sumisión a las cosas que nos sobrevienen procedentes de la inconsciencia colectiva de nuestra raza, o que pueden tener otra causa motiva. Pero esto es simplemente un resignarse, mientras que la enseñanza bíblica *no* es simple resignación. Soy una criatura, cierto, pero estoy llamado a ser una criatura *glorificada*. Debo ser una criatura, pero no tengo que ser una criatura como si fuera un terrón de tierra en el campo, o como la col que se va pudriendo en el campo cuando se funde la nieve. Estoy llamado a ser una criatura por elección, sobre la base de la obra perfecta de Cristo, por la fe: la criatura glorificada.

Ahora estoy listo para la guerra. Ahora puede haber una espiritualidad de categoría bíblica. Ahora puede haber una vida cristiana. Rechazados, muertos, resucitados: ahora estamos listos para que se nos pueda utilizar y no solo para ser usados nosotros en este mundo espacio-tiempo actual, sino listos para gozar de él como la criatura; listos para gozar de él a la luz de su carácter de creación de Dios y de mi propia finitud; listos para gozarlo, viéndolo no obstante tal como es después de la caída. La justificación es de una vez para siempre. En un sólo momento se declara que mi culpa ha desaparecido para siempre. Pero esto no ocurre de una vez para siempre. Es algo que ocurre momento tras momento, un estar muerto momento tras momento a todo lo demás y estar vivo hacia Dios; un regreso momento tras momento por la fe al mundo presente como si hubiéramos

resucitado de entre los muertos. En esto consiste lo realmente positivo, lo que sigue a la verdadera negación.

4

CON EL PODER DEL ESPÍRITU

En este capítulo volvemos a fijar nuestra atención en el Monte de la Transfiguración y pensamos no sólo en la resurrección de Cristo sino en la resurrección del cristiano. Por supuesto, los teólogos liberales nos dirían que la noción de la física es una idea agregada posteriormente, pero no creo que esa posición pueda defenderse seriamente. La resurrección física aparece en tiempos muy antiguos en la revelación de la esperanza que hace Dios al hombre.

«Así el hombre yace y no vuelve a levantarse; hasta [se habla aquí con mucha claridad de un tiempo límite] que no haya cielo no despertaran, ni se levantarán de su sueño. ¡Oh, quien me diera que me escondieses en el Seol [se trata aquí de un Seol concreto], que me encubrieses hasta [de nuevo aquí nos encontramos con ese misterioso *hasta*] apaciguarse tu ira, que me pusieses plazo, y de mí tu acordaras! Si el hombre muriese, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi edad esperaré [y otra vez aquí la misteriosa palabra], *hasta* que venga mi liberación» (Job 14:12-14). El énfasis aquí está en todos los *hasta*: hasta que venga mi liberación.

Me parece que Job 14 es contundente: que Job, en algún lugar y aproximadamente hacia el año 2000 a.C. o antes, comprendía a realidad de una resurrección física. Creo que el capítulo 19 se enseña lo mismo pero en el hebreo no es tan claro como en el capítulo 14.

En Hebreos 11:17-19 se dice que Abraham (en el año 2000 a.C.) comprendió la verdad de la resurrección: Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: «En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos».

Así Abraham, que vivió poco más o menos en los tiempos de Job, comprendió el hecho de la resurrección. Por tanto no es sorprendente encontrar el mismo tema en el libro de Job. Así pues, no hay ninguna razón para pensar —como sería del agrado de los liberales— que cada vez que se hace énfasis en la resurrección, se le tenga que asignar a esa mención una fecha posterior en la historia bíblica.

En Daniel, que por supuesto no tiene tanta antigüedad, se insiste también en la resurrección física: no la de Cristo, sino la del hombre. «Y

muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua» (Daniel 12:22). Se acentúa aquí una doble resurrección, la de los que se pierden y la de los que se salvan:

«Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad» (12:3). Ambas cosas están ciertamente relacionadas. Pero yo diría que lo más estimulante está en el versículo 13 en el que el mismo Dios dice a Daniel: «Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días». Lo que se nos dice aquí es que al final de los días, *el mismo Daniel* participará en los acontecimientos que acaba precisamente de contemplar en la profecía.

Así que la resurrección física del creyente se enseña claramente en la Escritura ya en los primeros relatos bíblicos.

Cuando llegamos a 1 Corintios 15, en el Nuevo Testamento, no existe ninguna duda de que es esto exactamente lo que Pablo está enseñando. Según él todo pende de esto:

«Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que Él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan» (15:12-15).

El argumento es muy simple. Si los muertos cristianos no resucitan, entonces Cristo no resucitó; y si Cristo no resucitó, todo se desmorona:

«Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que el reino hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte». (1

Corintios 15:16-26).

Al volver ahora al Monte de la Transfiguración yo diría que tenemos ya una clara visión de esto. No quisiera ser dogmático, pero parecería que tenemos representado —o por lo menos ilustrado, depende de la fuerza del sentimiento de uno— lo que ocurrirá el Día de la Resurrección. Tenemos aquí a Moisés que representa a los muertos del Antiguo Testamento; y tenemos a los Apóstoles que representan a los muertos del Nuevo Testamento. Pero tenemos también a Elías quien, por supuesto, es uno de los dos hombres del Antiguo Testamento de los que se habla como «arreatados». Y las epístolas Paulinas dejan sentado con claridad que a la vuelta de Jesucristo a su pueblo también habrá arreatados. «He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y en nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: «Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Más gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano» (1 Corintios 15:51-58).

De modo que aquí tenemos arreatamiento y resurrección. Esta es una situación histórica, esto no ocurre en la tierra de «nunca jamás» de la mera sicología religiosa o de la filosofía religiosa. En un momento determinado y hasta el último momento habrá creyentes sobre la tierra, Cristo vendrá y los muertos resucitarán. Pero los cristianos que estén entonces con vida experimentarán un cambio en un abrir y cerrar de ojos: en el espacio y en el tiempo. Es interesante que el versículo 58 sitúa la resurrección y luego el arreatamiento en relación con nuestra vida actual, que exige una respuesta para la situación actual. Sobre la base de estas cosas, estad firmes y constantes *en la vida actual*.

En la primera epístola a los Tesalonicenses tenemos exactamente lo mismo: una nota de traslación y otra de resurrección.

«Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos

esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras» (1 Tesalonicenses 4:3-18).

Sin embargo, esto nos lleva a un nuevo problema: Es muy hermoso saber que resucitaré de entre los muertos, pero ¿qué ocurre entre la muerte de los cristianos y su resurrección? ¿Quedaré desconectado de la historia? ¿Quedaré sin contacto con la secuencia histórica? El cristiano, entre su muerte y su resurrección, ¿no está en *ninguna parte*? ¿Acaso desaparece simplemente en el vacío?

La respuesta es «No» y la Escritura es muy clara. En Lucas 23:43, por ejemplo, cuando Jesús está hablando en la cruz al ladrón agonizante, le promete que «hoy», aquel día en aquel punto histórico, antes de la puesta del sol (pues a esa hora ya ha acabado el día para el judío) antes que acabe la puesta del sol, «estarás conmigo en el paraíso». En lugar de no estar en ninguna parte, en «otro mundo» filosófico, él estará con Cristo en el paraíso.

Pablo dice lo mismo, me parece, con una gran finalidad, en 2 Corintios 5:4-8: «Porque así mismo los que estamos en este tabernáculo [es decir, los que estamos dentro de este cuerpo, los que estamos vivos] gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Más el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos confiados siempre y sabiendo que entretanto que estamos en el cuerpo estamos ausentes del Señor [porque por fe andamos, no por vista]; pero confiamos y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo y presentes al Señor».

La Biblia presenta solo dos estados para el cristiano: estar aquí en la carne; o, tras la muerte, estar con el Señor. Es exactamente lo mismo que Jesús presenta sobre la cruz. No se presenta al cristiano, al tiempo de su muerte, como si quedara desconectado de la secuencia histórica y no estuviera en ningún sitio entre el tiempo de su resurrección y el de su segunda venida.

En nuestro recuerdo, por supuesto, se amontonan al llegar a este punto, gran número de muertos. Y este problema no es precisamente un problema teológico sino un problema práctico. Pensamos en las masas de creyentes

del Antiguo Testamento que murieron y en las masas de creyentes del Nuevo Testamento que murieron. Pensamos en nuestros seres queridos a quienes ha afectado ya todo esto. ¿Dónde están? Y también todos nosotros hemos de pensar en todo esto. Podemos morir antes de que vuelva Jesús, si bien cada uno de nosotros mantiene la esperanza de estar vivo en la tierra para cuando Jesús vuelva. Y si morimos, ¿dónde estaremos una hora después de nuestra muerte y hasta la venida de Jesús?

Por supuesto, la visión del mundo, en seguida sitúa la otra vida o bien en la nada o bien en una zona oculta: un lugar de sábanas y sin formas, algo que se escurre por debajo de la puerta, a través del ojo de la cerradura cual espesa niebla. La nueva teología liberal o bien negará la otra vida o bien la reducirá a una categoría de cosa incierta que para nosotros no tenga ya ningún sentido. Pero no es ésta la verdad bíblica. De pie, sobre el monte Tabor, vemos a Elías que fue arrebatado, que tiene todavía un cuerpo. Y no hay motivo para pensar que sea de otra manera. Mantiene una conversación con Moisés y Cristo, pero también está allí Moisés — Moisés que murió y fue enterrado. Y con todo puede participar en la conversación y se le puede ver. Se le puede reconocer y se puede establecer una mutua comunicación.

Tenemos una situación parecida en el caso de Samuel y Saúl. No hay motivo alguno para pensar que se trata de algo distinto al espíritu de Samuel, y con todo se da una comunicación y un reconocimiento mutuos.

Pero tiene aun una mayor contundencia la propia palabra de Jesús después de resucitar de entre los muertos. Cuando Jesús resucitó de entre los muertos sus discípulos creían que era un espíritu. No eran naturalistas sino sobrenaturalistas. En realidad, no se habrían sorprendido al ver un espíritu. Para lo que no estaban preparados era para la resurrección física. Así que Jesús les dice de manera incisiva, cariñosa pero incisivamente: «Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lucas 24:39). Y sigue luego esta afirmación que sirve de contraste en Lucas: «¿Tenéis aquí algo de comer?» Quería decir: Dadme de comer y os convenceréis de que no soy un espíritu. No les dijo: ¿Cómo podéis ser tan estúpidos como para pensar que podríais conversar conmigo si fuera un espíritu? No fue esto lo que dijo, sino que abrió inmediatamente la puerta al hecho de que no debía sorprenderles que pudieran verle. No eran estúpidos al pensar que podían conversar con él si fuera un espíritu. La prueba no consistía en que le vieran o conversaran con él. La prueba de su resurrección física era comer en su compañía.

Por eso Moisés, que había muerto, estaba en el Monte. Y somos enfrentados a una continua corriente de redimidos, individuos conscientes que han muerto. No tenemos ningún motivo para pensar que son irreconocibles. No

tenemos ninguna razón para pensar en ellos como espíritus solitarios, desconectados de la comunicación con Cristo y entre sí. El llamamiento al cristiano, cuando está a la espera de la posible muerte, es que no tenga miedo, sino que comprenda que en el momento de la muerte —si ha aceptado a Cristo como Salvador— puede entrar ya en ese momento, «hoy», *sea cual fuere nuestro hoy*. No tenemos que sentir miedo ante la muerte. Sin lugar a dudas, el mensaje central que se nos comunica es que los muertos cristianos están con Cristo. No hay motivo alguno para pensar que no están en comunión con Cristo en el mismo instante de su muerte. Estar ausentes del cuerpo es estar presentes al Señor: No simplemente conscientes, sino con el Señor.

Ahora, sin embargo, quisiera subrayar algo más que puede reforzar todo lo dicho. Desde el punto de vista bíblico esto no se da simplemente como una esperanza psicológica. Los muertos están realmente allí en este estado real y consciente con Cristo. Están allí y forman parte del universo total. Allí son parte del universo total tanto como tú ahora que estás sentado leyendo esto. No se trata de nuevo de «otro mundo» filosófico, sino en la realidad ellos están allí. El tiempo es importante. El ladrón no estuvo allí hasta que llegó el momento oportuno.

La secuencia histórica tiene sentido. Tiene sentido para el ladrón en la cruz mientras el tiempo avanza hacia ese momento feliz en el que suene la hora en el reloj y regrese con Jesucristo. El tiempo avanza. Para el ladrón en la cruz, aunque ahora ya no tiene su cuerpo, hay secuencia histórica.

Sin embargo, el punto que quiero probar a esta altura de nuestro estudio de la espiritualidad es el hecho de que se nos presentan dos líneas iguales de realidad en el universo. Nosotros estamos en el mundo visible y existen además otros cristianos que han muerto, que están con Cristo ahora. No es un punto de vista primitivo, una especie de concepción del universo de tres pisos. Este es el punto de vista bíblico de la verdad: hay dos corrientes, dos cabos en una realidad de espacio-tiempo, una en lo visible y en lo invisible la otra.

Con estas dos líneas ante nosotros, dos líneas iguales de realidad, vamos a regresar a la conclusión de nuestro capítulo anterior. Cuando Dios nos dice que vivamos como si hubiéramos muerto, ascendido al cielo, visto la verdad y hubiéramos luego regresado a este mundo, lo que nos pide no es simplemente que actuemos por una motivación psicológica sino por lo que es en realidad. Esa es la segunda línea, la otra orilla, de la realidad, la invisible, de la que participaremos todos personalmente entre el momento de nuestra muerte y nuestro retorno con los cuerpos resucitados al mundo visible en la segunda venida. Así pues *tengo que vivir ahora* por la fe, enraizado en las cosas que *han sido*, tales como la muerte y la

resurrección de Cristo; en lo que es, tal como la segunda corriente de la realidad actualmente invisible; y en lo que *será*, como por ejemplo, mi futura resurrección corporal y regreso con Cristo. Y esto no es simple pasividad, como ya hemos visto. Dios me tratará dentro del círculo en el que me hizo, es decir, a su imagen, como un hombre, no como un bastón o una piedra. Existen formas *no bíblicas* de «espiritualidad», que ponen el acento casi únicamente en una especie de «resignación». La Biblia las rechaza. No eres simplemente un animal. No se trata simplemente de aceptar, debe haber una *actividad* en nuestra pasividad. Tenemos que ser criaturas porque es eso lo que somos, criaturas. Pero en Cristo se nos presenta una oportunidad, la de ser criaturas *por elección*, criaturas glorificadas. A través de una pasividad activa somos criaturas no por necesidad, sino por elección, ya aquí en este mundo histórico actual de espacio-tiempo. Cuando llego a este punto —sin que importe las veces que lo predique o enseñe— mi espíritu acusa un profundo impacto.

Sin embargo, para ser prácticos, debo preguntar, ¿cómo es posible vivir así? ¿Cuál es la respuesta al cómo? ¿Cómo vamos a vivir de esta manera, si hemos de pensar esto no simplemente cómo una especie de experiencia «religiosa» abstracta, una combinación de manera y momento, una experiencia existencial vaga, sin contenido y sin sentido? Si no tengo que pensar así de todo esto, debo enfrentarme a la pregunta del cómo. ¿Qué debo empezar a hacer? ¿Acaso debo empezar azotarme para conseguirlo? ¿Acaso buscando cierto tipo de éxtasis o de experiencia exótica? La respuesta a todas estas preguntas es «No». Felizmente esto no se nos da simplemente como una especie de idea religiosa del siglo XX. Se trata de algo profundamente práctico.

«Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos [recordaréis que este es el pasaje que hemos ya estudiado] con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la Vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu» (2 Corintios 5:4-5).

En otras palabras, Dios junta aquí dos factores de la realidad: el factor de nuestro estar con Cristo al morir, y el factor de que en la actualidad, con la misma certeza, el Espíritu Santo vive en nosotros si hemos aceptado a Cristo como Salvador. No deja de ser curioso que Dios junte estos dos factores. No espera que nosotros pensemos en ellos por separado. Cuando yo muera, es seguro que estaré con el Señor. Los cristianos muertos, incluyendo a mis seres queridos, ya están allí con él. Pero al mismo tiempo, en el momento actual, yo tengo el Espíritu Santo.

Y me parece que se plantea la misma cuestión en Hebreos 12:22-24 en

donde se unen estos dos conceptos: «Sino que os habéis acercado al monte de Sion [¿Quién? Los que han aceptado a Cristo como Salvador y todavía continúan en esta vida], a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos».

Aquí se nos dice que *ahora* estamos unidos con todos ellos y esto por supuesto nos lleva a la doctrina de la unión mística de la Iglesia (de los que están vivos ahora con los que ahora están muertos) pero no estoy tratando de todo esto ahora como una «doctrina», sino como una realidad: Dios nos une ya ahora con los que están ya en la otra situación. Están allí, ven a Cristo cara a cara, están muertos, y nosotros tenemos las arras del Espíritu Santo.

Teniendo esto presente pensemos, como hemos hecho ya varias veces a lo largo de nuestro estudio, en Gálatas 2:20: «Con Cristo estoy juntamente crucificado: Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne [es decir, antes de morir], lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a si mismo por mí».

Este versículo se divide en tres partes distintas: «Con Cristo estoy juntamente crucificado» [pausa], «y ya no vivo yo [otra pausa], mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a si mismo por mí».

Aquí se nos dice que Cristo vive realmente en mí, si he aceptado a Cristo como a mi Salvador. En otras palabras, tenemos las palabras de Jesús al ladrón en la cruz: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Cristo puede decir: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» y significar eso. Morir es estar con el Señor. No es solo una idea, es una realidad. Pero al mismo tiempo, Cristo, el mismo Cristo, hace la promesa de una manera tan definida que cuando he aceptado a Cristo como a mi Salvador, Él vive en mí. *Se trata de una misma realidad*. Son dos corrientes de la misma realidad, y ambas igualmente prometidas. Los cristianos muertos están ya con Cristo ahora y Cristo vive realmente en los cristianos. Cristo vive en mí. El Cristo que fue crucificado, el Cristo que acabó su obra, el Cristo que ahora está glorificado, ha prometido (Juan 15) producir fruto en el cristiano, de la misma manera que la savia de la vid produce fruto en el sarmiento.

Aquí está el verdadero misticismo cristiano. El misticismo cristiano no es lo mismo que el misticismo no cristiano, pero yo diría que no es un misticismo inferior. Más aún, en principio se trata de un misticismo más profundo ya que no se basa simplemente sobre una experiencia sin contenido, sino sobre la realidad histórica tiempo-espacio, sobre la verdad proposicional.

No se nos pide en el verdadero misticismo cristiano que neguemos la razón, el entendimiento. Y no debe darse una pérdida de la personalidad, ni la pérdida del individuo. En el misticismo oriental, cuyo estudio emprende y por cierto a lo loco el occidente ahora que ha perdido el sentido de la historia, del contenido y de la verdad de los hechos bíblicos, se da siempre una pérdida de la personalidad, en última instancia. Y es que según su esquema no puede ser de otra manera. Podéis recordar el relato de Shiva, que es una de las manifestaciones del Todo. Vino y amó a una mujer mortal. Shiva abrazó a la mujer amorosamente e inmediatamente ella desapareció y él se volvió neutro. Este es el misticismo oriental. Se basa en la pérdida de personalidad del individuo. No ocurre así en el misticismo cristiano. El misticismo cristiano es comunión con Cristo. Es Cristo que fructifica en mí —cristiano— sin que se produzca ni una pérdida de personalidad y sin ser utilizado como si se tratara de un objeto cualquiera, un bastión o una piedra, por ejemplo.

En muchos pasajes de la Biblia, la relación de los cristianos con Jesucristo se describe en términos de desposorios. ¿Quién es ese «esposo», mi esposo? Es el Cristo que murió, cuya obra fue consumada, resucitó, y ascendió a los cielos y que ha sido glorificado. Es este Cristo. No es simplemente una idea. Es el Cristo a quien vieron después de la resurrección, el Cristo al que vieron Esteban, Pablo, el Cristo al que vio Juan; *este* Cristo es el que es mi esposo. Se puede decir con toda propiedad que en este sentido tenemos género femenino. Cristo es el esposo; nosotros, es decir los cristianos, somos la esposa.

«Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Romanos 6:11).

En esta sección que trata de la santificación y empieza con Romanos 5 estas palabras «en Cristo» vienen a ser como el hilo en el que se ensartan todas las cuentas.

«Justificados, pues [en el pasado], por la fe, tenemos paz para con Dios [en el presente] por *medio de* nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1).

«¡Miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro» (Romanos 7:24-25).

«Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Romanos 8:37).

Cristo está con ellos en el paraíso ahora. Pero Cristo promete —el mismo Cristo, con la misma realidad— al cristiano, que él mismo producirá sus

frutos por medio de nosotros, ya ahora, en esta vida. El poder de Cristo crucificado, resucitado y glorificado producirá estos frutos por medio de nosotros ahora.

A medida que vamos llegando al final de nuestro estudio acerca de las consideraciones básicas de la vida cristiana y de la verdadera espiritualidad y antes de entrar a nuevas consideraciones, terminemos teniendo presentes tres puntos.

Primero, las respuestas del cómo: no se deben hacer simplemente con nuestra propia fuerza. Tampoco es actuar en la práctica sobre la base de la realidad de que delante de Dios, por estar en Cristo, estamos judicialmente muertos y resucitados, por maravilloso que esto pueda parecer. Jamás debe minimizarse esto. Es algo real que se debe tener en cuenta. Judicialmente es una realidad, porque Cristo ha muerto y es Cristo quien ha pagado. No estamos intentando hacer algo que no sea real. Pero es más que actuar sobre este hecho, aun cuando es maravilloso y nos llena de deseos de adoración. Es mucho más que todo eso. El cómo, consiste, en que el Cristo glorificado hará eso por medio de nosotros. Existe un elemento activo: Él será el hacedor.

En segundo lugar, si bien más tarde nos extenderemos sobre este punto, está la acción del Espíritu Santo. «Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Romanos 5:5).

Lo que dice aquí es que no quedarás avergonzado experimentalmente cuando empieces a actuar sobre la realidad, sobre la enseñanza, tal como ha sido presentada. ¿Por qué? «Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado».

«Pero ahora estamos libres de la Ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra» (Romanos 7:6).

¿Dónde está la diferencia? En el Espíritu Santo, no simplemente en una «nueva idea». *No está en nuestra propia fortaleza.* Se trata del Espíritu Santo que se nos ha dado para hacer posible este «servicio».

En Romanos 1-8 al final de la sección sobre el desarrollo de la santificación del cristiano, la obra del Espíritu Santo, el agente de toda la Trinidad, se lleva a la plenitud de su fuerza en el capítulo octavo.

En Romanos 8:13 esto se une en este gran capítulo central de la obra del Espíritu Santo en pro y en el cristiano. «Porque si vivís conforme a la

carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis». Aquí se nos presenta al Espíritu Santo específicamente como el que actúa con el poder y en nombre de la persona de Cristo glorificado. No hay fuerza suficiente en nuestro interior, pero si esta delante de nosotros la fuerza y la obra de Cristo glorificado por la agencia del Espíritu Santo. Era esto con toda seguridad lo que quería significar Cristo al decir: «No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros» (Juan 14:18).

Si bien no podemos desarrollar ampliamente 2 Corintios 13:14, que empleamos normalmente como bendición, insiste en el mismo punto: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios (Padre), y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros». La comunión, o la comunicación, del Espíritu Santo nos presenta al Espíritu Santo como el agente de la Trinidad, con lo que Cristo pudo prometer en Juan 14 no sólo que no nos dejaría huérfanos, sino que tanto el como el Padre vendrían a nosotros. Ciertamente, cuando miramos el libro de los Hechos, encontramos en la Iglesia primitiva no un grupo de hombres fuertes que trabajan en equipo, sino la obra del Espíritu Santo comunicándoles el poder de Cristo crucificado y glorificado. Lo mismo debe repetirse también en nuestro caso.

En tercer lugar, esto no significa por nuestra parte una actitud puramente pasiva. Como ya hemos visto, no se trata de estar sobre la base de nuestras propias obras o nuestra propia fuerza, de la misma manera que nuestra justificación no se fundamenta sobre la base de nuestras propias obras y energía. Pero, de nuevo, como en el caso de la justificación yo no soy un simple palo o una piedra puramente pasivos.

Para mí, la respuesta de María al ángel es una ilustración vigorosa de todo esto (Lucas 1:38). Llega el ángel a María y le dice: María, vas a dar a luz al Mesías prometido desde hace tanto tiempo. Era esta una promesa única y que no se podía repetir. Aquí se trata de algo totalmente único: El nacimiento en este mundo de la segunda y eterna persona de la Trinidad. ¿Cuál fue la respuesta de ella? Se nos dice que el Espíritu Santo será quien hará que conciba en su seno. Me parece que podría haber dado tres tipos de respuesta. Era una muchacha judía, probablemente de 17 o 18 años, enamorada de José. No hay ningún motivo para pensar que José fuera un viejo, como a los artistas les gusta pintarlo sin razón alguna. Lo han hecho así debido a la influencia de la mentalidad católica romana, que insinúa de esta manera que José y María no tuvieron ya más hijos después del nacimiento de Cristo.

He aquí a una joven judía, de unos 17 o 18 años, enamorada de José, en una situación histórica normal, con emociones normales. Repentinamente se les dice que va a dar a luz un niño. Podría haber rechazado la idea diciendo: «No quiero, declino la invitación, prefiero seguir mi camino.

¿Qué diría José?» Y ya sabemos lo que más tarde pensaría José. Humanamente no podríamos echarle nada en cara si hubiera pensado de esa manera. Pero no fue esto lo que dijo.

En segundo lugar, y es este nuestro peligro al llegar a este punto de nuestro estudio de la vida cristiana, podría haber dicho: «Ahora soy la depositaria de promesas y voy por tanto a ejercer toda mi influencia, mi carácter y energía para poder convertir en realidad todas las promesas. Es a mí a quien se han hecho las promesas. Por eso voy a dar a luz a un hijo sin la intervención de varón». Pero con esta respuesta jamás habría llegado a tener un hijo. No habría podido tener un hijo sin varón, por su propia voluntad, como no le sería posible a ninguna otra mujer.

Pero existía una tercera posibilidad. Bella y maravillosa. Ella dijo: «He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra».

Aquí hay pasividad activa. Tomó su propio cuerpo, por propia decisión, y lo puso en manos de Dios para que pudiera hacer lo que dijo que quería hacer y así nació Jesús. Se entregó a sí misma, con su cuerpo, a Dios. Como respuesta a la promesa, sí; pero no para cumplirla por sí misma. Es esta una bella, emocionante y personal manera de expresar la relación entre una persona finita y el Dios al que ama. Ahora bien, todo esto es absolutamente único y no se debe prestar a confusión, solo existe un nacimiento virginal. Sin embargo, es una ilustración del hecho de ser la esposa de Cristo. Nosotros atravesamos una situación semejante en la que se nos hacen también todas esas grandes y emocionantes promesas que hemos estado considerando y no tenemos que pensar de nosotros mismos como si fuéramos totalmente pasivos, como si no tuviéramos parte en todo ello, como si Dios hubiera desistido de tratar todo esto con nosotros como hombres; ni tampoco tenemos que pensar que lo podemos hacer por nosotros mismos. Si hemos de producir frutos en nuestra vida cristiana, o mejor, si Cristo tiene que producir este fruto por medio de nosotros, por la acción del Espíritu Santo, debe haber un constante acto de fe, al pensar: Sobre la base de tus promesas confié en que tú mismo, Jesús mío, las llevaras a feliz término, produce tus frutos, por medio mío, en este pobre mundo.

Es todo esto lo que quiero decir cuando hablo de pasividad activa, y confié que deje de ser palabra muerta. Es hermosa. Debiera oírse el sonido de trompetas y el retumbar de címbalos. Debieran elevarse salmos al compás de los instrumentos de muchas cuerdas. No estamos irrevocablemente cogidos. No tenemos que golpearnos, ni sentirnos desechados. «Hágase conmigo conforme a tu palabra».

De manera que estamos ahora ante dos corrientes de la realidad: los que han muerto y están ahora con Cristo; y nosotros que tenemos «las arras» del Espíritu Santo ahora y así, sobre la realidad de la obra consumada de Cristo tenemos acceso (no en teoría sino en la realidad) al poder de Cristo crucificado, resucitado y glorificado, por la acción del Espíritu Santo.

La verdadera espiritualidad no se logra con nuestra propia energía. El «cómo» del estilo de vida de que hemos hablado, la verdadera vida cristiana, la verdadera espiritualidad, lo encontramos en Romanos 6:11: «Consideraos» (aquí entra la fe, luego viene el aspecto negativo) «muertos al pecado» (y a continuación el positivo) «pero vivos para Dios en Cristo Jesús». Este es el cómo, y no hay ningún otro. Es el poder del Cristo crucificado, resucitado y glorificado, por medio de la acción del Espíritu Santo, por la fe.

5 EL UNIVERSO SOBRENATURAL

Nuestra generación es abrumadoramente naturalista. Su característica consiste en una entrega casi absoluta al concepto de la uniformidad de las causas naturales en un sistema cerrado. Si no nos cuidamos, por mucho que digamos que somos cristianos bíblicos y sobre naturalistas, el naturalismo de nuestra generación tiende a introducirse en nosotros. Puede infiltrarse en nuestra manera de pensar sin que nos demos cuenta de su aparición, cual niebla que se desliza por una ventana apenas abierta media pulgada. Y tan pronto como ocurre esto, los cristianos empiezan a perder el sentido de la realidad de sus vidas cristianas. En mis viajes y charlas por muchos países he quedado impresionado del número de veces que los cristianos me hacen preguntas acerca de la falta de concordancia de la realidad con sus vidas cristianas. Sin duda, la infiltración del naturalismo es una de las más importantes razones, tal vez *la* más importante, de la pérdida del sentido de la realidad. Mientras decimos que creemos una cosa, permitimos que el Espíritu del naturalismo de nuestra época se introduzca subrepticamente en nuestro pensamiento. Con demasiada frecuencia se pierde el sentido de la realidad porque el «techo» desciende hasta quedar muy cerca de nuestras cabezas. Queda demasiado bajo. Y este «techo» que nos aprisiona es el pensamiento naturalista.

Ahora bien, la espiritualidad cristiana, tal como dijimos en los primeros capítulos, no va sola. Forma parte de la visión del universo de la Biblia. Esto significa que debemos entender, teniendo las ventanas intelectuales abiertas, que el universo no es lo que nuestra generación dice que es, cuando sólo ve el universo natural. Todo esto guarda relación directa con lo que hemos estado tratando en los primeros capítulos. Por ejemplo, hemos

dicho que hemos de amar a Dios lo bastante como para decir «gracias» incluso por las cosas difíciles. Debemos comprender inmediatamente, al decir esto, que esto no tiene ningún sentido a menos que vivamos en un universo personal en el que hay un Dios personal y que existe objetivamente.

Luego tratamos el mismo tema cuando vimos que desde una perspectiva normal es muy difícil decirle «no» a las cosas y al yo, conforme a la filosofía «cosista» y a la mentalidad egocéntrica del hombre, especialmente en el siglo XX. Pero vimos que en el Monte de la Transfiguración somos puestos cara a cara con un universo sobrenatural. En el encontramos a Moisés y a Elías hablando con Cristo glorificado. Y vimos que este universo sobrenatural no es un universo remoto. Al contrario: tiene una perfecta continuidad, como la vida normal. Así (en Lucas 9:37) al día siguiente en el que ocurrieron estas cosas, Jesús y los discípulos descendieron de la montaña y se entregaron a las actividades normales de la vida. Más aun, todo siguió normalmente su curso mientras ellos estaban en la montaña. Se da aquí un ejemplo perfecto de la relación tiempo y espacio. En su ascensión a la montaña no se encontraron con ningún sitio en el que tuvieran que hacer su traslado al «otro mundo» filosófico. Y si en sus muñecas hubieran llevado relojes, no habrían detenido ni un sólo momento su tic-tac. Y cuando descendieron, era ya otro día y la vida seguía su curso normal. Nos encontramos aquí con el mundo sobrenatural en relación con la secuencia normal y con las dimensiones espaciales del mundo actual.

Hemos considerado también la muerte redentora de Cristo, que no tiene ningún sentido si la marginamos del mundo sobrenatural. La única razón para que tengan sentido las palabras muerte redentora es la existencia de un Dios personal y que tiene además su propio catéter. No es un Dios moralmente neutral. Cuando el hombre peca contra ese carácter divino que es la ley del universo, es culpable, y Dios juzgara a ese hombre sobre la base de una verdadera culpa moral. En ese contexto y no en otro tienen sentido las palabras a «la muerte redentora de Cristo».

Recapitulemos lo que estamos diciendo: que la verdadera vida cristiana, tal como la hemos examinado, no debe verse separada de la unidad de la enseñanza bíblica; no debe hacerse abstracción de la unidad del énfasis bíblico en el mundo sobrenatural. Esto le da sentido a la imagen bíblica de los cristianos, enfrentados con este mundo sobrenatural, como la esposa, que se une con Cristo, el esposo, de manera que Él —el Cristo crucificado— resucitado y glorificado, pueda producir frutos por medio de ellos. Está ya no es una doctrina sorprendente.

Con todo, tengo la sensación de que personas que aun han recibido una buena enseñanza acerca de la salvación y los otros aspectos de la vida o de

la doctrina cristiana, frecuentemente encuentran que la idea de Cristo, el esposo que produce frutos por medio de los cristianos que vienen a ser su esposa, es una doctrina bastante exótica y sorprendente o, por lo menos, abstracta. Pero ciertamente no puede ser una doctrina sorprendente, si no se la aísla de la enseñanza de la Biblia acerca del carácter sobrenatural del universo total en que vivimos.

Este es el mensaje de la Biblia, y cuando lo entendemos así y lo situamos en este contexto y no en un contexto naturalista (que se nos echa encima con tanta facilidad) la enseñanza de que Cristo como el esposo producirá sus frutos por, medio de mí, deja de resultar extraña. La Biblia insiste en que vivimos en realidad en un universo sobrenatural. Pero si apartamos la realidad objetiva del universo sobrenatural en cualquier zona, esta gran realidad de Cristo el esposo que produce fruto por medio de nosotros cae por el suelo inmediatamente y llegados a este punto el cristianismo se reduce a una ayuda psicológica y sociológica, a una simple herramienta. Tan pronto como descartamos el carácter sobrenatural del universo, todo lo que nos queda es el *Brave New World* de Aldous Huxley, en el que la religión será simplemente un instrumento sociológico para el futuro. En el concepto de Julian Huxley del humanismo romántico evolucionista, la religión tiene un lugar, no porque contenga alguna verdad, sino porque en la extraña formación evolutiva, el hombre —tal como es ahora— simplemente la necesita. Así pues, simplemente, se le debe administrar religión porque la necesita. Eliminado lo sobrenatural del universo, en el pensamiento y en la acción, y nos queda nada más que *Honest to God*, que sólo trata el hecho de la antropología y no tiene nada que decir acerca de las preguntas sobre la realidad de la comunicación con Dios. Quedamos simplemente reducidos a la antropología, la psicología y la sociología y todo lo que digamos acerca de la religión en general y el cristianismo en particular, cae por el suelo a menos que se refiera a un simple mecanismo psicológico. Toda la realidad del cristianismo descansa sobre la realidad de la existencia de un Dios personal, y la realidad de la visión sobrenatural de todo el universo.

Sin embargo, quisiera tratar ahora otro concepto positivo, consecuencia del anterior. El verdadero cristiano creyente en la Biblia es aquel que vive *prácticamente* en este mundo sobrenatural. No digo que nadie pueda salvarse e ir al cielo sin vivir prácticamente en este mundo sobrenatural. Afortunadamente no es así, o ninguno de nosotros iría al cielo, porque ninguno de nosotros vive de esta manera continuamente. Lo que quiero decir es que el verdadero cristiano que cree en la Biblia es alguien que lo hace así. Yo no soy un cristiano creyente en la Biblia en su sentido más pleno solamente por creer las doctrinas ortodoxas, sino para vivir prácticamente en este mundo sobrenatural.

¿Qué significa esto? Desde el punto de vista bíblico, hay dos partes en la realidad: el mundo natural, el que vemos normalmente; y el sobrenatural. Sin embargo, hemos de ir con cuidado al emplear la palabra «sobrenatural». Desde el punto de vista bíblico, lo «sobrenatural» no es realmente más raro en el universo que lo que llamamos normalmente natural. La única razón por la que lo llamamos sobrenatural es porque normalmente no lo podemos ver. Y eso es todo. Desde el punto de vista bíblico, el punto de vista judeo-cristiano, la realidad tiene dos partes que son como las dos mitades de una naranja. No tenemos toda la naranja a menos que tengamos las dos partes. Una parte normalmente se ve, y la otra normalmente no se ve.

Podríamos ilustrar esto con el ejemplo de dos sillas.⁴ Los hombres que se sientan en estas sillas miran el universo de dos maneras diferentes. Todos nosotros estamos sentados en una de estas dos sillas en cada uno de los momentos de nuestra vida. El primer hombre se sienta en su silla y enfrenta de esta manera la realidad total del universo, la parte visible y la que ordinariamente no se ve, y consecuentemente ve la verdad en relación a este fondo. Es cristiano el hombre que dice: «yo me siento en esta silla». El no creyente, sin embargo, es el hombre que se sienta en la otra silla, hablando. Ve solamente la parte natural del universo, e interpreta la verdad en relación a ese fondo. Vamos a ver cómo no pueden ser verdaderas ambas posturas. Una es verdadera y la otra falsa. Si, por tanto, existe solamente la parte natural del universo, con una uniformidad de causas naturales en un sistema cerrado, entonces sentarse en la otra silla es engañarse a uno mismo. Si, con todo, *existen* las dos caras de la realidad, entonces sentarse en la silla del naturalismo resulta excesivamente ingenuo y significa que no se ha entendido en absoluto el universo. Desde el punto de vista cristiano, jamás ningún hombre había sido tan ingenuo ni tan ignorante del universo como el hombre del siglo XX.

Sin embargo, debemos comprender —para poder ser verdaderos cristianos creyentes en la Biblia— que no es tan sencillo reconocer esas dos caras que presenta el universo. La vida cristiana significa *vivir las dos caras de la realidad*: la sobrenatural y la natural. Pero yo insinuaría que es perfectamente posible que un cristiano este tan contagiado por el pensamiento del siglo XX que viva la mayor parte de su vida como si no existiera lo sobrenatural. Más aún, me atrevería a decir que todos nosotros hacemos esto en cierta medida. Lo sobrenatural no afecta al cristiano solo en el nuevo nacimiento y luego a la hora de su muerte, o en la segunda venida de Cristo, para dejar mientras tanto al creyente a lo largo de ese intermedio en un mundo natural. Nada podría estar más lejos del punto de vista bíblico. Ser un cristiano bíblico es vivir en lo sobrenatural

⁴ Para un tratamiento más amplio de todo esto, véase el último capítulo de mi libro *La muerte en la ciudad*, editado por Ediciones Evangélicas Europeas.

ahora, no solo teórica, sino prácticamente. Si un hombre se sienta en una de las sillas y niega la existencia de lo sobrenatural del mundo, decimos que es un incrédulo. ¿Qué diremos que somos cuando nos sentamos en la otra silla pero vivimos como si no existiera lo sobrenatural? ¿No se tendría que dar a una tal actitud el nombre de «infidelidad»? «Infiel» es el cristiano que ahora no vive a la luz de lo sobrenatural. Es el cristianismo que se ha vuelto dialéctico, o simplemente se ha convertido a una buena filosofía. Desde luego, yo creo firmemente que el cristianismo es una buena filosofía. Creo que es la mejor filosofía que ha existido. Aún más, es la *única* filosofía que es coherente y da una respuesta a las preguntas. Es una buena filosofía precisamente porque trata los problemas y da respuesta a los mismos. Sin embargo, no es *solamente* una buena filosofía. La Biblia no habla sólo de abstracciones; no nos habla de una idea religiosa remota. Nos habla del hombre como Hombre. Nos habla de cada individuo, como si cada hombre fuera ese individuo. Y nos dice cómo vivir en el universo real tal como es ahora. Elimínad este factor y la convertiréis en pura dialéctica.

Como he dicho, yo estoy en una silla o en la otra en un momento dado. Desgraciadamente, todo cristiano tiende con demasiada frecuencia a la duda en el momento de decidirse por una de las dos sillas. Tan pronto esta en la silla de la fe como en la de la infidelidad. Una vez que he aceptado a Jesucristo como Salvador, estoy salvado porque descanso en las manos de Jesucristo y sobre la base de su obra perfectamente realizada. Pero Dios continúa tratándome como a un hombre; no soy una máquina ni una figura de metal. Es perfectamente posible que un cristiano se traslade de una silla a la otra. Pero si intento vivir la vida cristiana mientras estoy sentado en la silla de la infidelidad, ciertas cosas son verdaderas. Ante todo, lo hago en la carne. No importa cuál sea mi actividad, ni del mucho ruido que pueda hacer acerca de un evangelismo para salvar almas, o sobre cosas exóticas, por ejemplo. Continúa siendo en la carne. Me he puesto yo mismo, la criatura, en el centro del universo.

En segundo lugar, si intento vivir una vida cristiana mientras estoy sentado en la silla de la infidelidad, en vez de lograrlo, sólo estaré jugando a la vida cristiana porque la verdadera batalla no es contra carne y sangre, sino que se desarrolla en los «lugares celestiales» y no puedo participar en esa batalla. En tiempo de guerra, mientras los hermanos mayores están lejos en la batalla real, los pequeños juegan a los soldados en casa. Actúan muy bien como soldados, pero no tienen contacto ni influencia alguna en la batalla real que se está librando. Cuando intento vivir una vida cristiana mientras me siento en la silla de la infidelidad, simplemente estoy jugando a la guerra. Y de ninguna manera estoy en contacto con la guerra real.

En tercer lugar, el Señor no honrará nuestras almas si estamos sentados en la silla de la infidelidad, porque no sólo no le damos ningún honor o gloria,

sino que, de hecho, así se le roba el honor y la gloria, incluso el de ser absolutamente el Creador y el centro del universo. Pablo habla de esto cuando dice: «Todo lo que no es de la fe es pecado». Hudson Taylor decía: «A la obra del Señor hecha según el modelo del Señor no le faltará nunca la ayuda del Señor». Él pensaba en primer lugar en la ayuda material, pero seguro que incluía también todo tipo de ayuda. Yo comentaría así esa frase: La obra del Señor realizada con la fuerza del hombre deja de ser la obra del Señor. Es algo, pero no es la obra del Señor.

Al llegar a este punto surgen dos preguntas. La primera es: Si la batalla real es «en lugares celestiales», entonces ¿están muy lejos los «lugares celestiales»? Y la segunda: ¿Hasta qué punto tiene importancia la parte que cada uno de nosotros tiene en todo ello?

En primer lugar, pues, según las Escrituras, ¿están muy lejos los lugares celestiales? ¿Es algo muy remoto el mundo sobrenatural? La respuesta es decididamente «no». El Monte de la Transfiguración hace ver de manera muy sencilla que el mundo sobrenatural no queda muy lejos. No se tiene que coger una nave espacial y volar a través de dos generaciones, naciendo la segunda generación durante el vuelo, para alcanzar el mundo sobrenatural. Lo sobrenatural en este caso estaba en la cima del plano inclinado de la montaña. Allí había secuencia temporal de modo que de lo sobrenatural a lo natural hubo sólo un paso. Esto es lo que subraya la Escritura, que el mundo sobrenatural no queda lejos, sino muy, muy cerca.

Lucas escribió hablando de Cristo camino de Emaús: «Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas Él se desapareció de su vista» (Lucas 24:31).

De hecho, habría sido mejor traducir: «Dejó de ser visto por ellos». Lucas no dice que Cristo ya no estuviera allí. En este lugar particular ellos simplemente *ya no le vieron* más. Juan 20:19 y 26 subrayan lo mismo. Esto no se limita al momento histórico que sigue a la resurrección de Jesucristo. Es la estructura de la Escritura. La estructura sobrenatural de la Escritura lleva consigo el énfasis de que lo sobrenatural no está lejos, sino cerca, al alcance de la mano, alrededor de nosotros; lo sobrenatural no es ayer ni mañana, es hoy.

Igualmente podemos encontrar esto en el Antiguo Testamento.

«Jacob siguió su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios. Y dijo Jacob cuando los vio: Campamento de Dios es éste; y llamó el nombre de aquel lugar Mahanaim» (Génesis 32:1-2).

La palabra hebrea «**Mahanaim**» significa «dos huestes» o «dos

campamentos», y un campamento es tan real como el otro. El uno no es una sombra y ficción, una creación de la imaginación de Jacob. Eran dos huestes iguales, en primer lugar, la suya propia, compuesta por su propia familia, sus animales y todo el resto; la segunda, ángeles que tenían exactamente la misma validez y realidad y estaban igualmente cercanos y al alcance de la mano.

Pero quizás el pasaje clásico sobre este tema sea 2 Reyes 6:16-17. En él, Eliseo se ve rodeado por el enemigo y el joven que está con él queda aterrorizado. Pero Eliseo le dice: «No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos». Maldita la gracia que le haría al joven aquella ayuda, pero muy pronto se convirtió en una ayuda real, una cosa actual: «Oró Eliseo y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y mira; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo y de carros de ego alrededor de Eliseo». Desde aquel momento, el joven siervo ya no tuvo más problemas. Sin embargo, desde el punto de vista que lo estamos considerando, lo que más llama la atención es que la oración no fue que viniera algo. Ya estaba allí. La única diferencia consistía en que se le debían abrir los ojos al joven para que pudiera ver lo que los ojos de Eliseo estaban viendo. Lo sobrenatural no era algo lejano, estaba allí. Lo único que hacía falta al joven era tener sus ojos abiertos para ver.

Cuando se hace referencia a lo sobrenatural, inmediatamente el hombre naturalista está decidido a desentenderse de ello. Está decidido a argumentar que no está allí. Por eso la teología liberal, que es naturalista, intenta elaborar una teología que permanezca cuando ya no quede más que pura antropología. Es ahí donde se esta librando la batalla de la verdad en el mundo entero. Pero si vemos esto, entonces hemos echado sobre nosotros la necesidad, el elevado llamamiento y el deber de vivir a la luz de la existencia de las dos porciones del universo, la visible y la invisible, con la comprensión de que los lugares celestiales no quedan lejos, están aquí mismo, alrededor de nosotros.

Vayamos ahora a la segunda pregunta. Si las batallas reales son sobrenaturales, se dan en los lugares celestiales, ¿no será de poca importancia nuestra participación en ellas? Un comentario de Pablo hace referencia a esto: «Porque, según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres» (1 Corintios 4:9).

Aquí Pablo pretende algo que supera lo fantástico, si se mira desde un punto de vista simplemente naturalista si estamos sentados en la silla que hemos llamado de la infidelidad. La palabra griega traducida como

«espectáculo» significa «teatro»; estamos sobre el escenario, se nos observa. Nos dice aquí que el universo sobrenatural no está lejos y que mientras que la batalla real se da en los lugares celestiales, nuestra participación en ella no carece en absoluto de importancia porque está siendo observada por el mundo invisible. Algo así como un espejo que sólo refleja en un sentido. Estamos bajo observación.

Realmente esta enseñanza no descansa sobre este solo versículo. Por ejemplo, Pablo lo menciona a Timoteo, que en el estricto sentido de la palabra no es apóstol: «Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo y de sus apóstoles escogidos...» (1 Timoteo 5:21).

¿Está Timoteo sólo? ¿Hay algún momento en el que Timoteo no sea observado? La respuesta es «No». Dios observa: pero además los ángeles observan. Y esto es verdad no sólo en cuanto a Timoteo, sino acerca de todos nosotros. Este es, por supuesto, el significado del Libro de Job. Job no sabía que se le estaba observando, pero así era. Y aun más, estaba desempeñando su papel en la batalla de los cielos, aunque no lo sabía, cuando se desencadenó la serie de desastres que le sobrevinieron. No solamente se le estaba observando, sino que existía una relación de causa y efecto entre el mundo visible y el invisible. Vemos esto también en la enseñanza de Cristo, porque Cristo nos dice que cuando se arrepiente un pecador se alegran los ángeles del cielo. Esta es, según el lenguaje del siglo XX, la relación existente entre causa y efecto. La causa está en la tierra y el efecto se produce en el mundo invisible. El mundo sobrenatural no está muy lejos y nuestro papel en el no carece de importancia, porque somos observados; y aún más que eso existe una relación de causa y efecto entre la batalla que se desarrolla en los lugares celestiales y la vida cristiana que vivimos o dejamos de vivir.

Si tenemos presente 1 Corintios 4:9, en donde se nos dice que estamos «en el escenario» ante los hombres y los ángeles, debemos notar también lo que dice Pablo en 1 Corintios 2:4, que no deja de tener relación con esto: «Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder».

«Demostración»: ¿delante de quién? A la luz de las advertencias de Pablo en el capítulo 4 se trata ciertamente no sólo de una demostración delante del mundo perdido, o delante de la Iglesia, sino de una demostración delante de los ángeles también.

Este versículo ha sido muy mal entendido. Muchos dirían que lo que enseña es que sólo se ha de dar una predicación «simple» del evangelio; y por predicación «simple» del evangelio se entiende rechazar lisa y llanamente las preguntas que se formula nuestra generación y la negación a

considerarlas. Ponen en contradicción la predicación sencilla del evangelio con el intento de dar respuestas intelectuales sinceras cuando se formulan preguntas sinceras. Pero nada podría estar más lejos del significado de estas palabras. Eso «simplemente» no es lo que dicen esas palabras.

Lo que aquí quiere decir Pablo es que la predicación del evangelio a los hombres simples o a los más «complicados» falla en ambos casos si no va acompañada de una demostración de vida cristiana, si no va acompañada de la obra del Espíritu Santo. No se trata aquí de dar el más simple mensaje evangélico que uno se pueda imaginar y hacer una división absoluta entre fe y vida intelectual. Lo que Pablo dice es que no importa la clase de gente a la que estas predicando ni la terminología empleada, ni la mayor o menor duración de tus palabras, ni que te dirijas a un campesino o a un filósofo. En todos esos casos debe acompañar a la palabra la demostración del poder del Espíritu, de Cristo resucitado, glorificado actuando a través de nosotros.

Poco a poco, muchos cristianos en esta generación se encuentran con que la vida cristiana práctica se les escapa de las manos. Esta tiende a ser cubierta por las capas del pensamiento naturalista. Esta pregunta se puede clasificar entre las cinco o seis preguntas que más me han ido repitiendo jóvenes cristianos, con tradición familiar cristiana: ¿dónde está la realidad? ¿A dónde ha ido a parar la concordancia con la realidad? He oído formular estas preguntas a buenos jóvenes cristianos de muchos países, con una sincera y no fingida desesperación. A medida que el techo de lo naturalista nos va oprimiendo, a medida que nos va invadiendo terreno por inyección o por connotación, la realidad va desapareciendo gradualmente. Pero el hecho de que Cristo como esposo produce fruto por mi intermedio como la esposa, por la acción del Espíritu Santo, por la fe, despeja el camino para mí como cristiano a fin de que empiece a conocer en la vida presente la realidad de lo sobrenatural. Es ahí donde debe vivir el cristiano. La doctrina tiene importancia, pero no es un fin en sí misma. Tiene que existir una realidad experimental momento tras momento. Y la gloria de la realidad experimental del cristiano, en contraste con la experiencia existencial descarnada, o con las experiencias religiosas del Oriente, esta en que la podemos poner en práctica con todas las puertas y ventanas del intelecto abiertas de par en par. No necesitamos una habitación oscura, no necesitamos estar bajo la influencia de una droga alucinadora, no necesitamos estar escuchando un tipo determinado de música; podemos conocer la realidad de lo sobrenatural aquí y ahora.

Este resultado experimental, sin embargo, no es simplemente una experiencia de sobrenaturalismo «descarnado», sin contenido, que no podemos describir y comunicar. Es mucho más. Es una relación experimental, creciente, continua con Cristo y con toda la Trinidad. Tenemos que estar en relación con toda la Trinidad. Las puertas ahora

están abiertas: las puertas del entendimiento y también las puertas que llevan a la realidad.

De manera que ahí está el «cómo». Así es como se puede vivir una vida libre de las ataduras del pecado: no la perfección, ya que esta no nos ha sido prometida en esta vida. Pero es así como podemos vernos libres —en la vida presente— de las ataduras del pecado y de sus consecuencias, como veremos más adelante. Es así como podemos mostrar la realidad de lo sobrenatural a una generación que ha perdido su camino. Esta es la vida cristiana y está es la verdadera espiritualidad. *A la luz de la unidad de la enseñanza de la Biblia acerca de la naturaleza sobrenatural del universo*, el «cómo» está en el poder de Cristo crucificado y resucitado, por medio de la acción del Espíritu Santo que habita en nuestro interior por la fe.

6 SALVACIÓN: PASADO - FUTURO - PRESENTE

La Biblia dice que el hombre cayó, en un momento determinado de la historia y que cuando el hombre cayó, tanto el hombre como el mundo sobre el que tenía dominio, se convirtieron en algo anormal. Parecería, por la historia posterior, que la creación por parte de Dios de criaturas racionales y morales fue un fracaso.

Pero entonces Cristo vino, murió y resucitó, también dentro de la historia y obtuvo la victoria necesaria. Cuando Cristo vuelva, la evidencia de su victoria no admitirá la menor duda. Con todo, hoy en la tierra no existe una paz universal ni para los individuos ni para la humanidad. Desde luego, el mundo del siglo XX no difiere básicamente del mundo asirio, babilónico o romano.

¿Acaso quiere decir todo esto que desde la victoria en la cruz hasta el día de hoy, y hasta la segunda venida del Señor Jesucristo, Dios no trató de que hubiera evidencias de la realidad de la victoria de la cruz?

Cuando examinamos la Escritura encontramos que fue precisamente eso o que *no* pretendió.

«Mas vosotros sois linaje escogido, real, sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios [es decir, un pueblo elegido para un cometido concreto] para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios (1 Pedro 2:9-10).

Este pasaje dice que en esta vida presente los cristianos están llamados con una finalidad, llamados a anunciar las virtudes de Dios. En otras palabras,

Dios no pretendía que no se evidenciara la realidad de la victoria de la cruz entre la ascensión de Jesús y su segunda venida. Lo que Dios ha intentado siempre es que los cristianos sean la evidencia, la demostración de la victoria de Cristo en la cruz.

La vocación del cristiano es creer la verdadera doctrina, la doctrina de la Escritura. Pero no se trata simplemente de afirmar la doctrina correcta, aunque eso tiene tanta importancia. Y tampoco consiste simplemente en ser lo que puede ser explicado por el talento, el carácter o la energía natural. El cristiano no está llamado a presentar simplemente otro mensaje de la misma manera que son presentados todos los demás mensajes. Debemos comprender que no solamente es importante lo que hacemos, sino también *cómo lo hacemos*. En el primer capítulo del libro de los Hechos, entre la resurrección y la ascensión de Cristo, éste les ordena no precisamente que prediquen el evangelio, sino que *esperen al Espíritu Santo* y que luego prediquen el evangelio. Predicar el evangelio sin el Espíritu Santo es perder todo el sentido del mandato de Jesucristo para nuestro tiempo. En el área de «las actividades» cristianas, o del «servicio cristiano», el *cómo lo hacemos* es por lo menos tan importante como lo que hacemos. Todo lo que no sea una demostración de que Dios existe, yerra en cuanto al propósito de la vida cristiana, actual sobre la tierra. Según la Biblia, tenemos que vivir ahora una vida sobrenatural, en la vida presente, de una manera tal que ya nunca jamás podremos volver a vivirla por toda la eternidad. Estamos llamados a vivir una vida sobrenatural ahora, por la fe. La eternidad será maravillosa, pero hay una cosa que no habrá en el cielo, y es la vocación, la posibilidad y el privilegio de vivir una vida sobrenatural aquí y ahora por la fe, antes de que podamos ver a Jesús cara a cara.

Es esto lo que Dios pretende manifestar en este mundo hasta la venida de Cristo y es el cristiano el que tiene que ser la demostración. Se llama a los cristianos a ser una demostración de lo sobrenatural en este momento de nuestra historia, una demostración de que el mundo normalmente invisible existe; y aún más, de que Dios existe. Y lo tiene que hacer individual y corporativamente, cada generación de cristianos para su propia generación. De manera que a nosotros nos toca ser los testigos para esta parte de nuestro siglo. Obviamente no podemos ser una demostración para el pasado y tan solo de manera parcial, por medio de nuestros escritos y nuestras obras, podemos dejar un testimonio para el futuro, si bien debe existir un testimonio acumulativo, que va creciendo cual bola de nieve a través de los siglos. Pero ante todo, cada cristiano tiene que ser un testimonio en su propio momento histórico y ante su propia generación.

Los cristianos tienen que manifestar el carácter de Dios y ésta es una demostración moral. Pero no se trata simplemente de una demostración de

principios morales; es una manifestación de su ser, de su existencia. ¡Qué responsabilidad tan abrumadora! Seguramente cualquiera que haya sido absolutamente sincero y no simplemente un romántico o un idealista en el mal sentido de la palabra, entenderá que tales manifestaciones no tendrían ningún sentido contando solo con su propio esfuerzo, con sus propias fuerzas. Así que de nuevo la enseñanza bíblica de Cristo como esposo que produce sus frutos por nuestro medio, el poder de Cristo crucificado y resucitado y la obra del Espíritu Santo por la fe, no se tiene que considerar como una enseñanza aislada. No debe cogernos por sorpresa. Cuadra dentro de *la unidad de la enseñanza bíblica acerca del llamamiento del cristiano en este mundo*. Esta es la segunda de las unidades bíblicas que hemos considerado. La primera fue *la unidad de la enseñanza bíblica con respecto a la naturaleza sobrenatural del universo*.

Una tercera unidad de la enseñanza bíblica es *la unidad de lo que es la salvación*. Cuando verdaderamente acepto a Cristo como mi Salvador, dice la Biblia que Dios en seguida me declara «Justificado». Dios, como Juez, declara judicialmente absuelta la culpa, sobre la base de la obra vicaria de Cristo. No es que Dios pase por alto el pecado. Él es santo y por ello todo pecado se convierte en verdadera culpa. Pero cuando acepto a Cristo como mi Salvador, mi pecado ha sido castigado en Cristo: en la historia, en el espacio y en el tiempo, sobre la cruz. Y Dios me declara justificado en lo que a la culpa se refiere. Es como si yo jamás hubiera pecado. Sobre la cruz, Cristo cargo con todo nuestro castigo, lo cual quiere decir que ya no queda ningún castigo que nosotros tengamos que soportar, ni en esta vida ni en la otra. Como Cristo es Dios, su muerte tuvo un valor infinito, valor suficiente, de manera vicaria, para cubrir todos los pecados individuales y toda la culpa de todos los que algún día acudan hasta Él.

La justificación se debe entender como algo absolutamente irrevocable, porque Cristo cargo con el castigo de *todo* nuestro pecado, no sólo de nuestro pecado hasta el momento en que aceptamos a Cristo como a nuestro Salvador. No queda nada que pueda ser cargado en nuestra cuenta. Viendo así las cosas, que es la manera bíblica de verlas, no existen grados de justificación. Uno no puede ser más o menos justificado. En este sentido uno no puede ser más o menos cristiano. Según esto, se es cristiano o no se es cristiano. Así como uno ha nacido o no, está casado ante Dios o no, así uno ha aceptado a Cristo como Salvador, es en consecuencia justo por Dios, o no lo acepta y paga las consecuencias. No existe ningún Camino intermedio, ni hay grados. Queda totalmente absuelta y para siempre la culpa del cristiano. Por tanto, para el cristiano la justificación es algo que pertenece al *pasado*.

Pero no hemos de incurrir en un error al llegar aquí. La salvación, tal como se emplea esta palabra en la Escritura, es más amplia que la justificación.

Existe un pasado, un futuro y, con idéntica realidad, un presente. La obra infinita de Cristo en la cruz aporta al cristiano algo más que la justificación. En el *futuro*, se producirá la glorificación. Cuando Cristo vuelva, se producirá la resurrección corporal y la eternidad. Pero existe también un aspecto *actual* de la salvación. La santificación es nuestra relación actual con nuestro Señor, en tiempo presente.

En la santificación hay grados y hemos dicho que en la justificación no, porque la culpa se perdona absolutamente. Pero en lo referente a nuestra relación con Dios en el tiempo presente hay grados. Hay grados entre los distintos cristianos y hemos de admitir también grados en nuestra vida personal, en diferentes momentos de la misma.

La vida cristiana no es un piano ascendente sin accidentes. Unas veces va progresando y otras, lo debemos reconocer todos si no nos queremos engañar, va por el suelo. Aunque no es posible estar justificado en un grado mayor o menor, es posible estar más o menos santificado. La justificación tiene que ver con la culpa del pecado; la santificación tiene que ver con la influencia del pecado en la vida cristiana y en esto existen grados.

La salvación no consiste simplemente en la justificación y luego en un espacio en blanco hasta la muerte; Dios no pretendió que fuera así. La salvación es una unidad, es una corriente que fluye, desde la justificación a través de la santificación hacia la glorificación. «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó» (Romanos 8:28-30). Queda claro, por los tiempos del verbo que se emplean, que la salvación se ha de ver como una corriente ininterrumpida.

Existen otros ejemplos de la misma verdad: «Justificados, pues, por la fe [en el pasado], tenemos paz [en el presente] para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos [en el presente] entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Romanos 5:1-5). 0 podemos tomar los versículos clave de la primera mitad de Romanos: Porque no me avergüenzo del evangelio: porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree: al judío, primeramente, y también al griego.

Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Más el justo por la fe vivirá» (Romanos 1:16-17). Ahora bien, la palabra «salvación» no significa aquí justificación. La palabra «salvación» lo abarca todo: la justificación, la santificación, la glorificación.

«Pues en él la justicia de Dios se revela por la fe y para fe». Esta no es simplemente la fe en la justificación «de una vez para siempre», sino la fe de fe en fe. «Según está escrito: El justo por la fe vivirá», no simplemente quedara justificado por la fe: el justo por la fe *vivirá*.

Desde algunos ángulos, la santificación es la consideración más importante para el cristiano ahora, porque estamos precisamente en este punto. Es la parte actual de la salvación y en este sentido es lo que más importa al cristiano ahora. La justificación es de una vez para siempre; la santificación es continua, desde nuestra aceptación de Cristo hasta nuestra muerte. Este estudio de la vida cristiana y de la «verdadera espiritualidad» cae dentro de la parte presente de nuestra salvación. O sea, todo este estudio es en realidad un estudio acerca de la enseñanza bíblica de la santificación.

La salvación es una unidad. Cuando acepté a Cristo como mi Salvador, cuando desapareció mi culpa, volví a ocupar el sitio para el que fui creado originalmente. El hombre tiene una finalidad. En esta segunda mitad del siglo XX, nos enfrentamos constantemente a la pregunta: «Cuál es el propósito del hombre, suponiendo que tenga alguno?» Y a esa pregunta el siglo XX contesta con un impresionante silencio. Pero la Biblia dice que la finalidad del hombre es amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente. Y este «amor» no tiene que ser vago o «religioso», en el sentido moderno, sino una genuina comunicación con Dios: la persona finita que piensa, que actúa y que siente y que está en relación con el infinito, no con un frío infinito, sino con un infinito que es un Dios personal y con el que es posible, por tanto, la comunicación. Este es el propósito del hombre, aunque lo perdió con la caída. Y cuando acepto a Cristo como mi Salvador, la culpa que me ha separado de Dios y de la realización de mi propósito queda eliminada. Así estoy en el lugar en el que tenía que estar el hombre cuando fue creado. No precisamente en un día muy lejano, en un reino milenial de Cristo, ni en la eternidad, sino *ahora* soy devuelto al lugar para el que fui creado desde el principio. Gozo inmediatamente de una *nueva y viva relación con cada una de las tres personas de la Trinidad*. Primero, Dios Padre es mi padre. Teológicamente se habla de esto como de una adopción. «Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad [el derecho] de ser hechos hijos de Dios». (Juan 1:12). Cuando recibo a Cristo sobre la base de su obra realizada en la cruz, me convierto en hijo de Dios. Cristo, la segunda persona de la Trinidad, es el único Hijo eterno de Dios. Pero la Biblia declara y ello debe constituir un motivo de gozo para nosotros que cuando yo acepto a Cristo como a mi

Salvador, entro inmediatamente en una nueva relación con el Padre y paso a ser Su hijo, en el sentido de ser una criatura situada en el propio lugar para el que fue precisamente creada.

Segundo, cuando acepto a Cristo como a mi Salvador, entro inmediatamente en una nueva relación con Dios Hijo. En teología se llama a esto nuestra «unión mística con Cristo». En Efesios se nos dice una y otra vez que cuando aceptamos a Cristo como a nuestro Salvador estamos «en» Cristo. En Romanos 7:4 se nos dice que Cristo es nuestro esposo y nosotros su esposa. En Juan 15, que Cristo es la vid y nosotros los sarmientos. En todas estas relaciones se dibuja o relata la unión mística entre Cristo y el creyente. Y ¿quién es este Cristo con el que entramos en relación? No es el niño Jesús, ni Cristo cuando estuvo en la tierra, ni Cristo pendiente de la cruz, sino el Cristo resucitado que ascendió a los cielos donde está glorificado. Finalmente, dice la Biblia que entramos también en una nueva relación con la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo. Cuando somos justificados inmediatamente entra a residir en nosotros el Espíritu Santo. En Juan 14:16-17 Cristo hace la promesa previa a su muerte, que fue realizada en Pentecostés tras su resurrección y ascensión: «Y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador, para que este con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros». Hubo entonces una relación actual, pero habría también una futura. Juan explica esto cuando dice que el Espíritu Santo todavía no había sido dado, porque Cristo no había sido aún glorificado (Juan 7:39). En la carta a los Romanos, se dice de nuevo con claridad que si ahora hemos aceptado a Cristo como a nuestro Salvador estamos ya en esta nueva relación con el Espíritu Santo, y quien no esté en relación con el Espíritu Santo no es cristiano. «Más vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (Ro. 8:9). Pablo escribiendo a todos los cristianos de Corinto les pregunta: «¿No sabéis que sois templos de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?» (1 Corintios 3:16). Esto se ha escrito para todos los tiempos y para todo hombre que ha aceptado a Cristo como Salvador. Cuando soy justificado estoy habitado por el Espíritu Santo y entro en esta nueva relación con la tercera persona de la Trinidad.

Aún más, leemos esta promesa de Cristo: «Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros. No os dejare «huérfanos»; vendré a vosotros» (Juan 14: 16-18). No somos «huérfanos»; Cristo viene a nosotros, a través del Espíritu Santo que habita en nosotros. Y en el versículo 23 que guarda relación con esto: «Y

*vendremos a él, y haremos morada con él». En este contexto, la fuerza radica en que el Espíritu Santo —que habita en cada individuo cristiano— no es sólo el agente de Cristo, sino también del Padre. Por consiguiente, cuando acepto a Cristo como a mi Salvador, desaparece mi culpa, habita en mí el Espíritu Santo y estoy en comunicación con el Padre y el Hijo, así como con el Espíritu Santo, con toda la Trinidad. Así pues, en la vida presente, si estoy justificado, estoy en una relación personal con cada uno de los miembros de la Trinidad. Dios Padre es mi Padre; yo estoy en unión con el Hijo y habita en mí el Espíritu Santo. Y todo esto no es simple teoría; *esto lo tengo ahora*.*

Permitidme que lo subraye de nuevo: la salvación es de una sola pieza. Toda la salvación, pasada, presente y futura, tiene una sola *base* y esa base no es nuestra fe. Si en esto sufrimos confusión, nuestra confusión es total. Jamás un hombre puede ser justificado sobre la base de su fe. A través de toda la salvación la única base es la obra realizada por Jesucristo sobre la cruz en la historia. La fe es la mano vacía, el *instrumento* por el que aceptamos el don gratuito de Dios. La fe es simplemente creer a Dios. No es un salto en la oscuridad. Es dejar de llamar mentiroso a Dios, y creerle. La justificación descansa solamente sobre la base de la obra consumada de Cristo. La fe es el instrumento por el que aceptamos esa obra perfecta. Ahí está el «cómo», y ese «cómo» se extiende a través de toda la salvación.

Pensad, por ejemplo, en la seguridad. La Biblia dice claramente que el cristiano tiene el derecho de saber que está salvado: es uno de los buenos dones de Dios, saber verdaderamente que es cristiano. Esto se refiere no solo al hecho inicial —tras haber aceptado a Cristo como Salvador— sino que se aplica también en aquellos grandes y aplastantes momentos en nuestras vidas cuando las olas se embravecen y llegan a cobrar tal altura que nos parece psicológicamente o espiritualmente, que ya nunca más volveremos a pisar en tierra firme. En esos momentos, un cristiano puede tener seguridad. Su salvación descansa sobre la obra consumada por Cristo; tanto si posee la paz que debe tener, como si no; y puede tener seguridad *en la medida en que en aquel momento cree las promesas de Dios*.

Ocurre exactamente lo mismo con la santificación. La base es la obra realizada por Cristo; el instrumento para mantenernos asidos de lo que Dios quiere que tengamos en este momento es la fe. Como hijo de Dios, la santificación a partir del momento de la justificación hacia adelante en la vida actual, ocurre momento tras momento. La justificación se da de una vez para siempre, en el momento en que, por la gracia de Dios, acepto a Cristo como mi Salvador; pero la santificación se da momento tras momento, es una vida de fe que va transcurriendo minuto tras minuto.

Precisamente es en este terreno en el que tiene razón el existencialista

cuando destaca que la vida del hombre se caracteriza por su desarrollo momento tras momento.

«Pues éste es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos» (1 Juan 5:3). ¿Es esto verdad? En realidad, ¿no nos son pesados sus mandamientos? Yo diría que durante muchos años los encontré pesados. Durante muchos años al predicar el evangelio como pastor, no predique nunca este versículo por la simple razón de que no lo entendía. Me resultaban pesados los mandamientos de Dios, apenas si los podía soportar. Hasta que un día, tratando de aclararme este punto, vi que lo único que tenía que hacer era mirar el contexto inmediato: «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos: y sus mandamientos no son gravosos, porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo». Afortunadamente no acaba ahí, pues nos quedaríamos sin saber el «cómo». «Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe». Sobre la base de la obra realizada por Cristo, una vida de fe momento tras momento es «la victoria». No nuestra victoria, sino la victoria de Cristo, comprada para nosotros en la cruz del Calvario, de la que tenemos que aferrarnos momento tras momento por fe.

Podemos comparar entre sí santificación y seguridad. Puede ser que un hombre esté salvado y no sepa que está salvado porque no levanta las manos vacías de la fe en este momento particular creyendo en las promesas de Dios. Y a un hombre le puede faltar en la santificación todo lo que Dios quiere que tenga en la vida presente porque si bien Dios se lo ha ganado para él en la cruz le falta creer en Dios en este momento y levantar las manos vacías de la fe momento tras momento. Me vais a permitir que lo vuelva a repetir para que quede del todo claro, la base no es vuestra fe, sino la obra realizada por Cristo. La fe es el instrumento para recibir de Dios todo lo que Cristo ha comprado para nosotros.

Así pues, esta es la tercera unidad, *la unidad de lo que es la salvación*: una bola pieza y al mismo tiempo una corriente viva. Yo me convertí en cristiano de una vez para siempre sobre la base de la obra realizada por Cristo por medio de la fe; eso es la justificación. La vida cristiana, la santificación, opera sobre la misma base, pero momento tras momento. Se trata de una misma base (la obra de Cristo) y de un mismo instrumento (la fe); la única diferencia está en que una opera de una vez para siempre y la otra opera *momento tras momento*. Aquí es donde mejor se aprecia la unidad de la enseñanza bíblica. Si queremos vivir la vida cristiana con nuestras propias fuerzas sentiremos tristeza, pero si la vivimos de esta manera, no solo serviremos al Señor, sino que además en lugar de tristeza él hará brotar en nuestros labios su canción. Ahí está la diferencia. El «cómo» de la vida cristiana es en el poder del Señor crucificado y resucitado a través de la acción del Espíritu Santo que habita en nosotros

por la fe *momento tras momento*.

«Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo» (Romanos 15:13).

Este es nuestro llamamiento por medio de la acción del Espíritu Santo. No somos llamados a servir a Dios de cualquier manera, sino a experimentar el gozo y la paz *de creerle*.

7

LA ESPOSA FECUNDA

Cuando aceptamos a Cristo como a nuestro Salvador estamos inmediatamente en una nueva relación con Dios Padre. Dios Padre es inmediatamente *nuestro* Padre. Es nuestro «Abba», Papa. Pero ciertamente, si es así, debemos experimentar en esta vida la *paternidad* del Padre. Cuando acepto a Cristo como a mi Salvador, también entro en una nueva relación con Dios Hijo. El empieza a ser inmediatamente mi «Vid», mi «Esposo». Ahora bien, esto plantea la siguiente pregunta: si yo, como sarmiento y como esposa, no produzco el fruto que se puede esperar de aquel que es mi vid y mi esposo, ¿qué es lo que no funciona bien?

«Así, también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios». (Romanos 7:4).

Fijaos en el doble «para»: el primero, **para** que seamos de Cristo; el segundo, **para** que llevemos fruto para Dios. Pero a todo esto se le ha de añadir la muy seria advertencia:

«Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos [herramientas] de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros [vosotros mismos como unidad y como conjunto] a Dios como instrumentos de justicia. (Romanos 6:13).

Como cristiano me puedo entregar a Dios o al pecado, a fin de ser usado por uno u otro, como un arma en la batalla que se está librando.

«Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a

alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y, libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir [esclavos] a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora, para santificación, presentad vuestros miembros para servir a la justicia. Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. Pero ¿qué fruto teníais [antes de que fuerais cristianos] de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte» (Romanos 6:14-21).

Este pasaje señala nuestra alta vocación, ponernos por decisión propia en los brazos de nuestro legítimo amor, de nuestro esposo, a fin de que sus frutos aparezcan al mundo exterior. Pero esto nos advierte también que es posible, incluso después de ser cristianos, que nos pongamos en los brazos de otro y dar su fruto en este mundo. Es posible que como cristianos estemos dando ahora la misma clase de fruto que dábamos antes de ser cristianos. ¿Por qué? Porque nos estamos entregando a nuestro ilegítimo y antiguo amo, el demonio, Satanás. Repitémoslo con suavidad incisiva: ¿es posible que yo como cristiano dé a luz un hijo que no sea fruto de mi esposo, de mi legítimo amor, o, lo que es lo mismo, puedo dar a luz un hijo fruto del demonio? Pongamos, como ilustración de lo que venimos diciendo, el caso de un matrimonio en el que marido y mujer son de la misma raza y tienen el mismo color de piel. Llegado el momento, la esposa da a luz un hijo que es con toda seguridad de otra raza. Todo el mundo se enteraría de que había sido infiel a su legítimo cónyuge. Esto es lo que ocurre con nosotros. Si como cristiano no produzco el fruto que se podría esperar, el fruto de Cristo, hay infidelidad espiritual por mi parte. Hay una especie de adulterio espiritual en mi vida. Y cuando lo vemos así, la palabra «infidel» cobra un significado muy claro y especial, ya que la fe es el instrumento con el que es posible producir el fruto de nuestro Cristo resucitado. Así la palabra «infidel» tiene un significado muy agudo. Si no tengo fe en Cristo le soy infiel, y esto es falta de fe.

Un tercer paso en mi nueva relación consiste en que cuando he aceptado a Cristo como mi Salvador, estoy también inmediatamente en una nueva relación con el Espíritu Santo. El Espíritu Santo vive en mí, como agente de la santísima Trinidad. Ahora bien, el fruto del Espíritu queda muy bien delineado en la Biblia: «Más el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley» (Gálatas 5:22-23).

La Escritura habla con la misma claridad de las obras de la carne: «Y

manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes» (Gálatas 5:19-21a).

El Espíritu Santo es el agente de la Santísima Trinidad. Es el agente de Cristo crucificado, resucitado y glorificado. Si produzco otra cosa que no sea el fruto del Espíritu, la única explicación está en que he agraviado al Espíritu Santo que es nuestro Huésped divino. El Dr. Charles Hodge expresa esto así: «Lo que verdaderamente distingue a un cristiano auténtico es el estar habitado por el Espíritu Santo. ¡Que cuidado debe tener a fin de que nada en sus pensamientos o sentimientos sea una ofensa a su Huésped divino!» El Espíritu Santo es una persona, pero eso mismo nos debe recordar que lo podemos agraviar, que lo podemos entristecer. Así, en Efesios 4:30, se nos dice: Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención».

No entristezcáis al Huésped divino que mora en vosotros. Si sois cristianos auténticos lleváis su sello hasta el día de la redención. Porque él mora en nosotros tenemos garantizada nuestra continua salvación. No le ofendamos ni le entristezcamos.

En 1 Tesalonicenses 5:19 se nos ordena: «No apaguéis el Espíritu».

Cuando le agraviamos, marginamos al único que es para nosotros el agente de la obra de Cristo en nuestra vida actual. Los frutos están allí sobre la base de la obra pasiva realizada por Cristo, es decir, de su sufrimiento en la cruz y sobre la base de la obediencia activa de Cristo, es decir, de su perfecta observancia de la ley durante toda su vida. Allí están, para fluir a través de la acción del Espíritu Santo por medio nuestro hacia el mundo exterior. Los frutos son normales; no producirlos es no tener la vida cristiana que debe considerarse normal. Hay océanos de gracia aguardando. Hay huertos y más huertos, hay viñedos y más viñedos de frutos aguardándonos. Sólo hay una razón por la que no aparecen en la vida del cristiano: no se está usando la fe como instrumento. Esto equivale a apagar el Espíritu Santo. Cuando pecamos en este sentido pecamos doble: pecamos al pecar, y eso es terrible, ya que va contra la ley y el carácter del mismo Dios, nuestro Padre; pero al mismo tiempo, pecamos por omisión, porque no hemos levantado las manos vacías de la fe para recibir el don que está allí.

A la luz de la estructura de todo el universo; a la luz de nuestro llamamiento a exhibir la existencia y el carácter de Dios desde la ascensión hasta la segunda venida; a la luz del terrible precio de la cruz, con el que se lograron en favor nuestro todos los beneficios presentes y futuros de la salvación, a

la luz de todo esto, el verdadero pecado del cristiano es no entrar por la fe en posesión de lo que es suyo. Ahí está el *verdadero pecado*.

«Todo lo que no proviene de fe, es pecado» (Romanos 14:23b). El pecado está aquí, en no levantar las manos vacías de la fe. Todo lo que no procede de la fe es pecado. Cuando no permito que este fruto, que se compró a tan alto precio, brote de mí, *soy infiel* en el sentido profundo de no creer a Dios. Cuando entendemos esto, debemos ciertamente decir: ¡que Dios nos perdone! La vida cristiana es de gozo, pero debe abarcar también la comprensión de la tristeza, si comparamos lo que podía ser con lo que es: la pobreza, cuando la riqueza está al alcance de la mano, y los frutos del enemigo del Señor, el demonio, en lugar de los frutos de nuestro verdadero amor, el Señor.

Son dos las razones principales por las que no acabamos de producir los frutos que debiéramos. Una es la ignorancia, debido a que no se nos ha enseñado el sentido que tiene la obra de Cristo para nuestras vidas presentes. Nuestra «ignorancia» puede abarcar cinco posibles aspectos: *Primero*, se le puede haber enseñado al cristiano como recibir la justificación, pero sin enseñarle, en cambio, el sentido *actual* que para él tiene la obra de Cristo. *Segundo*, se le puede haber enseñado a ser un cristiano por medio de la fe, pero el error puede haber estado en cómo, a partir de ahí, debe vivirse la vida cristiana con toda su fuerza. *Tercero*, se le puede haber enseñado lo contrario. Es decir, que habiendo aceptado a Cristo, por una especie de antinomia, no tiene ya importancia la manera cómo vive su vida. *Cuarto*, se le puede haber enseñado una especie de segunda bendición que al recibirla le haría perfecto en esta vida. Esto no lo enseña la Biblia. Y por tanto, simplemente espera sin esperanza o intenta actuar de acuerdo con algo inexistente. *Quinto*, puede ser que nunca se le haya enseñado que existe una realidad de la fe conforme a la cual *se debe actuar conscientemente* tras la justificación. Este último aspecto manifiesta la ignorancia de muchos que están dentro de la corriente ortodoxa e histórica de la Reforma.

Debido a algunas de las ignorancias reseñadas, puede ser que el cristiano no «entre en posesión de sus posesiones» en esta vida presente. Pero cuando un hombre aprende realmente el significado de la obra de Cristo en la vida presente, se le abre una nueva puerta. Y esa nueva puerta aparece tan maravillosa que con frecuencia al cristiano, cuando empieza a actuar en base al conocimiento de la fe, le da el sentimiento de que se encuentra ante algo tan nuevo como su conversión. Y a muchos de nosotros nos ha pasado que, a partir de un momento determinado, después de haber sido cristianos por mucho tiempo, de pronto, por medio de la enseñanza de la Biblia, leída directamente o a través de alguien que nos lo ha enseñado, hemos visto el sentido de la obra de Cristo y el de la Sangre de Cristo para

nuestra vida presente y se nos abre una nueva puerta. Así pues, lo que nos hace falta es el conocimiento del sentido de la obra de Cristo en nuestra vida presente, para nuestra vida presente y luego, por fe, actuar en conformidad con nuestro conocimiento.

Sin embargo, puede ser que conozcamos la doctrina por un puro asentimiento mental, pero sin que la hagamos nuestra: Y esta es la otra razón por la que no damos el fruto que deberíamos. En el último análisis jamás es la *sola* doctrina lo importante. Siempre lo que cuenta es la doctrina *adecuada*. Podemos ver esto en el caso de la justificación. Por desgracia, existen muchos hombres que han escuchado el evangelio y lo conocen, pero no aceptan a Cristo como a su Salvador. En casos así, el hombre tiene el conocimiento pero no le representa nada, porque no lo ha asimilado. Lo mismo puede ocurrir con nosotros en este asunto de nuestra vida actual. Podemos saber la verdad, podemos tener el conocimiento, pero no la hemos recibido y por tanto no significa nada para nosotros en la práctica y no se produce ningún fruto en nuestra vida. Pero no hemos de permanecer ni en la ignorancia ni en la confusión. Si somos verdaderamente cristianos, sabemos cómo fuimos justificados cuando nos hicimos cristianos. La práctica de la santificación guarda un paralelismo con lo que ya sabemos acerca de la justificación. En otras palabras, si soy cristiano, he sido justificado y pensando en mi justificación, todo lo que tengo que hacer es ver los paralelismos entre la justificación y la vida cristiana. Cuando veo estas cosas, no hay razón para permanecer en la ignorancia o en la confusión, porque hay estos paralelismos muy definidos.

En la justificación, la base es la obra perfecta de Jesucristo; en la santificación es la obra perfecta de Cristo. En la justificación debemos ver, reconocer y actuar de acuerdo con el hecho de que no podemos salvarnos a nosotros mismos. En la santificación debemos ver, reconocer y actuar de acuerdo con el hecho de que no podemos vivir la vida cristiana con nuestras propias fuerzas o por nuestra propia bondad.

En la justificación, el instrumento por el que recibimos el don gratuito de Dios es la fe, que cree a Dios en lo que respecta a las promesas que nos ha dado en la Biblia. En la santificación, el instrumento por el que recibimos el don gratuito de Dios es la fe, que cree a Dios en lo que respecta a las promesas que nos ha dado en la Biblia. Es exactamente lo mismo. Existe una diferencia entre la práctica de la justificación y de la santificación. Como la justificación guarda relación con nuestra culpa y la santificación tiene que ver con cristianos, la justificación opera de una vez para siempre, y con el problema del poder del pecado en nuestra vida como la vida cristiana se vive *momento tras momento*. La diferencia estriba en que mientras la una tiene que ver con la *culpa* de mi pecado, la otra tiene que ver con el *poder* del pecado en mi vida.

Si somos cristianos, hemos comprendido y actuado de acuerdo con la obra perfecta de Cristo de una vez para siempre en nuestra justificación y nuestra culpa ha desaparecido para siempre. Pero vamos ahora a intentar comprender y a obrar prácticamente de acuerdo con esa misma obra, momento tras momento, en nuestras propias vidas.

Permitidme que lo repita: la única diferencia en la práctica estriba en que la justificación es de una vez para siempre y la vida cristiana se vive momento tras momento. La vida cristiana consiste en actuar momento tras momento de acuerdo con el mismo principio y de la misma manera que actué en el momento de mi justificación.

Pero tengamos en cuenta que, desde otra perspectiva, incluso en este punto, no es realmente diferente, porque la vida es solamente una sucesión de momentos, uno tras otro. Cuando decimos «momento tras momento», estamos hablando prácticamente de una sucesión de momentos singulares e históricos. Nadie vive su vida de una vez. Este es uno más de esos puntos al que los existencialistas han hecho algunas observaciones muy atinadas. La vida no es una cosa que se vive de una vez para siempre. Es una serie de momentos. Así cuando yo hablo acerca de vivir la vida cristiana momento tras momento, de hecho solo la puedo vivir un momento tras otro, de la misma manera que mi justificación ocurrió en un solo momento. Y no hay otra manera de hacerlo. En este sentido, no hay una diferencia absoluta entre las dos. No hay nadie que pueda vivir de otra manera que no sea momento tras momento, y solo uno tras otro. La historia es como el filo de un cuchillo, una navaja de afeitar bien afilada. Dios ha hecho que lo que sigue sea real y lo presente sea presente para mí, el futuro es el futuro y el pasado, pasado.

De manera que debemos creer en las promesas de Dios en este preciso momento en el que estamos. Por consiguiente, al creer en las promesas de Dios, las aplicamos (el sentido presente de la obra de Cristo para el cristiano) para *este momento* y en este momento particular. Con solo que podáis ver eso, todo cambia. Cuando le creemos a Dios en este momento, el Espíritu Santo no se apaga. Y por su medio, Cristo resucitado y glorificado, como esposo de la esposa, la vida, produce sus frutos por medio de nosotros, en *este momento*. Esta es la práctica de la pasividad activa. Y es esta la única manera como puede vivir cada uno; no hay otra manera de vivir que no sea momento tras momento.

Al hablar de «pasividad activa», María nos puede servir de ejemplo. María que tenía la promesa delante de que iba a dar a luz al Mesías prometido desde hacía ya tanto tiempo, le creyó a Dios y se entregó como una esclava en las manos de Dios para que el utilizara su cuerpo a fin de dar a luz al

niño Jesús, para que naciera de una virgen. Fue pasiva, en el sentido de que no podía ser la causa del nacimiento del niño, pero fue activa en el sentido en que fue obediente en la fe y se dio a sí misma a Dios. Ahora bien, tened en cuenta que esto lo hizo en un momento. No se dice que María fuera siempre fiel. De hecho, cuando leemos los evangelios hallamos motivos más que suficientes para poder estar seguros de que posteriormente no siempre estuvo en las mismas condiciones de pasividad activa como lo estuvo en aquel momento en que dijo: «Hágase en mí según tu voluntad».

Así pues, también para María ocurrió en aquel único momento. Y así debe ser para nosotros. Aceptamos a Cristo como Salvador en un momento y nuestra culpa desaparece sobre la base del valor de la obra realizada por Jesucristo. Pero una vez que somos cristianos, los momentos prosiguen, el reloj no detiene su tic-tac; y en cada momento del tiempo nuestro llamamiento es creer a Dios, levantar las manos vacías de la fe y permitir que el fruto fluya por medio de nosotros.

Ahora que hemos hablado de la fe detengámonos unos momentos aquí. Al vivir en la segunda mitad del siglo XX debemos repetir lo que es la fe en el sentido bíblico. La fe cristiana no es fe en la fe. La fe cristiana no es algo sin contenido. La fe cristiana no es un salto en la oscuridad. La fe cristiana siempre es creer lo que Dios ha dicho. Y la fe cristiana descansa sobre la obra realizada por Cristo en la cruz. La realidad de vivir por la fe, como si ya estuviéramos muertos, de vivir por la fe en abierta comunión con Dios y regresar luego al mundo exterior como si ya hubiéramos resucitado de entre los muertos, esto no ocurre de una vez para siempre, se trata de una fe momento tras momento y de un vivir momento tras momento. La fe de esta mañana no servirá para este mediodía, ni la fe del mediodía para la hora de la cena. Ni la de la hora de la cena para la de la hora de irnos a la cama, ni la de la medianoche bastará para el día siguiente. Agradeced a Dios la realidad para la que fuimos creados, una comunicación momento tras momento con Dios mismo. Debemos estar más que agradecidos porque precisamente esa cualidad —vivir momento tras momento— lo pone todo a nuestra propia altura, la misma en la cual nos ha creado Dios.

Siendo las cosas así, es obvio que no exista una solución mecánica para la auténtica espiritualidad o para la verdadera vida cristiana. Todo lo que lleve encima la marca de lo mecánico es un error. No es posible decir, leed tantos capítulos de la Biblia cada día y tendréis esta determinada cantidad de santificación. Ni es posible decir, orad tanto tiempo cada día y alcanzaréis un cierto monto de santificación. No es posible juntar las dos cosas y decir, alcanzaréis esta importante medida en vuestra santificación. Esa sería una solución puramente mecánica y negaría toda la postura cristiana en bloque.

Ya que la verdad es que la vida cristiana, la auténtica espiritualidad, no

puede tener una solución mecánica, la verdadera solución es ser levantado en una comunión momento tras momento, en comunión personal, con el mismo Dios y dejar que la verdad de Cristo fluya a través de mí por la acción del Espíritu Santo.

Notemos el punto a que hemos llegado. Es precisamente lo que esperaríamos a la luz de la unidad total de la enseñanza más básica de la Biblia. La enseñanza más básica de la Biblia es que Dios existe, lo que Él es y el corolario de lo que el hombre es por haber sido hecho a imagen de Dios. Vivimos en un universo personal, no impersonal. Dios existe, Dios es personal, nosotros somos personas por haber sido hechos a imagen de Dios y nuestra relación con Dios tiene que ser personal —no mecánica. No somos máquinas, no somos plantas ni meros animales, sino hombres creados a imágenes de Dios, racionales y morales. Cuando fuimos creados, se nos creó con una finalidad. Y el propósito de nuestra creación, con la que coinciden todos los fines subsidiarios, es la de entrar en una relación personal con Dios, de tener comunión con Él, en amor, por decisión personal, como la criatura ante el Creador.

Pero el pecado destruyó esto. La criatura intentó ponerse al mismo nivel que el Creador; lo finito, buscó situarse al mismo nivel de lo infinito. Y ahora, cuando estamos salvados sobre la base de la obra realizada por Cristo, ha desaparecido nuestra culpa y hemos vuelto a la relación correcta, no en un sentido mecánico, sino en una relación personal de comunión.

Así, el hombre moderno está luchando correctamente cuando lo hace con este problema básico, que es el problema de la personalidad y de la comunicación. Según la Escritura, esta lucha está en el lugar correcto: que no es el de unos pocos tabús superficiales, ni de unos pocos puntos superficiales de armonía, sino el del tremendo problema de la personalidad. La respuesta de la Biblia al problema es que la comunicación central que da sentido a todas las otras comunicaciones, es la comunicación del Creador con la criatura que se restablece cuando he aceptado a Cristo como mi Salvador y ha desaparecido mi culpa.

Cuando ha ocurrido esto, se supone que yo no voy a establecer nuevamente un centro de rivalidad en el universo. Estaría en contradicción con todo lo demás. Cuando he aceptado a Cristo como mi Salvador, tengo que estar en el lugar que se me ha señalado, en el lugar correcto y en una relación personal con Dios. Es para eso para lo que fuimos creados en primer lugar. La única diferencia entre nuestra relación personal con Dios ahora y la otra, que habría sido la correcta del hombre si no hubiera pecado, es que la actual esta bajo el pacto de gracia y no bajo el de las obras; por tanto, descansa sobre la base de la obra mediadora realizada por Cristo. Esa es la única diferencia.

Desde el lado humano, es un hombre redimido como unidad y que ahora esta ante el Dios personal. No se trata de una parte del hombre. La voluntad, la mente, las emociones, todo está incluido: el hombre completo, como una unidad, está implicado en este *creer*, momento a momento, las promesas de Dios sobre el significado de la obra de Cristo en nuestra vida presente. Eva dudó de Dios. Ese fue su pecado. Trató de mentiroso a Dios. Eva dudó de Dios y yo, como hijo de Dios, tengo que hacer ahora exactamente lo contrario: tengo que creer en Él. Eva dudó y la humanidad que esta en rebeldía duda de Dios. Creer a Dios, no sólo cuando acepto a Cristo como a mi Salvador, sino en cada momento un momento a la vez: en eso consiste la vida cristiana y ahí está la auténtica espiritualidad.

Sección II: Libertad presente de los resultados de las ataduras del pasado

La separación del hombre de sí mismo.

8 LIBERADOS DE LA CONCIENCIA

En los siete primeros capítulos hemos considerado la liberación de las ataduras del pecado en la vida presente. Vamos ahora a reflexionar acerca del problema de la liberación de las *consecuencias* de las ataduras del pecado en la vida presente. Algo que podríamos titular «Reflexiones más amplias acerca de la verdadera vida cristiana». Al llegar aquí, empezamos a entrar en serio conflicto con el pensamiento intelectual de la segunda mitad del siglo XX y vamos a ver qué es lo que tiene que decir el cristianismo a todo esto.

Con este capítulo empezamos nuestra reflexión con el planteamiento de la «auténtica espiritualidad» en relación con mi separación *de mí mismo*, que es una consecuencia de la caída y consecuencia del pecado. *Debemos poner todo esto en su debido orden*. No lo debemos invertir. El pecado produce la esclavitud y sus consecuencias. El pecado es causa de la esclavitud y no viceversa. Así pues, la comprensión de la liberación de las ataduras del pecado y el actuar de acuerdo con la misma debe verse como algo básico y anterior a la consideración de la liberación de las *consecuencias* de las ataduras del pecado. No podemos tener la respuesta bíblica, las promesas que hace Dios al cristiano con respecto a la liberación de las consecuencias de las ataduras del pecado en la vida actual, mientras no se cumplan dos cosas: primera, que somos verdaderos cristianos; y segunda, que estamos obrando en conformidad con la enseñanza bíblica en lo que se refiere a la

liberación de las ataduras del pecado. Es por eso, que los siete primeros capítulos de este libro, deben ser la base de lo que ahora vamos a considerar.

Cualquier significado se convierte en un truco psicológico, en una ilusión cruel, a menos que ciertas cosas sean verdaderas, objetivamente verdaderas o verdades proposicionales, para emplear terminología del siglo XX. ¿Cuáles son esos hechos que deben ser objetivamente verdaderos?

El primero de ellos es la realidad objetiva de un punto de vista sobrenatural del universo y la realidad de la salvación en el sentido bíblico. Sin ellas, el esfuerzo del hombre moderno por alcanzar y deducir algunas de las bendiciones de la Escritura vendría a ser algo así como un truco psicológico. Pero tras esta verdad hay otra verdad aún más fundamental, la existencia de un Dios personal e infinito a cuya imagen ha sido creado el hombre. Y como hemos sido creados por Él, a su imagen, el concepto de la personalidad humana es real. Esto está en contraste con todos los conceptos deterministas que dicen que somos simplemente un conjunto de condiciones psicológicas o químicas.

La tercera cosa que se ha de entender es la verdad acerca del dilema humano. La respuesta bíblica es que el dilema de la raza humana, ese dilema con el que está bregando tanto el hombre del siglo XX, es *moral*. El problema básico de la raza humana es el pecado y la culpa, una culpa real y moral (no simplemente unos sentimientos culpables) y un pecado real y moral, porque hemos pecado contra un Dios que está allí y un Dios que es santo. Contrariamente a lo sostenido por la neo-ortodoxia —y todas las otras teologías modernas— debemos entender que el pecado y la culpa son realmente morales. No se deben simplemente a ciertas limitaciones metafísicas o psicológicas. El hombre es realmente culpable ante el Dios santo que existe y contra el que hemos pecado. Si no es sobre estas bases, la esperanza que da la Escritura con respecto a la liberación de las ataduras del pecado es sólo una cruel ilusión.

Al llegar aquí, debemos considerar el problema de la liberación de mi conciencia. Existen dos actitudes de las que la Palabra de Dios y el estudio de la historia de la Iglesia nos ponen sobre aviso si queremos ahorrarnos malentendidos. La primera, es el perfeccionismo, como se la ha llamado teológicamente. Consiste en la enseñanza de que un cristiano puede ser perfecto en esta vida. Esta visión abarca los dos aspectos siguientes: el primero es la enseñanza, defendida sinceramente por muchos, de que en un momento determinado de la vida del hombre se presenta una especie de segunda bendición, después de la cual ya no peca más. Wesley en sus primeros tiempos enseñó esto, pero no así en sus últimos días, pues empezó a ver que no se podía defender de manera coherente. Pero existe

otra forma de perfeccionismo, que enseña que podemos ser perfectos *en un momento dado*. Como ya hemos visto, es verdad que nuestras vidas se viven momento tras momento; este enfoque habla de una total «victoria» moral momento tras momento.

Ahora surge la pregunta de si será posible, en realidad, alcanzar la perfección, ya sea de manera total o bien siquiera por un solo momento. Y yo sugeriría que tal expresión simplemente nos introduce en un terreno pantanoso, en el que se inician interminables excursiones que hacen referencia a una idea abstracta de victoria completa, incluso en este «un momento». La frase que se usa frecuentemente es la de que podemos vernos libres de «todo pecado conocido». Pero mi impresión es la de que si tenemos en cuenta, en primer lugar, la Palabra de Dios y luego la experiencia humana, debemos comprender que existe un problema con la palabra «conocido» y también con la palabra «consciente», si hablamos de pecado «consciente». El problema para usar ambas o una sola de estas palabras es el hecho que, desde la caída, el hombre se ha engañado a sí mismo. Nos engañamos a nosotros mismos en lo más profundo de nuestra naturaleza subconsciente e inconsciente.

Mientras más se introduce el Espíritu Santo en mi vida y va profundizando en la misma, tanto más comprendo que existen profundas divisiones en mi naturaleza. La moderna sicología ha tratado todo esto con los términos de inconsciente y subconsciente, y si bien la filosofía que hay tras la moderna sicología con frecuencia esta fundamentalmente equivocada, sin embargo esta acertada al señalar que somos más de lo que simplemente aparece en la superficie. Somos como un iceberg: sobresale sólo una décima parte mientras las otras nueve partes permanecen ocultas. Es fácil, pero muy fácil, engañarnos a nosotros mismos y por eso debemos cuestionar esta palabra «conocido». Si digo que puedo verme libre de todo pecado «conocido», debo ciertamente reconocer toda la intención de la pregunta: *¿Qué es lo que conozco?* Hasta tanto pueda describir lo que conozco, no puedo seguir preguntando de manera que tenga sentido si puedo verme libre del pecado «conocido». A medida que el Espíritu Santo ha bregado conmigo a lo largo de los años, estoy más y más consciente de las profundidades de mi propia naturaleza y de las profundidades de las consecuencias de la terrible caída en el jardín del Edén. El hombre queda separado de sí mismo.

Ahora bien, debemos comprender también, en el contexto de la Escritura, que desde la caída todo queda bajo la alianza de gracia. La alianza de las obras ha quedado destruida por la elección deliberada e incondicionada de Adán y Eva. En su lugar, por la gracia de Dios, con las promesas iniciadas en Génesis 3:15, se le hizo inmediatamente al hombre la promesa de la obra del futuro Mesías. Así pues, desde los tiempos de la caída, todo

descansa sobre la obra realizada por el Señor Jesucristo en la cruz, no sobre nosotros mismos, ni *en* nosotros mismos. Por tanto, si se da alguna victoria real en mi vida, no se puede pensar que sea *mi* victoria o *mi* perfección. Una tal noción no se adecúa a la descripción de la Escritura del hombre, ni a la manera como trata Dios al hombre tras su pecado. No es mi victoria, es siempre la victoria de Cristo; no es mi obra de santidad, se trata siempre de la obra de Cristo y de la santidad de Cristo. Cuando empiezo a creer y fomento en mí mismo la idea de *mi* victoria, no se da en realidad ninguna victoria verdadera. En la medida en que pienso en *mi* santificación, no existe una santificación real, sino que siempre debo verlo todo ello como propio de Jesucristo.

Realmente, sólo cuando conscientemente ponemos todas las victorias a sus pies y las mantenemos allí cuando pensamos en ellas y especialmente cuando hablamos de ellas, sólo entonces es cuando podemos evitar el orgullo de esa victoria, el orgullo podría ser incluso peor pecado que el pecado sobre el que pretendemos haber obtenido la victoria. Cuanto más grande es la victoria, tanto mayor es la necesidad de ponerla conscientemente (y cuando hablamos de ello, vocalmente) a sus pies.

Hemos dicho que son dos y no una sola las falsas actitudes contra las que debemos estar en guardia. Y tan equivocada es la segunda como la primera.

En el catecismo de Westminster se subraya que pecamos diariamente en pensamiento, en palabra y en hecho. Esto no está mal, pero nuestros corazones pecadores pueden desfigurarlo hasta convertirlo en algo equivocado en extremo. Cuando enseñamos a nuestros hijos que pecamos diariamente de pensamiento, palabra y de hecho, debemos tener muy en cuenta el advertirles del peligro de pensar que pueden mirar ligera o abstractamente al pecado en sus vidas. Si me apoyo en la victoria de Cristo para mi entrada en el cielo, ¿le voy a negar la gloria de las victorias ganadas en mí, y por mí, en la vida presente? Si contemplo la victoria de Jesucristo sobre la cruz que garantiza mi entrada en un cielo futuro, ¿me atreveré a negarle los efectos que esa victoria produce en las batallas de la vida presente, las batallas ante los hombres y los ángeles y el mundo sobrenatural? ¡Vaya manera de pensar más desgraciada!

La Biblia hace una distinción clara entre tentación y pecado. Cristo fue tentado en todos los aspectos al igual que nosotros, con todo, la Biblia dice de manera que no deja lugar a dudas, que jamás pecó (Hebreos 4:15). Por consiguiente, existe una diferencia entre tentación y pecado y la Biblia dice precisamente que no porque somos tentados debemos fomentar la tentación hasta caer en el pecado.

«No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel

es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podéis soportar» (1 Corintios 10:13).

«Pues este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos, porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo: y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:3-4).

No somos nosotros quienes vencemos al mundo con nuestras fuerzas. No tenemos en nuestro interior una fuente de energía que pueda vencer al mundo. La victoria es obra del Señor Jesucristo, como ya hemos visto. Puede haber una victoria, una victoria práctica, si levantamos las manos vacías de la fe, momento tras momento, y aceptamos el don. «Y esta es la victoria que ha vencido al mundo». Dios ha prometido —y la Biblia lo ha dicho— que existe una manera de escapar de la tentación. Por la gracia de Dios hemos de querer buscar esa huida.

Tras hablar de estos dos peligros, sigamos adelante.

Digamos ahora que he estado viviendo a la luz de lo que Dios nos ha estado dando durante la vida presente. Como hijo de Dios que ha vuelto a nacer, he estado practicando la realidad de la auténtica espiritualidad, tal Como Cristo nos la ha ganado. Y *el pecado vuelve a introducirse*. Por algún motivo, vacila mi fe momento a momento en Dios; una inclinación por algún pecado específico ha hecho que en aquel punto no camine en la fe, en el hecho de una relación reanudada con la Trinidad. La *realidad* de la práctica de la auténtica espiritualidad se escapa repentinamente de mi lado. Me pongo a buscar una cierta mañana —o una tarde o una noche— y algo ha desaparecido, algo que he conocido, mi tranquilidad y mi paz han desaparecido. No es que este perdido nuevamente, porque la justificación es de una vez para siempre. Pero por lo que puede ver un hombre, o incluso yo mismo, en este punto no doy ninguna muestra de la victoria de Cristo en la cruz. Mirándome a mí en este punto, los hombres no verían manifestación alguna de que la creación de Dios de criaturas morales y racionales no sea completo fracaso, o incluso del hecho de que Dios exista. Debido a que Dios me lleva fuertemente asido, no tengo la sensación de estar perdido pero si me siento separado de mi Padre en la relación padre-hijo. Y *me acuerdo de lo que tenía*.

Al llegar a este punto, debe surgir una pregunta: ¿Existe una puerta de escape? ¿U ocurre lo que con una copa de porcelana fina de Baviera, que si se cae sobre el mosaico se hace añicos y es imposible de reparar?

Gracias a Dios, el evangelio incluye esto. La Biblia es siempre realista, no es

romántica sino que trata en forma realista mis flaquezas. Existe un camino de escape y la base del mismo no es algo nuevo para nosotros. La base es nuevamente la sangre de Cristo, la obra realizada por el Cordero de Dios: la obra realizada de una vez para siempre por Cristo en la cruz, en el espacio, en el tiempo, y en la historia.

Y tampoco el primer paso de este camino de restauración es nuevo para nosotros. Nadie queda justificado, nadie se hace cristiano hasta que reconoce que es un pecador. Nadie puede aceptar a Jesús como su Salvador hasta que haya reconocido que es un pecador. Y 1 Juan 1:4-9 deja claro que el primer paso en la recuperación del cristiano, después de haber pecado, es admitir ante Dios que lo que ha hecho es pecado. No debe excusarse ni llamarlo con otro nombre, ni tiene que cargárselo a cualquier otro ni rebajarle el nombre de pecado. Debe estar arrepentido por ello.

«Estas cosas os escribimos para que vuestro gozo sea cumplido. Este es el mensaje que hemos oído de Él y os anunciamos: Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en Él. Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como Él está en la luz [y esa luz no es una simple iluminación general, sino que se trata con toda claridad de su santidad], tenemos comunión unos con otros y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado [una limpieza presente]. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos; y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:4-9).

Es así como Dios trata con delicadeza a sus hijos después que hemos caído. Con este propósito castiga Dios a los cristianos; con ello se nos quiere hacer reconocer que el pecado concreto es pecado.

«Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos, porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos» (Hebreos 12:5-8).

Si tenemos pecado en nuestras vidas, y seguimos haciendo lo mismo, y Dios no nos castiga con su mano amorosa, entonces no somos hijos de Dios. Dios nos ama demasiado para eso. Nos ama tremendamente. Nos ama como a hijos adoptivos.

«Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los Espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días, nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo sino de tristeza, pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados» (Hebreos 12:9-11).

El hace todo esto con un propósito. No sólo es para traer justicia a mi vida; es para que yo pueda tener aquel «apacible fruto de justicia» y, para que corregidas estas cosas, pueda quedar en paz. Esa es la preocupación amorosa de Dios.

Pero existe una condición. Quienes tienen ese fruto apacible de justicia son los mismos que han sido purificados por el castigo de Dios, en otras palabras, que aprenden lo que Él les está enseñando de esta manera. El castigo de Dios Padre es para hacernos reconocer que un pecado concreto es pecado; su mano puede pesar cada vez más sobre nosotros hasta que lleguemos a reconocer que es pecado y no tratemos de deshacernos de Él por medios fantásticos, inculcando o a los demás o dando excusas de una manera u otra. ¿Queremos reanudar las relaciones? Podemos hacerlo, como hijos de Dios. Podemos reanudar nuestras relaciones en cualquier momento, pero no estamos preparados para ello hasta que estemos dispuestos a llamar *pecado específico* al pecado.

Y el acento recae sobre pecado *específico*. No basta con decir «pequé» No es suficiente. Debe existir la buena disposición de llamar pecado a mi pecado concreto. Debo ocupar mi sitio en el Huerto de Getsemaní con Cristo. Allí Cristo está hablando como verdadero hombre y lo hace completamente al revés de Adán y Eva en el Huerto de la Caída, cuando dice: «Que no se haga mi voluntad, sino la tuya». También yo debo decir con toda su significado: «Que no se haga mi voluntad, sino la tuya» *en lo referente a este pecado concreto*: no basta con afirmación general: «Quiero cumplir tu voluntad», sino «Quiero cumplir tu voluntad *con respecto a esta cosa que reconozco que es pecado*».

«Si decimos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad» (1 Juan 1:6).

No es posible continuar deliberadamente caminando en la oscuridad y tener una comunión auténtica con aquel que es solamente luz y santidad. Esto simplemente no es posible.

«Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los

deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo» (1 Juan 2:16).

Aquí hay algo que es la antítesis no sólo de la ley externa de Dios, sino de su carácter y de lo que Él es. ¿Cómo podemos decir que tenemos comunión con Él si caminamos deliberadamente en lo que es la antítesis de Él mismo?

Así decimos: «Que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y cuando digo esto con referencia a este pecado concreto, soy una vez más la criatura ante Dios; estoy en el lugar para el que fui creado. Como hijo de la caída, el yo es crucificado de nuevo, ya que no puede existir resurrección sin crucifixión. Hemos visto que el orden de la vida cristiana es sencillo: no puede existir restauración verdadera sin un arrepentimiento y una confesión directa ante Dios. En la unidad de enseñanza de la Escritura esto es exactamente lo que se podría esperar, si se empieza por la enseñanza bíblica central de que Dios existe realmente. Él es un Dios infinito y personal y tiene un carácter. Es santo. Esto no es una cosa ajena introducida desde lo periférico o sin importancia; esta en el corazón mismo de este tema. Si esto es lo que Dios es, el Dios que existe y si yo me he convertido en su hijo, ¿no se debería esperar que cuando he pecado —cuando he hecho lo que es la antítesis de su carácter— yo vuelva a Él como Persona para decirle: «siento mucho lo que he hecho»? Él no es precisamente una doctrina o una abstracción, sino una Persona que está allí. En la práctica, tal vez no captemos todo lo que va implicado en el pecado y especialmente si una persona está psicológicamente perturbada, no siempre está capacitada para colocar en su verdadero lugar lo que es realmente pecado y lo que es tan sólo confusión por su parte. De nuevo surge aquí el ejemplo del iceberg, nueve partes ocultas bajo las aguas y sólo una décima parte que se ve sobre la superficie, de tal manera que no siempre podemos darnos cuenta de lo que realmente somos en medio de nuestro pecado. La mayor parte del pecado puede estar bajo la superficie, gran parte puede incluso estar en plena ebullición en el subconsciente, manifestándose simplemente por algunos indicios. Pero sea cual fuere el mal que aflora a la superficie, la porción que alcanzamos a captar es pecado; y esa porción debe llevarse con honradez delante de Dios que conoce todo nuestro ser y debemos decirle, Padre, he pecado. Debo sentir un verdadero pesar por el pecado que conozco, por el que aparece en la superficie de mi yo.

Vimos que existe un paralelo entre justificación y santificación, es decir, entre llegar a ser cristiano y vivir la vida cristiana. El primer paso en la justificación es que debo reconocer que soy pecador, que estoy bajo la justa ira de Dios y que no me puedo salvar a mí mismo. El primer paso para vivir la verdadera vida cristiana es reconocer que no puedo vivir la vida cristiana por mis propias fuerzas o por mi propia bondad. El primer paso para la reanudación de mi vida cristiana, después de pecar, sigue

exactamente la misma línea: debo reconocer que mi pecado concreto es pecado. No son tres principios diferentes; existe un sólo principio en estas tres situaciones porque tratamos al mismo Dios y básicamente el mismo problema. Pero ni el ser cristiano ni el producir fruto como cristiano, es de por sí el primer paso suficiente en sí mismo. En cada una de las tres situaciones debo levantar las manos vacías de la fe para recibir el don de Dios en aquel momento. Y cuando yo, cristiano, he pecado, sólo la obra realizada por Jesucristo en el espacio, en el tiempo y en la *historia*, hace ya tiempo, en la cruz del Calvario, es lo que basta. Sólo la sangre de Cristo basta para limpiar mi pecado como cristiano y sólo sobre la base de la sangre de Cristo es que desaparece la mancha. Debo poner el pecado concreto bajo la sangre de Jesucristo por la fe. Y ya estamos de nuevo con lo mismo; aquí está la pasividad activa que ya hemos tratado. No lo podemos hacer por nosotros mismos, pero no somos ni palos ni piedras. Dios nos ha hecho a su imagen y nos trata siempre teniendo en cuenta esa realidad.

Ahora bien, de la misma manera que en la zona consciente de la santificación como un todo, así, aquí en la restauración, todo descansa sobre la realidad del hecho de que la sangre de Cristo tiene sentido en *nuestra vida presente* y la restauración tiene lugar cuando nosotros, por la fe, actuamos de acuerdo con ese hecho en los casos concretos de pecado. Creo que gran parte del énfasis de la iglesia tradicional y ortodoxa dentro de la corriente histórica de la Reforma, ha subrayado con la fuerza suficiente el aspecto consciente de la vida cristiana. Esta *no* es una «segunda bendición», sino que *consiste* en aprender la realidad del significado de la obra de Jesucristo en la cruz, en nuestra vida presente y en actuar conscientemente de acuerdo con ella desde ahora mismo.

Creo que es esto lo que sabía Juan Wesley. Él sabía de una acción directa de Dios en su vida sobre la base de la obra realizada por Jesucristo. Creo que su teología en esta materia estaba mal enfocada y que empleó una terminología errónea, pero ciertamente no tenía una aspiración errónea, sino una correcta: el conocimiento y la práctica de la disponibilidad de la sangre del Señor Jesucristo en el significado presente de nuestra vida. Sin que importen los términos que empleemos para expresarlo, su realidad descansa sobre el conocimiento de lo que Cristo nos ha comprado, no sólo al llevarnos al cielo, sino ya en la vida presente; y entonces empezar a actuar en conformidad a ello en una fe que se tiene momento tras momento.

Y en cuanto al asunto de la restauración: la sangre de Cristo tiene sentido para mí en mi vida actual cuando he caído y me ha abandonado la paz. La restauración debe empezar primero por la *comprensión* de lo que Cristo ha hecho por nosotros en este campo y entonces empezar a ponerlo en práctica momento tras momento. No se trata de un proceso mecánico; el

sentido de la obra de Cristo en nuestra vida actual debe consistir en llevarla a la práctica conscientemente. Pero su base está en la obra realizada por Cristo en la historia.

¡Qué agradecidos debemos estar a Cristo por el relato que nos brinda del hijo prodigo! Se trata de uno que es hijo y que ha caído en lo más hondo del pecado, hasta sepultarse en el fango. La Escritura deja ver con claridad que no es un poquito lo que pecó, incluso desde el punto de vista del mundo. Sus pecados son de los «gordos». Y con todo, su padre permanece esperando el regreso de su hijo pródigo y con sus brazos dispuestos para cerrarse en torno a él en un estrecho abrazo. La sangre de Cristo puede borrar el pecado más negro. No existe un pecado tan grande que impida reanudar nuestra comunión, si humildemente lo llamamos pecado y por la fe, lo ponemos bajo la sangre de Cristo. Cuando mi corazón me condena y grita: «Has vuelto a pecar», tengo que volver a creer a Dios acerca del valor de la obra realizada por Jesucristo. Se ha de pasar por la muerte, como ya hemos visto, antes de que llegue la resurrección. Pero sobre la base de la victoria de Cristo, la resurrección vendrá a continuación de la muerte. La vida cristiana jamás acaba en lo negativo. *Existe* un aspecto negativo, porque el hombre es un rebelde. Pero no acaba ahí, sino que siempre va tras lo positivo. Así como mi cuerpo resucitará un día de entre los muertos, así también yo estoy llamado a vivir, ahora, una vida resucitada.

He encontrado que resulta de gran provecho que, cuando un hombre ha aceptado a Cristo como a su Salvador, incline su cabeza y le diga a Dios que está allí: «Gracias por la obra realizada». Indudablemente los hombres han sido salvados y se han ido sin decirle conscientemente «gracias», pero que cosa tan maravillosa es cuando un hombre se ha visto a sí mismo como pecador y ha comprendido que estaba perdido; qué cosa tan maravillosa para ese hombre haber aceptado a Cristo como a su Salvador para inclinar luego su cabeza para decir conscientemente «gracias» por una obra que es *absolutamente perfecta*. Es normal que cuando el recién nacido da las gracias a Dios, alcance la seguridad y goce de un descanso en certeza y paz.

Lo mismo ocurre en la restauración. Aquí se da un paralelismo constante. Si hemos pecado, es maravilloso decir conscientemente: «Gracias a ti por la obra consumada», después de haber puesto nosotros ese pecado concreto bajo la virtud de la obra realizada por Cristo. Si bien no es absolutamente necesaria para la restauración, la acción de gracias consciente comunica seguridad y paz. Decimos «gracias» por la obra realizada en la cruz que es suficiente para una relación completamente restaurada. Esto no depende de mis emociones, como tampoco dependía de las mismas mi justificación. Sólo depende de la obra realizada por Cristo en la historia y de las promesas objetivas de Dios en la Palabra escrita. Si creo en él y si creo lo que me ha enseñado acerca de la suficiencia de la obra de Cristo para la

restauración, puedo tener la seguridad de ser restaurado por muy negra que haya podido ser la falta. En esto consiste la realidad cristiana de la salvación de la esclavitud de la conciencia.

Martín Lutero, en su comentario a los Gálatas, muestra una gran comprensión del hecho de que nuestra salvación incluye la salvación de la esclavitud de nuestra conciencia. Es, por supuesto, natural y correcto que, cuando nos hacemos cristianos, nuestras conciencias se vuelvan incluso más delicadas. Esto es obra del Espíritu Santo. Sin embargo, mi conciencia no me tiene que atormentar año tras año por pecados ya pasados. Cuando mi conciencia —bajo la acción del Espíritu Santo— me hace consciente de un pecado concreto, debo reconocerlo como pecado y debo colocarlo conscientemente bajo la sangre de Cristo. Ahora está cubierto y no honra la obra realizada por Jesucristo el que nos sigamos preocupando por ello, en lo que respecta a mi relación con Dios. Más aún, preocuparnos por ello es hacer un desprecio al valor infinito de la muerte del Hijo de Dios. Mi amistad con Dios *se ha* reanudado.

Ahora, puede quedar aún un precio que pagar por mis pecados con respecto al Estado; puede existir un perjuicio infligido a individuos a los que tengo que hacer restitución. Debemos hacer frente a estas cosas. Esto lo veremos después. Pero por lo que se refiere a mi amistad con el Padre, dice Dios que queda reanudada sobre la base del valor de la sangre de Jesucristo. Y si su sangre tiene un valor tal como para trasladar a un rebelde y pecador del reino de las tinieblas al reino del amado Hijo de Dios, en la justificación, ¿qué pecado tan negro puede existir que no pueda quedar cubierto por ella?

Cuando digo conscientemente «gracias» a Dios por su *obra perfecta*, mi conciencia debe reposar en paz. En lo que a mí se refiere, a lo largo de los 20 años más o menos en que luche con esto en mi propia vida, más bien represento mi conciencia como un perro grande y negro, con sus enormes zarpas, que se abalanza sobre mí amenazadoramente, cubriéndome de fango y presto a devorarme. Pero cuando mi conciencia se abalanza sobre mí, después de haber sido limpiado de un pecado concreto sobre la base de la obra realizada por Cristo, entonces debo volverme a mi conciencia y decirle, efectivamente: «¡Fuera! ¡Estate quieta!» Tengo que creer en Dios y estar tranquilo en la práctica y en la experiencia. Mi amistad con Dios ha sido reanudada sobrenaturalmente. Estoy limpio, dispuesto de nuevo a reemprender la vida espiritual, dispuesto nuevamente a ser utilizado por el Espíritu para la guerra en el mundo visible. No puedo estar presto hasta estar limpio, pero cuando lo estoy, ya estoy a punto. Y, sobre esta base, puedo volver a limpiarme tantas veces como sea necesario.

Este es para muchos cristianos el punto central del problema de la

concordancia con la realidad. Todos hemos de batallar con el problema de la concordancia con la realidad. Los hombres llegan a curiosos extremos para tocar la realidad, pero aquí está la clave: «Hijitos míos, os escribo esto para que no pequéis». Así naturalmente la llamada va dirigida a no pecar. «Y si alguno hubiese pecado, abogado tenemos [incluyendo al propio Juan, que se coloca di mismo en esta categoría] para con el Padre a Jesucristo el Justo» (1 Juan 2:1).

Esta es la clave de la realidad para mi personalmente. Si me adhiero a la sangre de Cristo en la fe, la realidad descansa en esto: no en intentar vivir como si la Biblia enseñara perfeccionismo. Ahí no se encuentra ninguna base para a realidad; esa es solo una base para el subterfugio o para da desesperación. Pero existe aquí una realidad: la realidad de los pecados perdonados; la realidad de la certeza de que cuando un pecado concreto se pone bajo la sangre de nuestro Señor Jesucristo es perdonado. Esta es la realidad de una relación restaurada. La realidad no es sólo cuestión de credos, por más que los credos tengan su importancia. La realidad debe ser reanudada y experimentada sobre la base de una relación reanudada con Dios a través de la obra realizada por el Señor Jesucristo sobre la cruz.

Hemos de decir otra cosa sobre este tema: «Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo» (1 Corintios 11:31-32).

Esto nos enseña que no necesitamos esperar para recibir una corrección antes de que sea reanudada nuestra amistad con Dios. La corrección de Dios no es un castigo. El castigo se acabó en la cruz del Calvario. Es una corrección para devolvernos a la amistad con Él mismo, y no necesitamos esperar a recibir una corrección antes de que nuestra amistad pueda ser reanudada. La corrección de un hijo de Dios no reviste el carácter de castigo. Eso acabó en la cruz. No existe un peligro oculto cuando Dios santo es el Juez. Nuestra culpa desapareció de una vez para siempre. Por tanto, si nos juzgamos a nosotros mismos, ya no recibiremos corrección alguna.

Por consiguiente, podemos leer estos dos versículos empezando por detrás, así: Dios no nos va a condenar con el mundo, así que nos dará una corrección. Pero si nos juzgamos a nosotros mismos y llamamos pecado al pecado y lo ponemos bajo la sangre del Señor Jesucristo, entonces no nos tendrá que dar ninguna corrección. Es esto a lo que Pablo nos apremiaba. Sin comparación posible, lo mejor es no pecar, pero ¿no es maravilloso que cuando pequemos, podamos acudir presurosos al lugar de la renovación?

Así pues, lo que Dios nos quiere decir es que consideremos como uno de sus dones en esta vida, la liberación de la falsa tiranía de la conciencia. La

mayoría, por no decir todos los cristianos, encuentran que el primer paso en la curación sustancial que pueden tener en la vida presente es la curación sustancial de la división que hay en sí mismos, que es un resultado de la caída y del pecado. El hombre está ante todo separado de Dios, luego de sí mismo y finalmente de sus compañeros los hombres y de la naturaleza. La sangre del Señor Jesucristo aportará una absoluta y perfecta restauración de todas estas cosas cuando Jesús vuelva. Pero en la vida presente debe haber una curación sustancial que incluye las consecuencias de la separación de un hombre consigo mismo. Este es el primer paso hacia la liberación en la vida presente de las consecuencias de las ataduras del pecado.

9 LIBERACION EN EL PENSAMIENTO

El paso siguiente será discutir la auténtica espiritualidad en relación con la división de nosotros mismos en el mundo interior del pensamiento.

En Romanos 1:22-29, nos encontramos con un orden ya señalado. Como introducción a este pasaje leemos en el versículo 21: «Pues habiendo conocido a Dios no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido».

Aquí entran quienes conocían a Dios. Podemos pensar en todo esto en los términos del pecado original de Adán y Eva, o podemos pensar en todo ello en los términos de tantas y tantas veces en las que una cultura ha conocido al Dios verdadero y le ha vuelto deliberadamente las espaldas, como en el caso de nuestro propio mundo post-cristiano. Vemos que conocían a Dios, pero se volvieron vanos en sus razonamientos. Este es el mundo de sus pensamientos. Luego, en el versículo 22: «Profesando ser sabios, se hicieron necios». Esto es algo interior. Versículo 24: «Por lo cual también Dios los entregó, a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos». He aquí sus consecuencias. Podemos ver el siguiente orden: primero, hubo una idea en su vida pensante y luego apareció el resultado exterior de la idea.

En el versículo 25 se nos dice que cambiaron la verdad de Dios en una mentira y adoraron y sirvieron a lo creado antes que al Creador. He ahí la rebelión interior, e inmediatamente esto tuvo sus consecuencias exteriores, como vimos en el versículo 24.

Veamos ahora el versículo 28: «Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no

convienen».

De nuevo aparece aquí el mismo orden. Empezando por el versículo 29 pasamos lista detenidamente a una serie terrible de cosas exteriores.

Podemos decir dos cosas acerca del acto exterior: Lo exterior sigue a lo interior y lo exterior es producto de lo interior. Los pensamientos son lo primero y son la causa de lo exterior. Ese es el orden.

«Así que, hermanos, os ruego, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, canto, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Romanos 12:1).

Ahorabien, todo esto ocurre en el mundo exterior. Pero nótese que esto no puede separarse del versículo 2: «Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cual sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta».

Debe haber, por supuesto, un ofrecimiento en sacrificio de nuestros cuerpos, pero esto solo tiene sentido sobre la base de la comprensión de lo interno.

Pablo habla aquí de no conformarse a este mundo. Pero esto no es algo simplemente externo. En contraste con esto, debemos transformarnos por la renovación de nuestro entendimiento y eso es algo interior.

En Efesios 4:17 Pablo escribe: «Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente».

Aquí está presente el mundo gentil, el mundo perdido. Ellos caminan «en la vanidad de su mente». Ciertamente esto nos recuerda a Romanos 1: «Se envanecieron en sus razonamientos». Esto es algo interior, y en esto está el mal del mundo gentil: La vanidad de su mente.

En Efesios 4:18 se nos dice el porqué: «Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón». Así pues, se nos dice que su entendimiento esta oscurecido, lo cual es interior. Y la base de todo esto no es otra que su rebeldía contra Dios. Es exactamente lo mismo que explica Romanos 1. Pero tras mostrar donde están «los gentiles», llega el versículo 19, con la descripción de los sentimientos anteriores de los hombres, entregándose a la vida licenciosa, a las obras de la impureza y de la avaricia. Así una vez más, el orden es el mismo: de lo interior resulta lo exterior.

Y se nos lleva luego a un incisivo contraste en el versículo 20: «Mas vosotros

no habéis aprendido así a Cristo». Notemos que la frase «habéis aprendido» es nuevamente algo interior.

Esto es exactamente paralelo a Romanos 12, en donde en el versículo 2 leemos: «Por medio de la renovación de vuestro entendimiento». Lo anterior es algo interior y también lo es esto. Pero en Efesios 4:22 encontramos lo exterior: En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos».

«La pasada manera de vivir» abarca aquí todo el conjunto de la vida. Es en sí mismo un aspecto interno. Sale luego al encuentro de lo exterior. Así pues, todo esto descansa sobre el versículo 20: «Vosotros no habéis aprendido así a Cristo», que es algo interior. Lo interior experimenta una noción interior que tiene primero consecuencias interiores para tener luego consecuencias exteriores.

Ahora podéis advertir aquí otro elemento que es de la mayor importancia en el siglo XX y está en el centro mismo del pensamiento actual. En el versículo 18 habla de «ignorancia». La ignorancia esta, en relación con todo lo que contiene; no se trata de un espíritu de ignorancia. En el versículo 21 se habla de «la verdad en Jesús». La verdad es lo que contiene, la verdad tiene que ver con la razón y con el carácter de criaturas racionales que Dios nos ha dado. El dilema del mundo interior no viene de una especie de oscura niebla, lino que guarda relación con su contenido.

«Renovaos en el espíritu de vuestra mente» (versículo 23). Nuevamente no se trata simplemente de un sentimiento. Se trata de pensamientos en un sentido racional y que tienen contenido. «Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y (la mejor traducción aquí es) santidad de la verdad» (Efesios 4:24).

No se trata simplemente de una santidad emocional, sino de una santidad con contenido, la santidad en relación con el pensamiento y con una serie de cosas que pueden afirmarse como verdaderas en contraste con lo que es falso. Lo que estamos considerando aquí es el problema de la ignorancia interior en el sentido de rebeldía, como si se estuviera dando la espalda a las cosas que son la verdad.

Se enumeran aquí pensamientos internos: pensamientos que tienen un contenido específico y que llevan a la acción exterior. En Efesios 5:15-16 encontramos un pasaje paralelo: «Mirad, pues, con diligencia como andéis, no como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos».

La palabra «sabios» transmite aquí el mismo mensaje. Tiene que ver con el

mundo del pensamiento, pero en contacto con lo que pueda afirmarse como verdad: Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor, (versículo 17). «Insensatos» es lo contrario de «sabios» y de «entendidos». «Entendidos» está de nuevo en el mundo del pensamiento y guarda relación con lo que es la voluntad del Señor. La «voluntad del Señor» no es aquí una noción existencial en el sentido del siglo XX. Nuevamente guarda relación con el contenido y con lo que llamaríamos verdad proposicional u objetiva. En contraste con el «andar como insensatos» está el versículo 18: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien, sed llenos del Espíritu».

Los versículos 19, 20 y 21 empiezan por destacar algunas de las consecuencias visibles de esto: «Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios».

Estas son las consecuencias externas de una posición previamente adoptada en el mundo del pensamiento. Existe aquí un elemento adicional que es el más importante en nuestro pensamiento. La obra del Espíritu Santo como agente de la Trinidad, no es como un abrigo que nos ponemos encima. No es en absoluto algo exterior, sino interior, que a su vez resulta en algo exterior.

De manera que aquí adelantamos en nuestra comprensión la auténtica espiritualidad en la vida cristiana. Básicamente es algo que guarda relación con nuestros *pensamientos*. Lo exterior es su expresión y su consecuencia. Las batallas morales no se ganan primero en el mundo exterior. Son siempre una consecuencia que se deriva naturalmente de una causa, y la causa está en el mundo interior de los propios pensamientos. De hecho, Jesús subrayó esto con gran fuerza: «¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno siendo males? Porque de la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34).

Hay quienes harían aquí una distinción y considerarían «el corazón» como algo más que simplemente pensamientos, pero incluso si alguien defendiera este punto de vista el hecho importante es simplemente que aquí estamos tratando del mundo interior. Lo que está diciendo Jesús es que si la condición interior de uno no es correcta, tampoco lo serán los resultados que se puedan derivar.

«No lo que entra en la boca contamina al hombre, más lo que sale de la boca, esto contamina al hombre» (Mateo 15:11).

Jesús está respondiendo a la pregunta que le hicieron antes: «¿Por qué tus

discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan» (Mateo 15:2). Esta clase de preguntas tienen mucha importancia para los que se fijan en lo exterior. Pero Jesús les dice: «No entendéis nada. Es lo que sale del hombre lo que mancha al hombre».

«¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina? Pero lo que sale de la boca, del corazón sale y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, robos, calumnias, blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer sin lavarse las manos no contamina al hombre» (versículos 17-20).

Nuevamente es lo interior lo que subraya Jesús. Lo interior va delante de lo exterior y lo exterior es causa de lo interior, con relación de causa y efecto.

También en el Sermón del Monte trata Jesús de todo esto. «Oísteis que fue dicho a los antiguos: No mataras; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio» (Mateo 5:21, 22a), y... «echado en la cárcel» (5:25b).

Comparad esto con 1 Juan 3:15a: «Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida».

Ahora hemos dado un nuevo paso hacia adelante. El mundo del pensamiento continúa siendo lo primero, pero aquí se nos dice algo más. En relación con la moral, *el pensamiento es la cosa*. El odio no lleva simplemente al asesinato; moralmente *es* un asesinato. Estoy enfatizando ahora lo de «moralmente» porque es algo distinto del asesinato en el mundo exterior. Con todo, moralmente el odio *es* el asesinato.

Hasta aquí hemos dado tres pasos: primero, lo interior es lo primero; segundo, lo interior es causa de lo exterior; tercero, moralmente lo interior es central. Os acordareis de que en el capítulo primero vimos que cada vez que quebrantamos cualquiera de los mandamientos, ya hemos quebrantado el mandamiento interior de no codiciar.

En la historia de José, en Génesis 37:4ss, tenemos un ejemplo perfecto de esto: «Viendo sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos sus hermanos, le aborrecían y no podían hablarle pacíficamente». Es el odio interior la raíz de todo. Después, tuvo también José un sueño que contó a sus hermanos y «ellos llegaron a aborrecerle más todavía». El odio se va amontonando, y el odio es algo interno. Más aún, ha producido ya su fruto, y

les resulta ya imposible hablar con él en tono amistoso. Y precisamente ahora va engrosando como una gran ola a punto de reventar. Por eso: «Sus hermanos le tenían envidia».

Aquí tenemos el quebrantamiento del mandamiento de no codiciar. Una vez quebrantado, internamente el hecho pertenece ya al pasado. En cuanto a la situación moral, si bien las consecuencias exteriores en su totalidad todavía no se han manifestado, su realidad ya estaba sobre ellos. «Conspiraron contra él para matarle». «Venid, matémosle y echémosle en una cisterna, y diremos: Alguna mala bestia lo devoró; y veremos qué será de sus sueños». Están perfectamente decididos a matar a su hermano y a quebrantar el corazón de su padre. Todas estas cosas se suscitaron en el mundo interior de sus pensamientos, en su odio, en su envidia, no en el mundo exterior. El pecado de los hermanos no se produjo cuando vendieron a José a Egipto, sino cuando fue concebido en la realidad de su mundo interior. Es el mundo interior del pensamiento lo que distingue al hombre como hombre. En la introducción a *The Epic of Man*, Loren Eiseley, antropólogo de la Universidad de Pennsylvania, dijo lo siguiente acerca del hombre: «El hombre primitivo ha entrado en su propia cabeza y desde entonces se ha ido adaptando a lo que allí encontró».

Esta es la afirmación más sorprendente, porque es tan clara y cortante como un diamante. Es absolutamente verdadera en una de sus partes y absolutamente falsa en la conclusión que de ella deriva.

Eiseley llevó su afirmación a una teoría evolucionista, y en esto está equivocado, en cambio está completamente en lo cierto al observar que el hombre, ya se le encuentre en un estado más primitivo o en un estado sofisticado y culturalmente civilizado, lo que le distingue siempre como hombre es el hecho de que de una manera muy real vive dentro de su cabeza. Tiene un mundo interior de pensamiento que es único. La moderna psicología de la profundidad comprende lo mismo. La moderna psicología de la profundidad dice que lo que distingue al hombre de los animales es que el hombre (lo cual no deja de ser muy extraño ya que ignoran de donde puede provenir esto) tiene miedo del no-ser. Algo «en su cabeza» es lo que distingue al hombre, no algo externo. Tiene una vida del pensamiento que es distinta de todo lo demás que observamos en nuestro mundo. El hombre vive en su cabeza; en esto (con el don de la palabra) consiste el rasgo distintivo del hombre.

En la narración de la caída del hombre en Génesis 3:6 leemos: «Vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría...» Aquí podemos constatar como el pecado es primero interior por lo que hace referencia a las cosas morales. Pero tiene unas consecuencias exteriores: «Y tomó de su fruto y comió; y

dio también a su marido, el cual comió así como ella». La caída va de lo interior a lo exterior.

Pero descubrimos algo impresionante en Isaías 14:13,14; la caída de Satanás con anterioridad a la caída del hombre: «Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo».

¿En dónde ocurrió todo esto? Ante todo, debemos constatar que no se describe en la Biblia a Satanás como si tuviera un cuerpo material como el nuestro, ni un corazón material. Este pasaje de la Escritura nos está hablando acerca de cosas que son internas. ¿En dónde está el pecado de Satanás, de Lucifer, en su caída? Tú que decías *en tu corazón*». La rebelión de Lucifer, y luego la de Eva tal como se dio, fue primero algo interior a lo que luego siguió el acto externo.

Pero volvamos por un momento a Adán y Eva, en su caída y en su rebeldía. ¿Qué encontramos aquí? Encontramos a Adán, y hablo solamente de él porque es más fácil hablar de uno, actuando con unidad de personalidad. Sus pensamientos, su voluntad y sus emociones forman una sola unidad, no una colección de partes. Existe una unidad que es el hombre individual, la personalidad individual y es eso lo que aquí está actuando: alguien a quien llamamos Adán o Eva. En ambos casos tratamos de unidad de personalidad.

Ahora bien, cuando tratamos de la caída de Satanás y luego de la caída de Adán y Eva, en un sentido debemos pensar en ambos de manera unitaria, ya que Satanás se ha rebelado antes de tentar a Eva y antes de que ella a su vez diera el fruto a Adán. En términos de lo que yo llamo «la teología de la caída», el factor realmente vital es que no existía *ningún condicionamiento previo*. Nos encontramos ante la unidad de personalidad que efectúa una elección absolutamente incondicional, *en el mundo del pensamiento*. Y así nos encontramos aquí con una verdadera causa primera. Toda la teología cristiana y toda respuesta cristiana cae por el suelo si admitimos en todo esto un previo condicionamiento. Existe unidad de personalidad que efectúa una verdadera elección en el mundo del pensamiento, que es la verdadera primera causa de un resultado externo. Produce algo que antes no existía, algo terrible, algo que nos ha llevado a todas nuestras lágrimas y a todas nuestras penas: *el mal*. Dios, al ser infinito, lo conoce todo sin necesidad de experimentarlo. Dios, al ser infinito, conoce no solo lo que será, sino todo lo que *podría ser*. No tiene necesidad de experimentar algo para poder conocer sus posibilidades. Ha hecho al hombre y a los ángeles y existe la posibilidad del mal en el universo porque Dios los ha hecho verdaderamente morales y realmente

racionales. Los ha hecho de tal manera que puedan amar o decir «no» al amor, aun contra el mismo Dios. Y aquí, en la caída, tenemos la unidad de personalidad realizando una verdadera elección en el mundo del pensamiento, con una verdadera primera causa que produjo algo que iluminó cual relámpago todo el mundo del hombre: el mal, lo negro y oscuro, y todo quedó como sumergido en un inmenso océano de lágrimas. Pensaron como unidad personal; eligieron y lo sacaron a la luz del día. Así pues, aquí viene el punto siguiente: desde dentro hacia afuera han hecho algo. De dentro hacia afuera realmente han cometido el pecado.

Vamos ahora a pensar todo esto en relación con Dios. Dios es Espíritu. Por tanto, no tiene cuerpo, pero si es persona. Vamos esto en la epístola a los Hebreos 11:6 donde se dice que Dios premia «a los que le buscan». Lo que caracteriza al Dios de judíos y cristianos es el concepto de un Dios personal pero infinito. Como Dios personal piensa, actúa y siente. Y en el área de la creación, Dios pensó, Dios habló y *existió* un mundo exterior y real. Este es inefablemente maravilloso. La ciencia cristiana se equivoca cuando lo hace consistir todo en un mundo de solo pensamientos. El pensamiento oriental se equivoca, ya que con frecuencia, lo reduciría todo eventualmente a un sueño de Dios. El mundo exterior no es una prolongación de la esencia de Dios: el universo no es Dios; tiene una existencia real objetiva. Existe una existencial real externa fuera de Dios, porque el la creó fuera de sí mismo. No es una parte de él. Habló y existió, externa y realmente. Advirtamos la afirmación de la Biblia de que tras la creación «todo *sub-sisteen* el» (Colosenses 1:17). Todas las cosas en su conjunto «penden» de él. El mundo exterior que creó no se ha convertido ahora en un centro de rivalidad en el universo. Por él, todas las cosas *tienen una dependencia*, y con todo, la misma Biblia insiste en que porque Dios lo hizo, es un mundo real, objetivo, externo.

Pero no debemos olvidar el otro aspecto, u olvidaremos parte de la maravilla de lo que debemos conocer acerca del mundo tal como es y de Dios tal cual es. Y ese otro aspecto está en que el pensamiento de la Trinidad fue lo primero. Dios dijo «*Hagamos* al hombre a *nuestra imagen*» (Génesis 1:26). Se nos traslada al seno de la Trinidad antes de la creación del mundo. Aquí existe el pensamiento, porque Dios es un Dios personal, que piensa, que actúa y que es sensible en su amor. Los platillos de las balanzas son aquí de gran precisión y debemos tener en cuenta los dos o perderíamos la riqueza de la posición cristiana. Existe un mundo exterior, que no es la prolongación de la esencia de Dios. Pero mientras existe un verdadero mundo exterior que no es la prolongación de la esencia de Dios, Dios *pensó* primero; estas realidades estuvieron en el pensamiento de Dios antes de que empezaran a existir por su poder, por su *fiat* creador y pasaran a ser el mundo objetivo y externo.

En el techo de la Capilla Sixtina, en Roma, se pueden ver los impresionantes frescos de Miguel Ángel. Entre ellos, está la magnífica pintura de la creación del hombre. Dios está alargando su dedo y el hombre que acaba de ser creado lo alarga también hacia él. Pero sus dedos no se tocan. Es una intuición verdaderamente cristiana. El hombre no es una prolongación de Dios, una especie de ameba que se parte en dos para su reproducción. Dios creó al hombre como algo exterior a sí mismo y por eso, no se tocan en la pintura. Fuera lo que fuera lo que Miguel Ángel tenía en su mente, con toda seguridad quienes formularon la Cristología Calcedonia en los primeros credos de la Iglesia vieron esto con mucha agudeza cuando dijeron que incluso en la única persona de Jesucristo no se da una mezcla de las naturalezas humana y divina. Pero existe otra parte de este fresco de Miguel Ángel que quisiera usar como ilustración de lo que estamos diciendo. El brazo de Dios está dirigido hacia atrás y hay dos tipos de figuras bajo su brazo. Son las figuras de dos pequeños querubines, de los que se podrían tomar como representaciones de los ángeles según la idea del Renacimiento. Pero hay otra persona bajo su brazo, una hermosa muchacha. Su faz, que revela asombro, es magnífica. Y la mayoría cree que se trata de una representación de Eva. No ha sido creada todavía, pero *está en la mente de Dios*.

Al llegar aquí se debe decir cuál sería la mala interpretación de la pintura de Miguel Ángel y cual la buena. Si dijera que ella era ya tan «real» en la mente de Dios como lo sería después, ya creada, entonces esa sería una idea no cristiana. Sería oriental. Eva se convirtió en una realidad externa y objetiva en el gran momento en que infundió sueño en Adán e hizo del macho a la hembra. Pero si lo que Miguel Ángel quería decir era que Dios antes de crearla ya había pensado en ella, entonces, es una verdad luminosa. El pensamiento de Dios precedió sus actos creadores.

Sin embargo, debemos pasar a un segundo punto, que nos enseña algo también acerca de nosotros mismos, y es el siguiente: Lo que fue creado de la nada y tiene ahora una realidad objetiva exterior, manifiesta el pensamiento de Dios y por tanto nos muestra quien es Dios y que es Dios. El mundo exterior no es una prolongación de la esencia de Dios; sin embargo, el mundo exterior sí revela y muestra quien y que es Dios. Debemos asir ambos aspectos. Ha habido una caída que ha estropeado el mundo creado; con todo, Pablo nos recuerda en Romanos 1 que el hombre está condenado por la creación, que a pesar de la caída, todavía nos habla de Dios. El mundo visible creado es una revelación de Dios. En teología se habla de esto como de una revelación general de Dios, que rodea al hombre en el mundo visible, y manifiesta la divinidad de Dios tanto en la naturaleza interior del mismo hombre que habla del Dios personal, como en la evidencia del pensamiento de Dios que se manifiesta en el universo visible creado.

«Revelación general» y «revelación especial», son términos teológicos que merecen ser analizados. La Biblia es la revelación especial. Necesitamos la Biblia para el mensaje de salvación y porque el conocimiento que da es la «clave» de la revelación general. Pero la revelación general, lo que Dios ha hecho y lo que somos nosotros y lo que nos rodea, revela la existencia de Dios y nos ofrece una verdadera revelación del mismo. La revelación general y la revelación especial constituyen una revelación unida.

Volvamos ahora otra vez al hombre. Todo esto es paralelo a lo que dice la Biblia acerca de nosotros, como seres creados a imagen de Dios. El mundo interior del pensamiento es primero y el mundo interior del pensamiento es causa del mundo visible. Esto no nos debe extrañar, porque hemos sido creados a imagen de Dios, y así somos racionales y morales. Juntando todos estos elementos vemos que Dios piensa y luego lo manifiesta en el mundo visible que en un principio había creado de la nada; nosotros pensamos y luego lo manifestamos en el mundo visible. La creación de Dios no fue una prolongación de su esencia, pero sí muestra lo que en realidad es. Igualmente nuestros actos en el mundo visible, que brotan de nuestros pensamientos, no son una prolongación de nuestra esencia, pero sí que muestran también lo que somos. La mesa a la que da forma el carpintero no es una prolongación de la esencia del carpintero, pero sí muestra algo de la esencia del carpintero, a partir del mundo de su pensamiento. Satanás, Adán y Eva acarrearón el mal como una verdadera primera causa, cada uno según su personalidad, cada uno actuando como unidad. Y también cada uno de nosotros, creados a imagen de Dios, es una verdadera primera causa. Somos finitos, así que no podemos crear de la nada; solo Dios crea de la nada. Soy limitado, pero a partir de mi mundo del pensamiento puedo hacer realidad, a través de mi cuerpo un mundo visible verdadero. Mi cuerpo sirve de puente hacia el mundo exterior.

Anotemos ahora que esto es exactamente lo contrario a como somos nosotros afectados por el mundo exterior. Cuando ocurre algo en el mundo exterior y visible yo me pongo en contacto con ello a través de mis sentidos. A través de mis sentidos, mi cuerpo proporciona datos a mi mundo del pensamiento y me afecta. Mis sentidos son el puente entre lo que ocurre en el mundo exterior y lo que afecta a la unidad que soy yo, a mi personalidad. Mi cuerpo es el puente. Ahora es exactamente lo mismo en la dirección contraria. Mi cuerpo sirve de puente. Pienso, pero cuando lo hago, puedo llevarlo a término, pasando a través de las puntas de mis dedos hacia un mundo exterior, verdadero y objetivo, y yo puedo influir y crear ese mundo exterior. ¡Qué grande es el hombre! Pensamos, y a través de nuestros cuerpos la realidad fluye hacia el mundo exterior. No creamos de la nada, como crea Dios, pero en el sentido que estamos hablando aquí es correcto decir que el artista sí crea y que cada uno de nosotros crea.

Recuerdo que cuando era más joven, me dejaba siempre muy abatido el hecho de emplear la palabra «crear» con referencia a los artistas, poetas y compositores. Creía que esta palabra se debía reservar para Dios. Pero ahora, que lo he pensado mucho más, y también he luchado más, me alegra que se emplee la palabra «crear». Es perfectamente adecuada. Por supuesto, la creación de Dios y la mía, son distintas. Dios puede crear de la nada, con su *fiat*. Yo no, porque solo él es infinito. En la creación, el sólo está limitado por su propio carácter. Yo no sólo estoy limitado por mi carácter, sino por mi finitud. Cuando hago una creación, apporto algo nuevo al mundo externo que él ha creado. Pero sin embargo, comprendiendo los límites y las diferencias, es perfectamente correcto decir que Dios crea y que nosotros creamos.

Puede decirse que es imposible a los hombres no crear cosas continua y verdaderamente. Aun en el caso de que quisiera detenerme no podría conseguirlo. Es imposible no estar creando verdadera y constantemente cosas que pasan del mundo de mis pensamientos al mundo visible y dándoles una expresión permanente. El artista piensa y lleva a término su idea hasta plasmarla en el mundo exterior. Pero primeramente *estuvo en su mente*. Exactamente lo mismo que ocurre con el ingeniero, con el florista, conmigo mismo al escribir este libro. Cuando nos encontramos con algo que ha creado un ser personal, vemos que lleva las señales del pensamiento, en contraste con lo que ha sido fruto de la pura casualidad. Existen algunos casos fronterizos por descontado, tales como la estalactita o algunos trozos de madera en los que podemos «leer» formas, pero casi siempre cuando me fijo en lo que veo, puedo decir si tras ello se adivina la señal de la personalidad y del pensamiento, o si se trata simplemente de un producto de fuerzas mecánicas. A pesar de sus teorías de la casualidad, podemos estar seguros de que cuando Jacques Monod se fija en lo que le rodea, hace exactamente este mismo tipo de reflexión con respecto a las cosas ordinarias de la vida cotidiana.

La Ciencia Cristiana, el pensamiento oriental y el idealismo filosófico son más imitaciones que mentiras absolutas. Estas filosofías están totalmente equivocadas en su sistema y en su dirección pero no son estúpidas. La razón por la que cogen en la trampa al hombre no es porque no dicen nada, sino porque son perversiones, son imitaciones. Aunque no producimos una prolongación de nuestra esencia, si produce una revelación de nosotros mismos, de la misma manera que lo creado por Dios no es una prolongación de su esencia, pero es una revelación de sí mismo. Por lo que hace referencia al hombre existe un cuerpo y un mundo exterior real. Pero los pensamientos son primero y el centro. Así pues, es aquí donde radica la auténtica espiritualidad en la vida cristiana: en el dominio de mi vida racional.

Con esta perspectiva, quisiera volver a examinar varios de los elementos de la vida cristiana o de la auténtica espiritualidad, tal como ya los hemos visto en los primeros capítulos.

Primero, hemos dicho que en la verdadera vida cristiana o en la auténtica espiritualidad, debemos estar muertos a todas las cosas, a lo bueno como a lo malo, a fin de que podamos estar vivos para Dios. Esto es algo siempre interior, no puede ser exterior. Luego tenemos que estar como si hubiéramos resucitado de la muerte y estuviéramos de vuelta en el mundo exterior. Esto ya no es algo interior, sino exterior: la corriente va de lo interior a lo exterior.

Segundo, hemos hablado de la entrada del Espíritu Santo a morar en el hombre interior. La misma palabra «entrada» significa que se trata de algo interior. Luego viene el fruto del Señor crucificado, resucitado, glorificado, que se hace presente en el mundo exterior a través de mi cuerpo, ya sea por medio de mis labios que dicen una palabra, ya sea manejando un martillo para levantar un refugio que acoja a quien lo necesite.

Tercero, el amor es interior. Decimos que tenemos que amar a Dios tanto como para estar contentos. Tenemos que amar al hombre tanto como para no sentir envidia. Aunque todo eso es interior, se manifiesta en el mundo exterior mediante la acción.

Cuarto, lo contrario de todo esto. Los golpes recibidos en la batalla del mundo exterior caen sobre mí externamente. Me golpean de muchas maneras, un ostracismo riguroso, el cerrar de una puerta, el quemar un libro, una palabra dura o un mal gesto. Todo eso cae sobre mí en el mundo exterior, pero si estuvieran en el mundo exterior de mi cuerpo como si fuera una máquina, no me producirían lágrimas. En cambio fluyen a través de mis sentidos, de mi cuerpo, y penetran dentro de mí, en el mundo de mis pensamientos. Y cuando todos esos contratiempos se presentan en mi mundo del pensamiento, o bien digo «Gracias» a Dios, como ya hemos considerado, o bien me rebelo contra él. En uno y otro caso, pronto se pueden ver las consecuencias en el mundo exterior.

Quinto, hemos hablado de pasividad activa y como tal hemos hablado de María en el nacimiento de Cristo. He aquí lo que dice Mary Baker Eddy en *Ciencia y Salud* acerca del nacimiento virginal: «Quienes están interesados en la Ciencia Cristiana han llegado a la feliz percepción de que Dios es el único autor del hombre. La Virgen Madre concibió esta idea de Dios y dio a su ideal el nombre de Jesús, o sea, Josué o Salvador. La iluminación del sentido espiritual de María hizo enmudecer la ley material y su orden de generación y dio a luz su hijo por la revelación de la verdad». Es horrible, literalmente horrible. María pensó la idea, nos dice,

y la dio a luz. Pero no hay nada que pueda estar más lejos de la verdad. Precisamente es eso lo que no ocurrió. Lo que sucedió fue que el ángel se presentó ante María y le dijo que iba a dar a luz, no algo que mostrara la inmaterialidad del mundo material, sino lo contrario. La Virgen María concibió en su vientre al niño Jesús, por obra del Espíritu Santo, con su mismo cuerpo real. Pero así como Mary Baker Eddy está equivocada, no nos olvidemos del otro aspecto, el de la pasividad activa. La primera palabra del ángel llegó a María y ella tomó una decisión en su mundo del pensamiento. No dijo: «Quiero» o «exijo que se haga mi propia voluntad»; se elevó a sí misma ante Dios y le entregó su cuerpo como la esclava del Señor.

«He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra» María, se enfrentó a todas estas cosas, en primer lugar, en su espíritu. Si hubiera dicho «no», no habría razón alguna para pensar que el Espíritu Santo hubiera engendrado físicamente, verdaderamente de manera física, en su vientre, el cuerpo de Jesucristo. Ahora bien, esto es absoluta y totalmente único: existe solamente un nacimiento virginal en el tiempo y en el espacio. Pero en otro sentido, como hemos señalado, la pasividad activa es nuestro sitio. En nuestro mundo del pensamiento, debemos inclinarnos ante la obra del Espíritu Santo interiormente, y luego, a medida que en la pasividad activa nos entregamos a él, el fruto de Cristo glorificado fluye a través de nuestros cuerpos hacia el mundo real.

Anotemos ahora dos cosas referentes a nosotros mismos, dos cosas como respuesta al pensamiento oriental, tenga o no nombres occidentales, y como respuesta al vago pensamiento moderno. La primera de ellas es la de que se nos ha creado dentro de un límite finito; no podemos crear como Dios creó, sin embargo es inefablemente maravilloso el que yo, con todas mis limitaciones, sea capaz de crear verdaderamente un mundo exterior. Es maravilloso que yo este influyendo, desde mi mundo del pensamiento, como verdadera causa primera, sobre algo que luego aparece en la piedra o en la pintura o en el acero, o en las vidas de los otros hombres. Sin embargo, debe decirse también la segunda cosa. Yo, incluso después de ser cristiano, puedo convertirme en una *máquina productora de muerte*; si bien tengo vida, y vida eterna, si me entrego a mí mismo a Satanás en lugar de hacerlo a Cristo, puedo ser un instrumento de muerte para este mundo exterior. ¡Qué cosa tan sublime ser un hombre, hecho a imagen de Dios! Sin embargo, con cuánta sobriedad nos llena la idea de que desde el mundo de mi pensamiento yo puedo introducir al mundo exterior, ya sea lo que lleva a la vida, o lo que produce la muerte en otros hombres.

Podemos, pues, anotar tres conclusiones:

Ante todo, debemos entender que la realidad de la comunión con Dios, y al

amar a Dios, debe producirse en el interior de la persona. No sirve de nada hablar del amor de Dios si no es nuestros pensamientos. Incluso, la comunicación con los hombres y las mujeres tiene que ser a través del cuerpo en el área del mundo del pensamiento. Si entre un hombre y una mujer existe solo un contacto exterior, no se puede llamar a esto «comunicación». Solo es algo mecánico. En cambio una comunicación real y personal jamás puede quedar en lo exterior. Siempre vuelve a la persona. Esto es verdad en el área de la vida matrimonial, la relación entre hombre y mujer, como Dios quería que fuera. Tener simplemente un contacto físico no es una comunicación a nivel personal. Esta debe fluir nuevamente hacia el área de la personalidad y solo entonces se la puede llamar comunicación. Así, la verdadera comunicación con el hombre y el amor del hombre tiene su centro en nuestro mundo del pensamiento. Los resultados pueden ser externos y externa es su expresión, pero el amor es interior. Lo mismo es verdad en nuestro amor a Dios. El resultado puede ser exterior, pero el mismo amor es siempre interior. Con sólo que los cristianos aprendiéramos bien esto, muchísimos de los problemas que afectan a la vida cristiana se verían desde una perspectiva diferente. Comprendamos la importancia que tiene el mundo de los pensamientos. Es esto lo que me distingue como hombre en contraposición a las máquinas. Esto es lo que soy, he sido llamado a amar a Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente.

La segunda conclusión es que la verdadera batalla de los hombres se da en el mundo de las ideas, más que en el mundo exterior. Por ejemplo todas las herejías han empezado en el mundo de las ideas. Es por esto que cuando vienen nuevos obreros a L'Abri siempre les enfatizamos que estamos más interesados en las ideas que en las personalidades o en las organizaciones. Lo que se tiene que discutir son las ideas, no las personalidades, ni las organizaciones. Las ideas son el capital del mundo del pensamiento, y de las ideas salen como disparadas todas las cosas externas: la pintura, la música, los edificios, el amor y el odio de los hombres en la práctica, e igualmente los resultados de amar a Dios o de rebelarse contra el en el mundo exterior. El lugar donde un hombre pasara la eternidad depende de las ideas que lee o escucha, de la verdad formulada, de los hechos del evangelio en el mundo exterior y de que al ser llevado por medio de su cuerpo al mundo interior de sus pensamientos, y allí, dentro de el mismo, en su mundo del pensamiento, crea en Dios sobre la base del contenido del evangelio, o llame a Dios mentiroso. Aquí no se trata simplemente de una experiencia mística, existencialista, ni se trata de la experiencia final» de un hombre como lo expresó Carl Jaspers en términos religiosos, ni de la experiencia de una alucinación producida por drogas, sin contenido. Esta puede expresarse racionalmente. Se trata de ideas, del contenido de las buenas nuevas. Pero en lo que hace referencia al significado que pueda tener para un hombre, la diferencia está en que lo acepte o lo rechace en el

mundo del pensamiento: si cree a Dios o si le llama mentiroso.

Por esta razón, la predicación del evangelio, no puede ser jamás, primariamente asunto de organización. La predicación del evangelio son ideas, ideas flamígeras, transmitidas a los hombres, tal como Dios nos las ha revelado en la Escritura. No se trata de una experiencia sin contenido recibida interiormente, sino que se trata de ideas llenas de contenido que actúan interiormente las que hacen la diferencia. Así, cuando hacemos nuestra declaración doctrinal, debe estar formada por ideas y no simplemente por frases. No podemos usar las doctrinas como si fueran las piezas mecánicas de un rompecabezas. La verdadera doctrina es una idea revelada por Dios en la Biblia y una idea que se adecúa con propiedad al mundo exterior tal cual es, y tal como Dios lo hizo, y al hombre tal cual es, tal como Dios lo hizo y que se transmite a través del cuerpo del hombre hacia su mundo del pensamiento para luego actuar en conformidad con todo ello. La batalla para el hombre está centrada en el mundo del pensamiento.

La tercera conclusión, y la más breve de las tres, es que la vida cristiana, la auténtica espiritualidad, empieza siempre por dentro, en nuestro mundo del pensamiento. Todo lo que se ha dicho en nuestro estudio anterior acerca de ser libres en esta vida presente de las ataduras del pecado, y de ser libres de las consecuencias de las ataduras del pecado, pasaría a ser una jerga sin sentido, tan solo una especie de píldoras psicológicas, si no existiera la realidad de que Dios piensa, que nosotros pensamos, y que a cada paso lo interior es central y primero. La batalla espiritual, la derrota o la victoria, ocurre siempre en el mundo del pensamiento.

10

LA CURACIÓN SUBSTANCIAL LOS DE LOS PROBLEMAS PSICOLÓGICOS

En el capítulo anterior, tratamos el problema de la vida intelectual o del pensamiento. Vamos ahora a considerar la vida cristiana en relación con los problemas psicológicos. Este es el problema de la separación del hombre de sí mismo, y su relación consigo mismo en el mundo del pensamiento. Puesto que Dios es una persona, piensa, actúa y siente. Así también yo soy una persona que piensa, actúa y siente. Pero esa persona es una unidad. Puedo pensar de distintas maneras en las partes de que estoy formado: como cuerpo y espíritu, o como mi parte física y mi parte espiritual. Con absoluta propiedad puedo pensar en una división en mí mismo del entendimiento, la voluntad y las emociones, y está bien que piense así, ya que son cosas todas ellas fácilmente observables. Pero perdemos el

concepto bíblico si perdemos su énfasis de que al hombre no lo constituyen sus partes, sine que ante todo es una unidad. Nuestro pensamiento debe partir de aquí. Existe un Francis Schaeffer que no es simplemente una colección de partes aisladas ni tampoco un efluvio de la conciencia. Cualquier cosa que hiera esa unidad, es destructora de lo más básico del hombre y de lo que el hombre necesita ser.

Una vez que empiezo a sentir esto, empiezo a percibir algo lejano, más and de nuestra habitual limitación del concepto del pecado que lo reduce a un elemento jurídico. El elemento jurídico está allí presente, con mucha fuerza, porque Dios es santo y me debe declarar culpable, pero el pecado no es sola-mente un asunto legal. Es algo más.

La verdad no es simplemente una verdad abstracta, hay una verdad de lo que soy yo. Ahora bien, podríamos considerar dos zonas básicas al considerar el problema del hombre. La primera es el *Ser* o el problema de su existencia. Este es el dilema de todos los hombres, independientemente de lo que sea su filosofía. Esta es la cuestión fundamental que ningún hombre puede eludir, la de que existe. Problemas interminables se le plantean al hombre no cristiano en lo que se refiere a la cuestión de su existencia, de su *Ser*. No importa quién sea, cual sea su filosofía, el existe y está allí. Ni siquiera suicidándose puede eludir este dilema, ya que si se suicida puede pensar que deja de ser, pero incluso en sus propias formas de pensar, no elimina el hecho de que ha sido. Así pues, podemos pensar – antes que en ningún otro– en el problema del *Ser*.

La segunda zona está relacionada con lo que el hombre es en el círculo de su existencia. En otras palabras, yo soy, pero ¿qué soy yo *en* comparación con lo que Dios es? Yo existo, Dios existe: ¿cuál es la diferencia entre el círculo de mi existencia y el círculo de Su existencia? Y por otro lado, cuál es la diferencia entre mi existencia y la existencia de los animales, plantas y de las materias inanimadas, porque todas ellas existen. Así pues, tenemos la simple existencia y las diferenciaciones entre yo y Dios, por un lado y con los animales, plantas y máquinas, por el otro.

En la zona de la simple existencia, no existe una respuesta racional sin un creador personal, el Dios de la Biblia. No digo que no haya una respuesta racional sin la *palabra* «Dios», porque se puede tener la palabra «Dios» sin que implique la existencia de un Dios infinito y personal, que es el Creador, tal como la Biblia lo presenta. O sea, que la solución no está en la palabra «Dios». Es la existencia de este Dios de la Biblia: sin la existencia de este Creador personal no es posible una respuesta racional para la simple existencia como tal. No hay respuesta sin un punto infinito de referencia de naturaleza personal. El hombre tiene necesidad de dos cosas mientras lucha con este problema. Le hace falta un punto de referencia infinito, pero

incluso un punto infinito de referencia no es suficiente. El punto infinito de referencia debe ser de una naturaleza personal, y eso es lo que el Dios de la Biblia es. Por otro lado, cuando como cristiano, me inclino ante este Dios que está allí, entonces me puedo salir de la única posición lógica que puede tener el no cristiano: que debe quedar recluso consciente pero silenciosamente en el capullo de su ser, sin saber nada más fuera de sí mismo. Este es el dilema final de todo tipo de positivismo. Es una situación desesperanzada: si ha de tener una verdadera solidez racional a intelectual, solo puede recluirse en un silencioso capullo; puede saber que está allí, pero ni siquiera puede hacer el primer movimiento para salir de su encierro.

Ahora bien, cuando un cristiano se inclina ante Dios, puede salirse racionalmente de su encierro. El otro hombre, el hombre sin Dios, si ha de tener plena coherencia en su posición puede saber que el si existe, pero nada más. No puede saber que exista algo más. Su problema es que no puede vivir así; y no hay hombre que lo haga así. El hombre no puede vivir lógica y racionalmente en este encierro silencioso. Así que al instante se ve condenado en su entendimiento, no simplemente porque Dios le dice «eres un pecador», sino *por el ser que es el*. Dios lo hizo racional. No puede escaparse de ahí y sin embargo tiene que hacerlo, y así, se ve aplastado por lo que es. No se trata de un simple acto legal de Dios que dice «eres culpable», aunque también es un hecho. Lo que el hombre es le ha separado de sí mismo. La tensión está dentro del hombre. Por otra parte, cuando un cristiano se inclina ante el Creador personal, al que la misma existencia humana proclama con fuerte voz, allí mismo se tiende un puente de respuestas y de realidad que va desde sus pies hasta el límite de lo infinito. Ahí está la diferencia.

La posición cristiana afirma dos cosas: que Dios está allí, el Dios infinito-personal, y que has sido creado a su imagen, de manera que también tú estás allí. Existe desde tus mismos pies hasta lo infinito una respuesta que te capacita para dar el primer paso en el intento de abandonar el encierro intelectual. Dios ha hablado y lo que así enseña constituye una unidad con lo que ha hecho. Empezando por estás dos cosas, existe un puente tendido delante de ti, al igual que la luna tiende un puente de plata a través del océano, desde la curva del horizonte hasta ti mismo.

Así pues, lo maravilloso es que estás respuestas no acaban simplemente como una comprensión escolástica, abstracta y simple del ser, aunque también eso sería maravilloso en sí mismo. Acaban en comunión con el punto de referencia infinito y personal que está allí, Dios mismo. Y eso es maravilloso. Entonces puedes adorar. Es ahí donde está el fundamento de la verdadera adoración: no se trata ya de ventanales con vidrios de colores, ni de velas, ni de adornos en altares, ni de experiencias sin contenido, sino de

comuni3n con el Dios que est1 all1, comuni3n para la eternidad y comuni3n actual, con el Dios infinito y personal, como *Abba*, como Padre.

Todo esto viene a servir de introducci3n y como paralelo a lo que sigue: debemos preguntar ahora lo que soy yo, como hombre. Se podr1an dar varias respuestas, pero «racional y moral» es probablemente lo mejor que se puede decir en el siglo XX. Soy, existo, pero existo espec1ficamente como ser racional y moral. Inmediatamente, se me puede distinguir como derecha o izquierda, por decirlo as1. Ante todo, estoy separado de Dios, porque 3l es infinito y yo soy finito. El existe, yo existo; 3l es un Dios personal, yo he sido creado persona a su imagen. Pero 3l es infinito y yo finito. Por otro lado, yo estoy separado de los animales, de las plantas y de las m1quinas, porque no son personas y yo s1 lo soy. De modo de s1 es que quiero empezar a comprender mi dilema en la vida presente, mi separaci3n de m1 mismo, es bueno que me pregunte: «¿Qui3n soy yo?» Yo soy una persona, soy racional y moral. Por el lado de mi personalidad, soy como Dios, pero por el otro lado, soy como los animales y las m1quinas, porque tambi3n ellos son finitos. Pero estoy separado de ellos porque yo soy persona y ellos no lo son.

Ahora bien, la rebeli3n del hombre es tratar de salirse del c1rculo en el que Dios le hizo existir. Est1 intentando ser lo que no es. Pero cuando intenta ser lo que no es, todos los elementos de lo que es como hombre, se levantan contra 3l. Cuando el hombre comparece a juicio y es Dios quien le juzga, todo lo que el hombre es ya se ha levantado para juzgarle en la vida presente.

Pensemos esto en dos esferas: por un lado, en la esfera de lo racional. En esta zona el hombre, y jams1 tanto como en nuestra propia generaci3n, tiende a refugiarse en un acceso de misticismo absoluto en la b1squeda de respuestas reales, tales como el problema de la unidad del todo, y de la finalidad del hombre. 3l dice por un lado, «¿Por qu3 se tiene que ver la existencia de manera racional?» «¿Por qu3 no basta aceptarla como irracional?» As1, el mismo se condena. Por la manera como Dios le ha hecho comprende que debe existir alguna unidad. As1 cada hombre tiene la tensi3n dentro de s1 mismo provocada porque Dios le ha hecho un hombre racional. En contraste con los animales y las m1quinas 3l es racional, y su misma racionalidad le condena. Empieza por no postrarse delante de Dios, con un gran grito de racionalidad, y acaba dando un salto en la oscuridad. Pero incluso cuando da el salto en la oscuridad su propia racionalidad est1 all1 siempre para pedir una respuesta b1sica a la unidad de detalle, y as1 est1 constantemente desconcertado, en constante divisi3n interna. No le basta empezar consigo mismo y trabajar por fuera. Esto exige una racionalidad infinita. As1 que lo que intento hacer notar aqu1 es que en la esfera de la racionalidad existe una separaci3n natural del hombre de s1 mismo.

En la esfera de la moral nos encontramos exactamente con lo mismo. El hombre no puede escapar al hecho de los impulsos de verdadero bien y mal que hay en él: no se trata simplemente de una moralidad sociológica o hedonista, sino de una verdadera moralidad, verdadero bien y verdadero mal. Sin embargo, empezando por sí mismo, no puede aportar normas absolutas ni puede incluso sostener aquellas pobres normas relativas que ha erigido. Así pues, en la esfera de la moralidad, así como en la de la racionalidad, al tratar de ser lo que no es, como fuera hecho para estar en relación con Dios, queda aplastado y condenado por lo que es.

Considerémoslo desde otro ángulo. Podemos decir, que la personalidad se muestra por medio de lo que se piensa, se actúa y se siente. El pensamiento acabamos de tratarlo bajo los términos de racionalidad. Pero pensemos en el actuar. Comprende la voluntad y la acción, pero todo pasa a través de mi voluntad. Yo haría algo, pero no puedo poner mi voluntad en una acción infinita e ilimitada. Ni siquiera lo puedo hacer en el reducido espacio de una tela de pintor. Si no puedo llevar una acción ilimitada en las cosas más pequeñas de la vida, mucho menos en las grandes. Y así, si lo que estoy exigiendo es una liberación infinita, ya sea en el conjunto de la vida o en una pequeña zona de la misma, no la puedo tener; no puedo ser Dios en la acción y en la práctica. Así que nuevamente caigo en tierra, aplastado por las tensiones naturales en mí mismo, y me quedo allí como una mariposa a la que alguien ha tocado sus alas y la ha dañado.

Lo mismo ocurre en la zona del sentimiento, de las emociones. No hay otra ilustración mejor de esto que el ejemplo de Freud y su novia. Freud, sin creer realmente en el amor, diciendo que el fin de todas las cosas es el sexo, pero que siente con todo la necesidad de amor real, le escribe a su novia: «cuando vengas hasta mí, princesita, ámame *irracionalmente*». He repetido con frecuencia que no se podría haber escrito una palabra más triste, viniendo de un hombre como Freud. El mismo Freud viene a situarse, en este punto concreto, en lo que llamaríamos un estremecedor punto muerto. Se condena por lo que es, por las emociones que siente en sí mismo del amor *real*, porque ha sido hecho a imagen de Dios. Así volvemos de nuevo al hecho de que existen estas divisiones de sí mismo en el hombre, en cuanto se ha rebelado contra Dios.

Así, en rebeldía, sin estar dentro del círculo de lo que es el hombre, pero intentando introducirse en el círculo de la existencia de Dios, el hombre cae y se derrumba en su interior una y otra vez. Entonces, tiene dos posibilidades, y sólo dos, si ha de permanecer en el círculo de la racionalidad. Puede regresar a su lugar ante el Creador personal, como criatura personal ante un Creador personal. O puede descender aun más abajo. Esta segunda elección no se hace sobre unos fundamentos

necesariamente intelectuales, basados en los hechos, sino por rebeldía. El hombre elige descender más abajo en lugar de regresar al lugar que le pertenece como criatura ante el Creador absoluto. Así, elige descender más abajo, puesto que debe subir o descender. El hombre en rebeldía contra Dios que está allí no tiene un dedo, como en los cuadros del Renacimiento que representan a Juan el Bautista, que apunte hacia arriba. De esta manera el hombre pecador ocupa su lugar entre los círculos inferiores de la existencia; desciende de su categoría de hombre a la existencia inferior de los animales y de las máquinas. Así, el hombre queda dividido contra sí mismo y de sí mismo en cada parte de su naturaleza. Pensad de ello de la manera que queráis, pero está separado de sí mismo en su rebeldía: en lo racional, en lo moral, en el intelecto, en sus actos, en sus sentimientos. Por la rebelión, está separado de Dios por verdadera culpa moral, y está condenado por lo que es, por querer ser Dios y por no poder serlo porque es finito. Está condenado también porque no se puede ocultar entre los animales y las máquinas, donde trataría de esconderse. Todavía lleva en sí los rasgos de la imagen de Dios. Por ambos lados está condenado, en ambas direcciones, simplemente por lo que Dios ha hecho de él. Cada parte de su naturaleza dice y grita: «soy hombre». Por muy oscura que sea la noche de su alma en su rebelión, se oyen voces que dicen desde cada una de las partes que forman su naturaleza: «soy hombre, soy hombre».

No es, pues, de extrañar, que por la caída, el hombre este, no sólo separado de Dios, y no sólo separado de los otros hombres (como Caín cuando mata a Abel, por ejemplo), sino que está separado de la naturaleza y *de sí mismo*. En la muerte, se separan por un tiempo alma y cuerpo, pero Dios ha puesto también un testimonio en la vida actual. En ella el individuo está de muchas maneras separado de su cuerpo, incluso ahora. Cuando leo la maldición que pronunció Dios contra el hombre en Génesis 3:16-19, está más que claro que en gran parte, la maldición cae sobre la división del hombre de sí mismo *ahora*. Aquí se acentúa más bien el aspecto físico, pero ciertamente es más lo que incluye. «Y a la mujer dijo: multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; [queda dividida en su propio cuerpo] y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mande, diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa [ésta es una maldición exterior a sí mismo, en la naturaleza]; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tornado; pues polvo eres, y al polvo volverás». Se da una separación del cuerpo en la muerte, pero esta separación no aguarda hasta la muerte. Existe una separación entre el hombre y la naturaleza y una separación de sí mismo aquí y ahora. No se trata ya simplemente de que el hombre esté dividido de su cuerpo; está separado de

sí mismo en el mundo del pensamiento del que ya hemos hablado. El hombre en la vida presente está dividido en su propia persona. Desde la caída, no existe verdaderamente una persona sana en su cuerpo ni se da una persona absolutamente equilibrada psicológicamente. Las consecuencias de la caída nos destruyen en cuanto afecta a nuestra unidad y a todas nuestras distintas partes.

Ahora bien, ante esta situación, llega el moderno psicólogo no cristiano, intentando integrarlo todo al mundo del pensamiento. Pero el psicólogo no cristiano, por la misma naturaleza de lo que cree, intentara llevar a cabo una integración a nivel de la rebelión original. O como máximo, intentará mejorar hasta un nivel superior, pero sin base. Más allá, no puede ir. En consecuencia, la integración será un intento de relacionar lo que se ha roto en la persona con los animales y las máquinas. O será necesario dar un salto romántico. Todo lo cual no quiere decir que no hayan muchos detalles que podamos aprender de estos psicólogos. Son muchas las cosas que se pueden aprender de sus intuiciones porque son hombres lúcidos y buenos observadores, pero en su conjunto, no dan con el fallo, porque tratan al hombre como lo que no es. Sería algo así como si tuviéramos un motor mecánico muy bien ajustado y porque vemos ciertas similitudes entre la estructura física del hombre y la de una máquina, le transfiriéramos toda nuestra curación física.

¿Se pueden dar intuiciones que el doctor podría deducir del motor mecánico! Pero no bastarían como resultado total. Las preguntas y los problemas fundamentales continuarían planteándose en sentido progresivo y ascendente. Así pues, un hombre debe guardarse de estas cosas en lo más profundo de sí mismo, y cuando lo hace así se producen nuevas divisiones y nuevas cicatrices. A un cierto nivel de conciencia el hombre no puede olvidar que es hombre; no puede negar totalmente su verdadero carácter de criatura racional y moral.

Seguramente, al llegar a este punto, podemos oír un grito en nuestro interior. Seguramente, debe existir una respuesta real en esta vida a la separación de mí mismo, ¿o acaso no existe nada real? Y la respuesta es: «¡Sí, a Dios gracias, existe!» Me parece que la clave, en cierto sentido, está en hacer la pregunta. «¿A qué se debe que los psicólogos que actúan como si Dios estuviera allí, pero simplemente de manera pragmática, como Carl Gustaf Jung, son capaces de ayudar a sus pacientes hasta cierto grado?» Me parece que es por que lo que ayuda realmente está siempre en la dirección de la realidad de lo que existe. Por lo menos, un hombre como Jung emplea la palabra «Dios». O tras ella, puede haber por lo menos el sentido de un cierto plan universal, aceptado ciega e irracionalmente, tal como hace Victor Frankel. Y esto está en la buena dirección, especialmente en el caso de los que por lo menos usan la palabra «Dios» y de esta manera es una

ayuda. Para estos hombres, todas estas cosas son como una obra de teatro; pero sin que ellos lo sepan, están en la dirección de lo que es. De hecho, *él está allí*, un Dios personal, que es santo en un sentido moral. Al no rendirse ante él, no le reconocen, y con todo, pragmáticamente, descubren que deben actuar como si estuviera allí.

Ahora bien, así como en la zona del problema del ser, al ceder el hombre en el retiro de su conciencia, se abre un puente delante de él, así también cuando vemos lo que hay aquí, vemos que verdaderamente debemos también rendirnos en este punto de la división del yo. Y entonces se abre ante nuestros pies un puente de entendimiento y de práctica.

Al llegar aquí, hemos de hacer una distinción importante. Existe ciertamente una culpabilidad puramente psicológica, en las pequeñas cosas a las que nosotros como hombres hemos llegado en nuestra rebeldía. He tenido la experiencia frecuente de ver que los cristianos evangélicos son en esto muy severos. Son propensos a actuar como si no existiera algo así como la culpabilidad psicológica. Pero si existe, al igual que existen los huesos rotos. La culpa psicológica es actual y cruel. Pero los cristianos saben que existe también una culpa real una culpa moral ante Dios santo. No se trata *solo* de una culpa psicológica, ahí está la diferencia.

Cuando un hombre está dividido en estas zonas, es porque tiene una culpa real dentro de sí mismo, y con todo los pensadores modernos le dicen que se trata solamente de unos «sentimientos» de culpabilidad. Pero jamás pueden resolverse estos sentimientos, porque mientras *hay* simplemente sentimientos culpables, tienen al mismo tiempo verdadera conciencia moral y el sentimiento de verdadera culpabilidad. Puedes decirle millones de veces que no existe una verdadera culpabilidad, pero el continuara creyendo que sí. Jamás encontrarás a una persona que no descubra todavía estos sentimientos en algún lugar de su conciencia.

Anteriormente tratamos el problema de la salvación de nuestras conciencias. Hemos visto que existe un gran paralelismo entre justificación y salvación de la conciencia. Ahora como cristiano, llamo pecado al pecado concreto; me apropio la obra realizada por Cristo; puedo decir «gracias» a Dios y mi conciencia puede quedar tranquila. Advirtamos que en este proceso la culpa real no queda sobreseída, ni escondida bajo la alfombra. La culpabilidad real se sitúa en un contexto completamente racional y se la encuentra en este contexto, con el entendimiento y sentimiento de moralidad que se encuentran entre sí, sin fisuras. Ocupando la racionalidad su sitio conscientemente (sobre la base de la existencia de Dios y la obra perfecta y vicaria de Jesucristo) mi culpabilidad real no queda sobreseída, pero es aceptada como mi responsabilidad, debida a mi propia y deliberada acción de hacer lo que sabía que era malo. Y entonces queda

arreglada en forma razonable, verdadera y objetiva en base a la obra infinita y vicaria de Cristo. Y así puedo ya decirle a mi conciencia: ¡quédate tranquila! Así la culpa real ha desaparecido y sé que queda simplemente mi culpa psicológica. Y podemos afrontar todo esto, no de manera confusa, sino como formando parte de la desgracia del hombre caído.

Decir que no existe una culpa real es una ridiculez, ya que el hombre tal cual es sabe que existe una culpa real y moral. Pero cuando sé que Cristo sale al encuentro de la culpa real, de tal manera que ya no tengo que sentir miedo de plantearme las preguntas básicas en lo más profundo de mi mismo, entonces puedo ver que el sentimiento de culpa restante es culpa psicológica y solo eso. Esto no equivale a decir que la culpa psicológica no sea cruel. Pero ahora puedo ser franco con todo esto (ya lo veo por lo que es) sin esa terrible confusión entre verdadera culpa moral y culpa psicológica. Tampoco esto significa que en esta vida vayamos a ser perfecto psicológicamente, como tampoco lo somos físicamente. Pero gracias a Dios, ahora me puedo mover; ya no estoy corriendo sobre el hielo, esa es la diferencia. Ya no se trata del viejo e interminable círculo; ni del perro que trata de morderse la cola. Ha entrado la luz. Las cosas quedan orientadas y me puedo mover como un hombre completo, con todo mi carácter de criatura racional ocupando su propio lugar. No tengo que esperar a ser perfecto. Esperare la segunda venida de Jesucristo y la resurrección del cuerpo, para ser perfecto moral, física y psicológicamente: pero sobre la base de la obra realizada por Cristo puede haber ahora una curación substancial de esta división psicológica en la vida presente. No será perfecta, pero puede ser real y substancial.

Seamos claros acerca de esto. Todos los hombres, desde la caída, han tenido algunos problemas psicológicos. Es algo totalmente sin sentido, un romanticismo que no tiene nada que ver con el cristianismo bíblico, decir que un cristiano jamás tiene un problema psicológico. Todos los hombres tienen problemas psicológicos. Son de distinta graduación y categoría, pero desde la caída, todos los hombres tienen más o menos un problema psicológico. Y tratar también de esto forma parte del aspecto presente del evangelio y de la obra realizada por Cristo sobre la cruz del Calvario.

Algo muy práctico para nosotros mismos y para los que quisiéramos ayudar es que no siempre es posible distinguir la verdadera culpa de la culpa psicológica. En este sentido, nos puede servir también la comparación del témpano de hielo. Si siempre fue importante distinguir estas ideas, lo es más hoy, porque los hombres piensan así comúnmente. Constantemente nos enfrentamos con el concepto del subconsciente, que viene a ser la constatación de que el hombre es mucho más de lo que aparece superficialmente. Con demasiada frecuencia, el cristiano evangélico actúa como si no hubiera nada en el hombre excepto lo que sobresale de la

superficie del agua.

Desde la caída, el hombre está dividido de sí mismo y así, desde la caída, hay algo de lo que soy yo sumergido bajo la superficie. Podemos pensar que nos ocurre lo que al *iceberg* del que sobresale una décima parte mientras que las otras nueve quedan sumergidas, esto es, en términos psicológicos, el inconsciente o el subconsciente. No debo sorprenderme de que algo de lo que soy permanezca a mayor profundidad de lo que está simplemente sobre la superficie. Vengo a ser como un *iceberg*. Como dijimos anteriormente, no es posible decir *en este preciso momento*: «Sé que soy perfecto y que estoy libre de todo pecado conocido». ¿Quién puede saber perfectamente lo que sabe el hombre acerca de sí mismo, tal como es en la actualidad? Esto es verdad, incluso en nuestros mejores momentos, y es doblemente verdad cuando se desatan sobre nosotros problemas y tormentas psicológicas al igual que se desencadenan sobre todas las demás personas, cristianos incluidos. Cuando alguien acude a ti en plena tormenta psicológica y está realmente destrozado, no sólo es irracional, sino que es cruel pedirle en cada caso que distinga lo que es verdadera culpa de lo que sólo es culpa psicológica.

Todos nosotros tenemos problemas, nuestras propias tormentas, pero a algunos de nosotros los pueden alcanzar tormentas de una furia excepcional. En plena tormenta es reconfortante saber que nosotros mismos no necesitamos, en cada caso, distinguir entre verdadera culpa y culpa psicológica. No estamos viviendo ante un universo mecánico ni estamos viviendo simplemente sólo ante nosotros; estamos viviendo ante el Dios infinito y personal. Dios sí sabe dónde está la línea divisoria entre mi verdadera culpa y mis sentimientos culpables. Mi responsabilidad se limita a lo que sobresale de la superficie y debo pedirle a Dios que me ayude ser sincero. Mi responsabilidad es clamar a Dios por la arte del *iceberg* que sobresale de la superficie y confesar todo lo que sé que en ese espacio es verdadera culpa. Y ponerlo todo bajo la sombra de la obra de valor infinito realizada por Jesucristo. Creo, y como yo tienen esta misma experiencia muchos de los hijos de Dios, que cuando uno es todo lo sincero que puede en lo referente a lo que aflora por encima de la superficie, Dios aplica esto al conjunto; y gradualmente el Espíritu Santo va ayudando a cada uno a ver con mayor profundidad dentro de sí mismo. Podemos saber que dada que el valor de la muerte de Cristo es infinito, todo lo que es verdadera culpa en nosotros queda cubierto, los sentimientos culpables que permanecen no son verdadera culpa, sino parte de esas terribles miserias del hombre caído: que quedan fuera de la caída histórica, fuera de la ida de la raza y fuera de mi pasado personal. La comprensión, momento tras momento, de estas cosas, significa un aso de vital importancia para conseguir la liberación de las *consecuencias* de las ataduras del pecado y la curación sustancial del hombre de sí mismo.

11

LA CURACIÓN SUBSTANCIAL DE TODA LA PERSONA

En el último capítulo hicimos referencia a una curación *sustancial*. Quiero destacar que cuando usamos la palabra «sustancial», debemos distinguir dos cosas. La primera es que existe la *posibilidad* de una curación sustancial, y la segunda que «sustancial» no significa «perfecta».

La Biblia acepta con claridad la posibilidad de los milagros y nuestra experiencia confirma esta enseñanza. Hemos visto milagros con que Dios ha intervenido en la historia y ha curado completamente, ya sea física o psicológicamente, en un momento dado. Pero debemos destacar que tanto la Escritura como la experiencia muestran que Dios hace esto algunas veces pero otras *no* lo hace. No siempre es cuestión de tener o no tener fe. Dios es persona y tiene sus propios propósitos. No precisamente porque una persona no se haya curado físicamente debemos deducir que se debe necesariamente a una falta de fe.

Advirtamos que incluso cuando Dios cura perfectamente de su enfermedad a una persona, esa persona puede no gozar de perfecta salud. Puede existir, por ejemplo, una persona herniada y que gracias a la oración ha sido curada. Dios ha obrado este milagro, accediendo a su plegaria, en respuesta a la fe, y de acuerdo con sus propios fines. Pero esto no significa de ninguna manera que esta persona esté perfecta y físicamente bien desde todos los puntos de vista. La misma noche le puede sobrevenir un fuerte dolor de cabeza. Pero aun así aquel milagro cae propiamente bajo el término de «sustancial». Ocorre exactamente igual con la curación psicológica. Una persona puede estar curada psicológicamente, pero ello no quiere decir que vaya a permanecer psicológicamente bien el resto de sus días. Muchas veces pienso en Lázaro tras su resurrección de entre los muertos. Con toda certeza tuvo otras enfermedades físicas tras su resurrección; pudo haber tenido una depresión psicológica; y debemos acordarnos que, de hecho, volvió a morir. Las consecuencias de la caída perdurarán hasta la segunda venida de Cristo.

Si rehusamos movernos, física, moral o psicológicamente porque no somos perfectos, no tendremos lo que podemos tener. En este punto existe el peligro de que incluso el cristiano pueda querer ser Dios; es decir, puede consciente o inconscientemente plantear una situación de superioridad basada en el valor desmesurado que se da a sí mismo. Unas veces hacemos esto con nosotros mismos y otras es nuestra familia la que lo hace con nosotros. La familia puede ejercer una presión indebida sobre un miembro de la misma a expresar unas desmesuradas esperanzas acerca de su

comportamiento o perfección, simplemente porque pertenece a su familia. Con frecuencia, cuando se oye decir «yo no soy como los demás», su significado real es el de «quiero ser mejor que los otros aunque no lo soy». Tengamos el cuidado de ser sinceros al llegar a este punto. Es peligrosamente fácil albergar en nuestro interior, como cristianos, la vieja aspiración de querer ser como Dios, de manera que gritemos dentro de nosotros mismos «debo ser superior, por ser yo quien soy». Negamos la doctrina de la caída, y construimos un nuevo romanticismo si no aceptamos la realidad de nuestras limitaciones, incluyendo nuestras luchas psicológicas. Así perdemos lo «sustancial» al despedazarnos a nosotros mismos, en el intento de ser lo que no podemos ser.

No me pueda colocar en el centro del universo y pretender que todos reconozcan la superioridad que yo mismo me he asignado. No tengo que decir «debo ser así», pues si no llegara hasta ahí, no tendría más salida que la desesperación psicológica. Algunos quedan totalmente cogidos por esto, pero todos nosotros tenemos algo de eso dentro de nosotros mismos, oscilando como un péndulo entre la vanidad y la desesperación.

Esto es verdad no sólo en el campo de la psicología, por supuesto; sino que se da también en todas las relaciones de la vida. No hace falta haber tenido mucha experiencia pastoral para haberse encontrado con matrimonios que rehúsan tener lo que pueden tener porque se han construido para sí mismos un falso nivel de superioridad. Viven sobre un montaje romántico, ya sea en cuanto al aspecto romántico del amor, ya sea en cuanto a su aspecto físico y si su matrimonio no llega al nivel de sus propios módulos de superioridad lo arrasan todo. Ellos han de protagonizar la realización del amor ideal del siglo. Simplemente ¡por tratarse de ellos! Ciertamente, muchas de las situaciones matrimoniales y muchos divorcios giran alrededor de este punto. Una pareja se niega a tener menos de lo que ellos mismos se han fijado como posibilidad romántica, olvidándose de que la caída es la caída. Otra puede querer una experiencia sexual más allá de lo que se puede tener en medio de las consecuencias de la caída. De pronto, te encuentras con un matrimonio destrozado, en el que todo se ha hecho añicos, siguiendo cada cónyuge un camino distinto, destrozando algo realmente positivo y hermoso simplemente porque se han marcado un nivel que rebosa orgullo y se niegan a ser el buen matrimonio que podrían ser.

Esperamos la resurrección del cuerpo. Esperamos la aplicación perfecta de la obra realizada por Cristo para todo el hombre. Esperamos esto, pero desde este lado de la caída y antes de que Cristo vuelva, no debemos insistir en lo de «perfección o nada», o nos quedaremos con el «nada». Y esto es verdad tanto en la zona de los problemas psicológicos como en todas las demás zonas de la vida.

Tras decir esto, hemos de añadir que no debemos irnos al otro extremo, y esperar *menos* en lugar de actuar en el círculo del ser para el que Dios hizo al hombre, es decir, a su propia imagen, racional y normal. ¿Qué quiere decir esto? Bien, recordemos lo de la campana de Pavlov. La campana de Pavlov fue el inicio de la experiencia de los reflejos mecánicamente condicionados. Tocaba la campana delante del perro antes de darle la comida, y dadas las condiciones apropiadas, la saliva acudía a la boca del perro cada vez que se le tocaba la campana. Esto es absolutamente correcto de cara a los perros, pues así son los perros y así los hizo Dios. Pero, ¡ay del hombre!, cuando empieza a actuar como si sólo fuera esto, porque no hemos sido creados dentro de este círculo de la creación. Hemos sido hechos en el círculo de la creación a imagen de Dios, no sólo con cualidades morales, sino también racionales.

El entendimiento de un reflejo condicionado con respecto al hombre tiene su limitación. Si estudio mi estructura física, la mecánica tiene un sitio con respecto a la tensión de los músculos y etc. Pero no acaba aquí la realidad del hombre. Si tratas a un hombre simplemente como si fuera una estructura mecánica, yerras el blanco. Si lo tratas simplemente como un conjunto de condicionamientos psicológicos, yerras el punto más importante. En consecuencia, cuando los cristianos empiezan a tratar problemas psicológicos, deben hacerlo a partir de la constatación de lo que es el hombre. Estoy hecho a imagen de Dios, siendo esto así, soy *racional y moral* y por tanto tendré un comportamiento *consciente y responsable*. No debemos pensar que podamos simplemente dispararnos a nosotros mismos o a los demás mediante reflejos mecánicos y que todo quedará bien. Si empezamos a actuar de esta manera negaremos las doctrinas que decimos creer. En la acción que va por todas partes hasta el mismo corazón de los problemas psicológicos, habrá un aspecto *consciente*, porque Dios ha hecho al hombre de esta manera.

El problema psicológico básica es intentar ser lo que no somos, e intentar cargarnos con lo que no podemos cargarnos y el mayor problema, el problema fundamental, es no conformarnos con ser las criaturas que somos ante el Creador. Imaginémonos que te encuentras con Atlas que lleva sobre sus hombros el mundo. Según la mitología clásica no es para el ningún problema llevar el mundo sobre sus hombros, porque ¡es Atlas! Lo encuentras caminando por algún lugar de las costas del norte de África, por donde están las montañas Atlas. Te ve llegar y te dice: «¡Hola, carga el mundo un rato!» Y quedas aplastado. Quedas aplastado porque no puedes con lo que se te ha entregado. El paralelismo psicológico es que el hombre está intentando ser el centro del universo y no quiere ser la criatura que es. Está intentando cargar el mundo sobre sus hombros y queda estrujado por el simple hecho de que es demasiado para sus fuerzas.

No hay nada complicado en esto; queda aplastado al intentar cargar con lo que sólo Dios y nadie más, puede llevar porque sólo Él es infinito.

El aplastamiento puede llegar de varias maneras. Si inflas con exceso una cámara de neumático ya gastada, explotará. La razón de la explosión está en el exceso de presión, pero la rotura ocurre en la práctica por la poca resistencia de la cámara. Tras la caída todos tenemos puntos débiles. En algunos de nosotros, son de tipo físico, en otros de tipo psicológico. Si cargamos con lo que no podemos, llegará la explosión y se producirá por el punto de nuestra debilidad inherente. La presión central, aplastante, es la de sentir la necesidad de ser el punto de integración de todas las cosas, porque no estamos dispuestos a ser las criaturas que somos. Rehusamos reconocer la existencia de Dios o –a pesar de reconocer su existencia intelectualmente– en la práctica no queremos inclinarnos ante Él en medio de nuestras vidas, momento tras momento.

La doctrina cristiana da respuesta a las consecuencias psicológicas de la rebelión del hombre desde la caída, primero teórica y luego prácticamente. En otras palabras. No es necesario buscar la curación psicológica fuera de la estructura total de la doctrina cristiana. El evangelio cristiano es la respuesta no sólo teórica sino también práctica, dentro de la unidad de la relación criatura-Creador y la de redimido-Redentor. Dentro de la estructura de la unidad de la enseñanza bíblica existe la posibilidad no sólo de la psicología teórica, sino también de la psicología práctica.

Una de estas consecuencias psicológicas de la rebelión del hombre es el miedo. El miedo se puede presentar bajo muchos disfraces, pero generalmente se presenta en tres zonas: el miedo de lo impersonal, el miedo del no-ser, y el miedo de la muerte. Podemos pensar en otros tipos de miedo, pero muchos miedos se podrían encabezar con estos titulares. El miedo puede ser pequeño, o puede ser el horror de una gran desesperación. O puede ser un punto intermedio entre estos dos extremos. Muchos hombres modernos que han llegado a una filosofía de la desesperación han pasado por el horror de la gran oscuridad, de un gran vacío. Muchos psicólogos, por ejemplo Carl Gustav Jung, se enfrentaron a este miedo diciendo simplemente al paciente que actúe *como si* Dios estuviera allí. En la última entrevista que le hicieron, unos ocho días antes de su muerte, Jung definía a Dios como «todo lo que se cruza con mi voluntad fuera de mí mismo, o todo lo que aflora del inconsciente colectivo dentro de mí mismo». Y su consejo era simplemente llamarle «Dios», y ceder ante «él». En otras palabras, sería el actuar »por si acaso».

Pero en el conjunto unitario de la enseñanza bíblica, Dios realmente está allí. No es simplemente la proyección celestial de la imagen del padre terrenal, sino que el sistema cristiano empieza con la comprensión y la

declaración de su existencia objetiva. Por consiguiente, no debería existir jamás el miedo de lo impersonal. Pero si los hombres no tienen este Dios, tan solo se enfrentan eventualmente a una corriente de partículas de energía. O, si se encierran y se cubren la vista para tratar de no ver esta conclusión, quedan reducidos a una humanidad sin identidad. Y cuanto más conscientes están de la humanidad, tanto más comprenden su falta de identidad. A partir de ahí, brota un miedo real de lo impersonal y tienen razón al tener miedo.

Pero la solución para el cristiano es que no debe tener jamás miedo de lo impersonal, porque el Dios personal e infinito está realmente allí.

Esto no es simplemente una obra de teatro. Si vivimos a la luz de la doctrina que decimos que creemos, esta misma forma fundamental de miedo desaparece del todo. Es esto lo que un padre cristiano da a entender a su hijito cuando siente miedo de quedarse solo en la habitación. No hay nada complicado en eso. Es tan simple y profundo como la existencia de Dios. El pequeñín tiene miedo de quedarse solo en la oscuridad, en una situación impersonal, y podemos estar allí para confortarle, pero eventualmente, un padre cristiano tiene que decir «no tienes que tener miedo porque Dios está aquí». Esta es una profunda verdad, no algo solo para niños. Más aún, es un título de gloria de la fe cristiana que las cosas pequeñas son profundas y las cosas profundas son impresionantemente simples.

Así cuando la madre enseña a su pequeñín que Dios está allí con él, y a medida que el muchacho crece y llega a saber por sí mismo que existen buenas y suficientes razones para saber que Dios está allí, esto tiene un sentido profundo que le resultara suficiente para toda su vida, a través de todas sus aventuras fisiológicas, así como en la oscuridad de la noche. Sobre la base de la existencia del Dios bíblico y de quien es en la estructura total de la fe cristiana, no carece de sentido para el estudiante más aplicado de filosofía, que haya atravesado alguna vez la zona oscura de la especulación filosófica. No hay necesidad de sentir ningún miedo de lo impersonal.

El segundo miedo fundamental es el miedo del «no ser». ¿Por qué hay tanta gente en nuestros días atrapada por el miedo del «no ser»? Porque el hombre moderno no tiene idea alguna de su procedencia, y al no tener alguna respuesta en cuanto al Ser, está eventualmente encerrado en las consecuencias de la pura casualidad. Por tanto, tiene el miedo de no ser y de hecho podría muy bien no existir. Pero el cristiano, en el sistema total del cristianismo, tiene la respuesta al sentido del Ser, como ya hemos visto. Conociendo la respuesta al sentido del Ser, no existe razón para tener miedo de no ser. He sido creado por un Dios personal e infinito, creado verdaderamente fuera de él mismo. Por eso se quién soy en mi ser. Tengo

una existencia válida. Siendo esto así, no existe ninguna razón o necesidad de un temor del no ser. Hay un motivo para temer al infierno, si estoy en rebeldía contra Dios, pero no hay miedo de no-ser.

El tercer miedo fundamental es el de la muerte y es el último que tratamos porque es el más obvio y porque en la perspectiva cristiana es obvio que ni debemos ni tenemos necesidad de tener miedo a la muerte. Para los cristianos, existe una continuidad de vida, en una línea recta horizontal, desde esta vida hasta el mundo futuro. El gran vacío ha sido salvado en el nuevo nacimiento. La muerte no es el gran vacío, hemos pasado ya de muerte a vida. En los primeros capítulos hemos estado en la *Montaña de la transfiguración* y hemos visto la continuidad en el espacio y en el tiempo. Está la ascensión; está Esteban viendo a Jesús; está Pablo viendo a Jesús en el camino de Damasco; está Juan que ve y oye a Jesús en Patmos. En consecuencia, debe ser muy obvio para el cristiano, dentro del conjunto unitario de la doctrina cristiana, que no hace falta tener miedo a la muerte.

Pero tratamos ahora del problema práctico, porque no se trata aquí de algo teórico, y debemos decir que a veces en medio del trastorno psicológico estas verdades son de difícil aplicación. Pero existe contexto racional dentro del cual podemos trabajar, pensar y hablar y que es, en conjunto, distinto de la situación de un hombre que está en rebeldía contra Dios. Lo que se necesita en un tiempo de perturbación psicológica, ya sea transitorio o de mayor alcance, es que sepamos ayudarnos unos a otros para actuar de acuerdo con la enseñanza total y unitaria del cristianismo. Esto es totalmente distinto de intentar trabajar por medio de un salto en la oscuridad, sin un contenido racional. Debemos hablarnos unos a otros, debemos ayudarnos unos a otros, para pensar a la luz del sistema total y unitario del cristianismo. En esto tenemos ahora un tema de conversación y de contacto dentro de todo el sistema que no cederá bajo nuestros pies. Esto es algo muy distinto a un psicólogo que, sentado y mientras fuma su pipa, va urgiendo a su paciente a que descargue sus temores sobre él personalmente, sobre la base de su propia autoridad y personalidad, especialmente cuando sabemos que también él tiene sus problemas.

Me agradaría tocar ahora otra zona de conflicto y tensión: el área de los sentimientos de superioridad e inferioridad en relación con los demás. Muchos de nosotros oscilamos como un péndulo entre la superioridad e inferioridad, lo cual ocurre al compararme a mí mismo con los demás, partiendo del hecho de que somos criaturas sociales. Nadie vive para sí mismo, no hay nadie que pueda vivir solo en una isla de sierra. Lo veremos después al reflexionar sobre la comunicación con los demás, cuando trataremos de la relación cristiana con los demás. Pero al llegar a este punto, nos estamos confinando a nosotros mismos a los resultados internos

de los sentimientos de inferioridad y de superioridad. Los sentimientos de superioridad vienen a ser como una imposición de mi estado en relación con los demás hombres, como si yo no fuera una criatura entre otras criaturas iguales. Para el cristiano, su estado y la validez del mismo, no se basan en su posición relativa frente a los demás. Como cristiano, no tengo que encontrar mi valor en mi rango o creyéndome superior a los demás. Mi validez y mi rango se encuentran en el hecho de ser delante de Dios que está allí. Mi validez fundamental y mi situación básica no dependen de lo que los hombres piensen de mí. Así los problemas de superioridad se sitúan en un contexto completamente diferente y puedo tratarlos sin miedo a que si limito mi superioridad, se perderán totalmente mi valor, validez y situación.

Lo mismo ocurre con el complejo de inferioridad. La inferioridad es el reverso. Es el regreso del péndulo del reloj tras haber dejado colgada de la pared mi superioridad. Si comprendo la realidad de ser una criatura, no abrigare la esperanza de ser ilimitado e infinito o mejor que los demás. Sé quién soy: soy una criatura. Me veo a mí mismo a la luz de haber sido creado por Dios y a la luz de la caída verdadera e histórica. Así comprendo que es eso lo que soy y lo que son todos los demás hombres. Este es un punto de partida absolutamente distinto. No tengo que establecer un deseo o una esperanza de que sea intrínsecamente superior para sentirme luego inferior porque no llego allí. Si hay algo que abre las ventanas de par en par y permite que lo invada todo la luz del sol, es esto. Dentro del contexto de la enseñanza bíblica y en la misma forma profunda que con respecto a los sentimientos de culpabilidad pueden ser sanados los sentimientos de superioridad e inferioridad. Como cristianos, por la gracia de Dios, actuemos en conformidad con lo que decimos creer.

El cristianismo tiene aquí otro punto fuerte: cuando descubro en mí mismo estas señales de tensión o conflicto, hay algo que puedo hacer con ellas. Sea cual fuere la marca del pecado en mí en cualquier aspecto, cuando quiera que descubro estas señales en mí mismo en cualquier situación, no me encuentro en un callejón sin salida porque la sangre de Jesucristo me puede limpiar de toda verdadera culpa, no sólo una vez, sino cuantas veces sea necesario. Siempre existe la verdadera posibilidad de empezar de nuevo, dentro de un contexto totalmente racional. Gracias a Dios siempre existe esa posibilidad, sobre la base del valor infinito de la sangre de Jesucristo, derramada sobre la cruz del Calvario.

Consideremos finalmente algunos aspectos de una positiva higiene psicológica. Como cristiano, en lugar de colocarme prácticamente a mí mismo en el centro del universo, debo hacer algo más. Esto no solo está bien, y el fallar en esto no sólo es pecado, sino que tiene importancia para mí personalmente en esta vida. Debo pensar según Dios, y debo creer según Dios. Pensar según Dios, como se ha revelado a sí mismo en la

creación y especialmente como se ha revelado a sí mismo en la Biblia, es tener una respuesta integral a la vida, tanto teórica como prácticamente. Sobre ninguna otra base puedo alcanzar esto. Sobre cualquier otra base que no sea esta quedo recluso en la frase que encuentro en el Eclesiastés, de que «todo es vanidad» bajo el sol. Cuando por la gracia de Dios pienso según Dios, puedo tener una integración intelectual. Ya no tengo necesidad de jugar al escondite en los hechos que no me atrevo a enfrentar.

Podemos decir que lo mismo es verdad en la integración de mi personalidad, de todo el hombre. Debo creer según Dios. Existe sólo un punto de integración que basta de por sí y es el mismo Dios. Como escribió Pablo a los Efesios: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales; cantando y alabando al Señor en vuestros corazones" (Efesios 5:18-19). Pablo está hablando aquí del vino como de un punto falso de integración. En cambio, si tengo al Espíritu Santo como a mi punto de integración y, por su medio, como agente de la Trinidad, estoy en comunión con toda la Trinidad, puedo tener gozo y paz, y una canción. No tengo que proseguir silbando solo en la oscuridad; puede haber canciones en la noche que sean expresión de mi realidad interior. Si bien aquí se pone el ejemplo del vino, ya se ve claro que no se trata solo de vino y de la borrachera. Se trata de cualquier otra cosa que pretenda ser mi punto final de integración en lugar del mismo Dios. En mis tiempos de universitario tuve que llevar varias veces a la cama a uno que intentaba encontrar su punto de integración en el alcohol y tuve que darle una ducha de agua fría a las cuatro de la madrugada, por ser tan cabeza dura. «Disolución», no está ahí el gozo. Eso es intentar encontrar un punto de integración insuficiente en sí mismo. Y cualquier otro punto de integración al margen de Dios llevará al mismo fin. No se trata precisamente de un truco teológico o psicológico. Así soy yo. Y nada que sea inferior integrara todo mi yo, porque para eso fui hecho: para amar a Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi mente. Cualquier otro tipo de relación es insuficiente para abarcar todo lo que hay en mí.

Existen muchos puntos de falsa paz e integración, y está bien reconocerlos. La diversión es uno de ellos. ¿Aceptamos que incluso la diversión *honest*a pueda ser un punto de integración equivocado y ser exactamente tan malo y destructor como la diversión licenciosa si la coloco en el lugar de Dios? No hay nada malo en el deporte. Muchos deportes son estupendos, pero si el deporte se convierte en mi punto de integración y toda mi vida gira alrededor del interés por rebajar en un segundo el tiempo en una carrera de descenso, estoy destrozado.

Lo mismo ocurre con las cosas materiales. Según la enseñanza cristiana, no hay nada malo en las cosas materiales como tales, ni tenemos los cristianos unos cánones para la estética. Pero es perfectamente posible que un

cristiano sea materialista, con su auto o con su aparato estereofónico. El hombre que intenta encontrar el punto de integración de su vida en las posesiones es un materialista práctico.

Ni siquiera a la música ni a las bellas artes se les debe permitir ocupar el punto final de integración. El artista se esfuerza por armonizar en la pintura toda una serie de limas diagonales, horizontales y verticales, de manera que al mirarlas experimentes una sensación de paz y de sosiego. Esto ocupa su propio lugar y ciertamente no está mal en sí mismo. Pero si se convierte en un falso punto de integración, si lo consideras como el punto final de integración, y si toda tu paz en este mundo descansa en el poder contemplar un conjunto bien equilibrado de verticales, horizontales y diagonales, has elegido un falso punto de integración. Con la música ocurre lo mismo. Ciertamente, la música nos comunica sosiego. Es algo estupendo poder escuchar una grabación musical que comunique paz y tranquilidad, pero no basta para la integración final. No solo las cosas malas, también las mismas cosas buenas pueden ser destructoras.

Y lo mismo ocurre con el sexo. En gran parte, el sexo, en nuestros días, es un simple intento por encontrar algo de realidad en un mundo que parece no tener ningún sentido en absoluto. Con frecuencia, es un esfuerzo por «tocar fondo» en un universo del que se piensa que no tiene fondo. Si se hace del sexo un punto absoluto de integración nos equivocamos totalmente. Y no estoy hablando ahora simplemente de la relación sexual pecaminosa, sino que abarco también aquí al sexo en sus relaciones correctas si estas se convirtieran en nuestro punto final de integración. Han sido creadas para ser un punto de descanso, y como tales pueden ser bellas pero son destructivas si las convertimos en nuestra meta *final* de descanso. Y con la comida ocurre exactamente lo mismo. Hay una manera de ir tras la comida que se puede convertir también en un punto final de integración.

Las tareas intelectuales pueden ofrecer falsos puntos de integración, si bien las tareas intelectuales pueden ser para gloria de Dios. Pero hoy día, las tareas intelectuales, en gran parte, no significan dedicación a la verdad, ni una búsqueda de la misma, sino un juego, y es el mejor juego al que uno se puede dedicar, mucho más apasionante que el esquí o el juego del ajedrez. Aquí, en L'Abri, creemos que ciertamente el cristianismo tiene respuestas intelectuales y que todo hombre merece que se le dé una respuesta sincera a su pregunta hecha con sinceridad. Pero tampoco consiste en esto el punto final de integración. El punto de integración es Dios mismo. Es posible, incluso para los cristianos, intercalar siempre más preguntas intelectuales entre ellos y la realidad de la comunión con Dios. Incluso la doctrina verdadera puede ser un falso punto de integración. Hoy, la teología es muchas veces, un juego de categoría superior, al igual que el juego del pensamiento intelectual general. Es el más apasionante deporte intelectual. Si yo tuviera que escoger un juego para llenar el vacío

absoluto de no ser cristiano y de no encontrar sentido alguno a mi vida, mi experiencia me dice que entre toda la gama de juegos de tipo filosófico, no encontraría ninguno tan apasionante como el de la teología. Y casi toda la moderna teología liberal es simplemente un juego; un puro deporte humano. Pero incluso la doctrina ortodoxa se puede convertir en algo simplemente intelectual, en un punto final de integración, y de hecho nos puede más bien separar de Dios en lugar de abrirnos las puertas ante Él, como tendría que ser. Y las organizaciones religiosas, incluyendo las iglesias buenas y verdaderas, y los programas que están bien en su propio lugar se convierten en algo que lleva veneno cuando pretenden ser el fin último.

Los falsos puntos de integración pueden parecer satisfactorios, para acabar siendo insuficientes, ya que no logran integrar al hombre total. Describo los falsos puntos de integración como si fueran un cubo de desperdicios en el que intentamos meter a un hombre. Como no es lo suficientemente grande, por mucho que queramos apretujar al hombre en su interior, siempre queda al descubierto su cabeza. Nos vemos obligados a sacarlo para volverlo a colocar de otra manera, pero ahora nos encontramos con que son las piernas las que se le quedan fuera. Lo sacamos de nuevo para meterlo otra vez, pero ahora son los brazos los que no caben. Nunca logramos meter dentro a todo el hombre. Simplemente, no es un recipiente lo suficientemente amplio. Y es precisamente por ahí por donde flaquean todos los falsos puntos de integración. Debido a que Dios nos ha hecho a su propia imagen y con una finalidad específica, siempre quedaran cocas colgando por fuera en cualquier vida falsamente integrada. Esto significa psicológicamente nuevas divisiones de la persona y una nueva necesidad de huida. Y en todos estos falsos puntos de integración hay para el cristiano una pérdida en el cielo, porque allí se juzgara al creyente y la sentencia estará de acuerdo con el juicio. En todos estos falsos puntos de integración mi bondadoso Padre me dará un castigo en la vida presente, porque me ama y me quiere llevar hacia Él.

Pero aquí estamos hablando también sobre algo más: vemos que la pérdida no se da solo en el futuro ni sólo en el mundo exterior presente, baje la mano correctora del Señor para nosotros en su amor, sino también *dentro* de nosotros mismos en el mundo del pensamiento. El problema estriba en que la pérdida se producirá no sólo en el futuro ni sólo en nuestra relación actual con Dios en su amor, sino ahora en mi relación conmigo mismo.

En nuestros días, y de una manera como no se habla dado nunca antes, tenemos clara conciencia de la psicología y de los problemas psicológicos. Ya he subrayado que en la moderna psicología se dan intuiciones de gran valor, cuando los psicólogos se han enfrentado a los problemas. Con frecuencia logran atar cabos. Pero no basta con esto si no hay una base suficiente. Si los hombres actúan según la enseñanza de la Palabra de Dios,

y como hombres *proporcionados* viven de acuerdo con la enseñanza a y los mandamientos de la Biblia, entonces tienen, en la práctica, una base psicológica suficiente. Dios es bueno para con su pueblo. En la medida en que un hombre vive a la luz del mandamiento de la revelación de la Escritura, tiene un fundamento psicológico. Mostradme un pastor fiel, en un pueblo antiguo, os mostraré al hombre que trata los problemas psicológicos sobre la base de la enseñanza de la Palabra de Dios, aun en el caso de que no hubiera oído jamás la palabra psicología, ni supiera lo que significa. Es preferible poseer la base y la estructura apropiadas en lo que hace referencia a lo que es el hombre y su finalidad, sin los detalles accesorios, antes que estar en posesión de estos pero en un vacío total.

Esto no disminuye la importancia de aprender detalles del psicólogo, pero con él o sin él no existe una respuesta real para la necesidad psicológica y el peso aplastante del hombre al margen de la estructura Creador criatura, de la amplitud del alcance de la caída, y de la obra vicaria de Jesucristo en la historia.

Si me niego a ocupar mi lugar como criatura ante el Creador y no me entrego a mí mismo para Su servicio, eso constituye pecado. Y todo lo demás se constituye en miseria. Como puedes gozar de Dios a cualquier otro nivel distinto de aquel en que estas, y en la situación presente? Todo lo demás solo acarreará infortunio, y tortura a la pobre y dividida personalidad que somos nosotros desde la caída. Vivir momento tras momento por la fe sobre la base de la sangre de Cristo, bajo el poder del Espíritu Santo, es la única manera realmente integrada de vivir. Es la única manera de estar en paz conmigo mismo, pues solo así procuro no cargar con lo que no puedo. Actuar de otra manera es eliminar mi propio lugar de descanso, la mejora psicológica substancial que yo como cristiano puedo gozar en esta vida presente.

Nada de todo esto es impersonal. En todo ello, no estoy actuando por si acaso» estuviera traspasando mi carga a algo impersonal; más bien, estoy siguiendo la invitación del Creador infinito y personal. Su propia invitación expresada en 1 Pedro 5:7: «Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros». No es algo impersonal. Simplemente estáis siguiendo la invitación del mismo Dios cuando dice: «Echad todas vuestras preocupaciones sobre mí, porque yo tengo cuidado de vosotros». Es exactamente lo contrario de una situación impersonal. No estáis trasladando vuestra preocupación a una fórmula matemática impersonal sino sobre el Dios infinito y personal. Dice Jesús: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os hare descansar» (Mateo 11:28). Esto no es solo una invitación a los no cristianos para que vayan a Cristo, sino que es también una constante invitación al cristiano. Nos está invitando a cargar estas preocupaciones no sobre alguna otra persona, sino sobre el mismo. Y una vez que veo esto, ya no tendré miedo jamás. No seríamos

suficientemente sinceros, creo yo, si falláramos en reconocer que, con frecuencia, tenemos miedo de ofrecernos a nosotros mismos para el servicio de Dios, por miedo a lo que pudiera venir. Pero el temor se derrumba cuando vemos ante quien estamos. Estamos en una relación viva con un Dios viviente que nos ama y ha mostrado su amor por nosotros hasta el punto que Jesús murió en la cruz. El miedo desaparece y nosotros tenemos la valentía de entregarnos a su servicio sin temor, cuando vemos que no nos metemos en las fauces de una situación impersonal, o de un mundo que nos odia, o de un mundo inhumano de los hombres. Nos entregamos a Dios que nos ama y que no es un monstruo sino nuestro Padre del cielo. No nos abandonará en la batalla como hace un soldado cuando cambia una pieza de su equipo militar por otra, y deja la vieja sobre el fango. Jamás actuará Dios con nosotros de esta manera. No nos utilizará como un arma, sin que cuide de la misma. En su mano, no solo seremos útiles en la batalla, sino que incluso los golpes que recibamos en la misma nos acercaran más a él porque él es infinito, es personal, y nos ama.

Cuando depongo mi voluntad en la práctica de la vida presente, el resultado es comunión con Dios como *Abba*, Padre. La comunión con Dios exige que me doblegue en el campo del conocimiento. Pero la comunión con Dios exige también que me doblegue *en mi voluntad*, en las esferas que hemos estado estudiando en estos capítulos. Estamos justificados si hemos aceptado a Cristo como Salvador. Pero la comunión actual con Dios requiere un sometimiento constante del entendimiento y de la voluntad. Sin sometimiento del entendimiento, para pensar según Dios; sin actuar en conformidad con la obra realizada por Cristo en mi vida presente; y sin el sometimiento práctico de la voluntad, cuando las olas de la vida presente se desatan sobre mí, no hay una comunión suficiente con Dios. Sin estas cosas no estoy en mi sitio como criatura en un mundo caído y anormal. Estas tres cosas son absolutamente necesarias si se ha de tener una comunión real y suficiente con Dios en la vida presente. En la medida en que estas cosas son así en la práctica, no estoy dividido de mí mismo y contra mí. El Creador, como *Abba*, Padre, ya ahora enjugará mis lágrimas y habrá gozo. Este es el sentido de la verdadera espiritualidad en mi relación conmigo mismo.

12

LA CURACIÓN SUBSTANCIAL EN LAS RELACIONES PERSONALES

Al pasar ahora al problema de la personalidad, y de manera específica a los elementos de amor y comunicación, recordamos que la clave está en el hecho de que Dios es un Dios personal. El sistema cristiano de pensamiento y vida empieza con un Dios que es infinito y personal, pero haciendo especial hincapié en su personalidad. Por ello, la personalidad ocupa

verdaderamente un lugar central y válido en el universo y no es algo puramente casual.

A lo largo y ancho de la Palabra de Dios queda muy claro que Dios nos trata sobre la base de lo que él mismo es, y en segundo lugar, sobre la base de lo que nos ha hecho. No violará lo que es él ni lo que ha hecho que seamos. El mismo Dios trata siempre al hombre sobre la base de una relación personal. Se trata siempre de una relación interpersonal. Más aún, puesto que Dios es infinito puede tratar con cada uno de nosotros personalmente, como si cada uno de nosotros fuera el único hombre existente. Puede tratar con nosotros personalmente porque es infinito. Nos encontramos también con que la relación de Dios con los hombres *no es mecánica. No existen elementos mecánicos en ella.* Su relación con el hombre tampoco es *primariamente legal*, si bien existen ciertos aspectos propiamente legales que tienen su fundamento y raíz en el propio carácter de Dios. El Dios de la Biblia difiere de los dioses que hace el hombre. Es un Dios que tiene su carácter, y ese carácter es la ley del universo, total y completa. Cuando el hombre peca, rompe esa ley, y el hecho de que se haya roto la ley quiere decir que el hombre es culpable y Dios debe tratarnos en esta relación legal propiamente tal. Por tanto, como hemos sido pecadores, debemos ser justificados antes de que podamos llegar a Dios. Pero aunque Dios nos trate también mediante una relación legal adecuada, sin embargo, básicamente se relaciona con nosotros, no legal, sino *personalmente*.

Nuestro tema en esta sección es la auténtica espiritualidad, en relación con el problema de mi separación de los demás. Y parece que antes de empezar con los otros hombres será mejor que iniciemos nuestra consideración por ese «otro» que es el mismo Dios.

Así como Dios trata siempre con el hombre sobre la base de lo que él es, y lo que somos nosotros, nosotros tenemos y debemos hacer lo mismo con respecto a nuestros pensamientos acerca de Dios y a nuestro trato con él. Jamás debemos pensar que nuestro trato con Dios se pueda tener de una manera mecánica. Es por esa razón por la que un fuerte sistema sacerdotal será siempre erróneo. *Jamás* podemos tratar con Dios *maquinalmente* ni debemos relacionarnos con di sobre una base *simplemente* legal, si bien existen estas propias relaciones legales. Nuestra relación con Dios, a partir del momento en que somos cristianos, debe ser siempre básicamente una relación interpersonal.

Se da, por supuesto, una diferencia que no podemos olvidar, la de que él es el Creador y nosotros las criaturas; por tanto, en todos los pensamientos y actos que guarden relación con Dios, debo mantener en mi mente el recuerdo de la relación criatura-Creador. Esto no altera, sin embargo, la naturaleza de nuestra relación interpersonal. Así el mandamiento es amar a

Dios, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente. Sólo se puede contentar con mi amor, no se me llama simplemente para ser justificado. El hombre fue creado para estar en una relación personal con Dios y para amarle. La oración debe verse siempre como una comunicación interpersonal, no simplemente como un ejercicio piadoso. Por cierto que cuando la oración se convierte en solo un ejercicio piadoso, deja de ser ya oración bíblica.

Dejemos ahora nuestra relación interpersonal con Dios, y pensemos en nuestra relación con nosotros mismos, es decir, entre los de nuestra misma condición. Así como tiene una importancia central el acordarse cuando estoy en relación con Dios, de que mi relación debe mantenerse al nivel de criatura a Creador, así cuando trato con los de mi misma condición, debo recordar que la relación debe ser exactamente lo contrario: de tú a tú, de igual a igual. Pero aunque sea de igual a igual, y no de criatura a Creador, o del superior al inferior, con todo, debe ser personal. La Biblia no nos permite ni una sola relación mecánica; porque Dios no nos hizo máquinas. Más aún, nuestra relación con los demás hombres no debe ser primariamente legal, aunque se den también relaciones propiamente legales entre los hombres. Aunque esto parezca simple, no lo es en absoluto. Muchas veces el pecado de la Iglesia ha sido olvidarse de este punto.

Ahora bien, ¿quiénes son mis semejantes cuando hablo a quienes debo tratar a nivel interpersonal? Los de mi clase son todos los que vienen de Adán. En Hechos 17:26 se nos dijo: «Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra». Nosotros creemos que la Biblia insiste literalmente en un solo Adán, y si lo hacemos así, esto comporta algo que es más práctico: *Todos los que proceden de Adán son mis semejantes*. Tiene la misma amplitud que la raza humana, y debo tener una relación de persona a persona, como iguales, con todos los que tenga contacto.

La Biblia es explícita acerca de que la humanidad está dividida en dos clases y sólo en dos: los que han aceptado a Cristo como a Salvador, y que por tanto son cristianos, y los que no lo han aceptado; los que son hermanos en Cristo y los que no lo son. Pero esto no debe oscurecer el verdadero pensamiento del cristiano de que su relación primaria a nivel personal se extiende a todos los hombres y no sólo a los demás cristianos. La Iglesia ha reconocido esto siempre al insistir en que Dios ha instituido el matrimonio no sólo para los cristianos, sino para todos los hombres. Es una ordenación de Dios para todos los hombres. El pecado del hombre no redimido y su separación de Dios no le aparta de las ordenaciones humanitarias de Dios. Puede servir de ejemplo el hecho de que cuando el Señor Jesucristo nos dio su mandamiento fundamental con respecto a los demás hombres, empleó, la palabra «prójimo». Dijo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». En este

punto, no debe existir ninguna distinción entre el cristiano y el no cristiano. Debo amar a mi prójimo, a todo hombre como a mí mismo. Y dejé muy claro lo que quería decir con esto al narrarnos el episodio del Buen Samaritano (Lucas 10:27-37). Es muy significativo que el último de los diez mandamientos emplee la misma palabra; dice que no hemos de codiciar nada de nuestro prójimo (Éxodo 20:17). Todo hombre es mi prójimo y nos debemos relacionar con él de una manera humana, y con un trato de hombre a hombre. Cada vez que nos comportamos de una manera mecánica con otro hombre, negamos la enseñanza central de la Palabra de Dios, la de que existe un Dios personal que ha creado al hombre a su imagen y semejanza.

O lo podemos plantear de otra manera. He dicho que la última imagen en nuestro pensamiento y en nuestra vida no puede ser otra que la del mismo Dios. La última imagen, el último punto de nuestro pensamiento, no debe ser simplemente cosas *acerca* de Dios, debe ser un relacionarnos con Dios mismo. Lo mismo debe ser así cuando pensamos en los hombres. La última imagen no debe ser algo inferior a la relación individual y personal, en amor y comunicación. El mandamiento es amarle, no solo pensar en él, o hacer cosas para él. No debemos detenernos en una relación propiamente legal, por ejemplo, pensar en un hombre como legalmente perdido, lo que es real a los ojos de un Dios santo, sin pensar en él como persona. Al decir esto, podemos ver repentinamente que gran parte del evangelismo no solo es sub-cristiano, sino incluso subhumano, legalista e impersonal.

Debemos, por supuesto, continuar para enfatizar el otro aspecto, especialmente en este siglo moderno al que no le queda tiempo para relaciones legales. En una época anti-leyes, como la que nos toca vivir hoy, debemos subrayar siempre que las relaciones legales adecuadas tienen importancia. Tienen importancia en el campo del sexo y del matrimonio; tienen importancia al pensar en las relaciones legales correctas en la Iglesia, y su pureza. Sin embargo, jamás debemos perder de vista el *corazón* de estas relaciones: reconocer al individuo como ser humano.

O podemos mirarlo de otra manera. El hombre, al colocarse a sí mismo en lugar de Dios en el centro del universo, tiende constantemente a la introversión en lugar de ser extravertido. Se ha hecho a sí mismo el último punto de integración del universo. Esta es la esencia de su rebelión contra Dios. Ahora bien, esto no es problema con respecto a Dios, ya que cuando Dios se vuelve hacia sí mismo es la Trinidad, y los miembros de la Trinidad han permanecido amándose y comunicándose entre sí desde antes de la creación del mundo. Así pues, cuando Dios se vuelve hacia sí mismo como centro del universo continúa existiendo comunicación y amor. Pero cuando soy yo que me vuelvo hacia mí mismo ya no queda nadie más con quien comunicarme. Y así cada hombre en sí mismo es exactamente como el

minotauro con cabeza de toro, encerrado en su aislamiento personal en el laberinto de Creta. Esta es la tragedia del hombre. No se basta a sí mismo y no hay nadie más allá que pueda responder.

Esto nos lleva no sólo a problemas psicológicos, sino que destruye también mi relación con los demás. Por otro lado, cuando yo empiezo realmente a pensar y actuar como criatura, entonces me puedo volver hacia afuera, como un igual, hacia los otros hombres. De pronto ceso en la murmuración conmigo mismo. Una vez que me acepto a mí mismo como igual a los demás, hombres, puedo hablar como un igual con los demás hombres. Ya no tengo que considerarme a mí mismo como el punto central y final. Si reconociera que no soy realmente Dios y que desde la caída somos pecadores, entonces puedo tener verdaderas relaciones humanas sin destrozarme a mí mismo porque no son suficientes o perfectas en sí mismas. El problema en las relaciones humanas es que el hombre sin Dios no comprende que todos los hombres son pecadores y así dependen excesivamente de sus relaciones personales y chocan y se deshacen. Ninguna relación amorosa entre un hombre y una mujer ha sido jamás lo suficientemente grande como para hacerlo depender todo de ella. Se derrumbaría todo bajo sus pies. Y cuando los puntos clave empiezan a resquebrajarse, toda relación se viene abajo. Pero cuando soy una criatura en la presencia de Dios y veo que la relación última es con un Dios infinito, y que las relaciones humanas son entre iguales, puedo recibir de una relación humana lo que Dios quería darme por su medio, sin poner toda la estructura bajo una carga insostenible. Más aún, cuando reconozco que ninguno de nosotros es perfecto en esta vida, puedo gozar de lo que haya de hermoso en una relación, sin esperar a que sea perfecta.

Pero, sobre todo, debo reconocer que ninguna clase de relación humana va a resultar finalmente suficiente. La relación suficiente finalmente debe ser con Dios mismo. Como cristianos tenemos esta relación, y así nuestras relaciones humanas pueden ser válidas sin necesidad de que sea lo finalmente suficiente. Como pecadores, reconociendo que no somos perfectos en esta vida, no necesitamos eliminar todas las relaciones humanas, incluyendo la relación matrimonial o las relaciones de los cristianos dentro de la Iglesia, precisamente por la razón de que no son perfectas. Sobre la base y una vez aceptada la obra realizada por Cristo, es posible que empiece a comprender que mis relaciones pueden ser sustancialmente curadas en la vida presente. Cuando dos cristianos se encuentran con que sus relaciones han chocado contra una pared, pueden ir cogidos de la mano y poner sus fracasos bajo la sangre de Cristo y levantarse de nuevo para continuar la marcha. Pienso en lo que significa esto prácticamente en los dominios de las relaciones humanas en el matrimonio, en la Iglesia, en las relaciones entre padres e hijos y entre amos y empleados.

O lo podemos decir todavía de otra manera. El cristiano tiene que ser una demostración de la existencia de Dios. Pero si nosotros como individuos cristianos, y como Iglesia, actuamos por debajo de la relación personal en nuestro trato con los demás hombres, ¿dónde queda la demostración de que el Dios Creador es personal? Si no hubiera ninguna demostración en nuestra actitud para con los demás hombres de que tomamos en serio las relaciones interpersonales, podríamos también quedarnos tranquilos. Pero *tiene que* haber una demostración; esa es nuestra vocación: mostrar la realidad de la relación personal, y no quedarnos sólo en palabras. Si el cristiano individual y si la Iglesia de Cristo no sirven para que el Señor Jesucristo pueda producir sus frutos en el mundo, como una demostración en el dominio de las relaciones personales, no podemos esperar que el mundo crea. La falta de amor es un mar sin orillas, ya que es lo que no es Dios. Y eventualmente no sólo se ahogará el otro hombre, sino yo también, y lo que es peor, la demostración de Dios desaparece también cuando no hay más que ver que un mar de falta de amor y de impersonalidad. Como cristianos no debemos tener relaciones amistosas con la doctrina falsa. Pero precisamente en plena batalla contra la falsa doctrina, no debemos olvidar las relaciones propiamente personales.

Siempre que aprecio algo correcto en otro hombre, eso, a la vez, que me hace humilde, me hace también más apto para tener una relación propia de criatura a criatura. Pero siempre que veo algo malo en los demás, es peligroso, ya que puede halagar mi yo, y cuando ocurre esto, mi comunión con Dios cae por el suelo. Así pues, cuando tengo razón, puedo estar equivocado. Si cuando tengo razón se enorgullece mi yo, puede destruirse mi comunión con Dios. No está mal tener la razón, pero si lo está tener una actitud incorrecta cuando se tiene razón, y olvidar que mi relación con los demás debe ser siempre personal. Si amo realmente al hombre como me amo a mí mismo, mi aspiración será verle ser lo que podría ser sobre la base de la obra de Cristo, porque es eso lo que yo quiero o lo que debería querer para mí sobre la base de la obra de Cristo. Y si es de otra manera, no solo se rompe mi comunicación con el hombre, sino también mi comunicación con Dios. Porque el quebrantamiento del segundo mandamiento es amar a mi prójimo como a mí mismo.

Esto sigue siendo verdad aun si el hombre está desesperadamente equivocado y yo tengo la razón. Cuando en 1 Corintios 13 se dice: «El amor no se goza en la injusticia», significa exactamente lo que dice. Cuando encontramos a otro hombre en el error, no debemos alegrarnos por su injusticia. Y debo tener mucho cuidado siempre que veo una situación en la que yo tenga la razón y el otro esté equivocado, para no usarla como una excusa para encaramarme a una posición por encima de la de aquel hombre, en lugar de recordar la relación propia de las criaturas ante Dios.

La siguiente pregunta práctica, si es que debo verme a mí mismo igual que los demás hombres y vivir en un mundo caído en el que se ha de imponer un orden, debe ser: ¿de dónde ha de venir este orden? Los hombres han bregado con esto a lo largo de los siglos. Pero yo sugeriría que desde un punto de vista bíblico, esta pregunta no es realmente difícil, pero en cambio sí que tiene gran importancia práctica. La Biblia distingue entre el hombre como criatura y las relaciones que Dios ha establecido como oficios entre los hombres. El punto central está en aquel de los diez mandamientos que dice: «Honra a tu padre y a tu madre». Es como el alma de toda esta problemática. Existe una adecuada relación legal entre padre e hijo. Pero ello no significa que cuando la relación legal correcta está en orden entonces todo sea ya perfecto. Ni mucho menos. Aunque mi hijo me respete, puede muy bien ser que la relación paterno-filial no haya alcanzado su madurez. Los hijos tienen que amar a los padres y viceversa a nivel personal, dentro de una estructura legal, y si aceptamos esto, entenderemos todo lo que viene a continuación. Se trata de una relación de oficio, pero entre *seres humanos*. Si fuéramos capaces de comprender esto no se repetirían tantas y tan desgraciadas tragedias en las relaciones entre padres e hijos. Mi hijo, en su minoría de edad, es una criatura mía, creada a mi propio nivel; intrínsecamente, no soy superior. Durante un cierto número de años existirá esa otra relación de oficio, si bien cuando contemplo a mi hijo jamás debo olvidarme, incluso cuando lo tengo entre mis brazos, de que aquel hijo mío es una criatura, creada a mi propio nivel. Más si se convierte en cristiano, cuando todavía es mi hijo menor de edad, entonces ya no debo olvidar que además de ser otra criatura como yo es también mi hermano o hermana en Cristo.

Tampoco el hijo debe mantenerse en una simple actitud legal ante sus padres sino esforzarse por alcanzar una relación personal y de amor en su trato con ellos. Todo lo que quede por debajo de una relación personal entre padres e hijos no solo está mal sino que es algo que rezuma tristeza.

He aquí la enseñanza del Nuevo Testamento a propósito de las relaciones humanas: «No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución, antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales; cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias por todo al Dios y Padre en nombre de nuestro Señor. Someteos unos a otros en el temor de Dios. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella... Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. Él que ama a su mujer, así mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia... Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se

unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne... Cada uno de nosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido. Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadles en disciplina y amonestación del Señor. Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales, con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo, no sirviendo al ojo como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre. Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que, el Señor de ellos y vuestro, está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas.» (Efesios 5:18-22, 25, 28, 29, 31, 33; 6:1-9).

En cada caso de los aquí mencionados se pueden distinguir dos partes: la estructura legal y una fuerte relación personal dentro de esa misma estructura. Esto es verdad en el caso de las relaciones matrimoniales, entre padres e hijos, amos y empleados. Es interesante hacer notar que la Biblia nos habla también de una relación legal con respecto a quienes nos gobiernan en el Estado. Pero también aquí va implicada una relación personal cuando oramos por ellos.

La iglesia no tiene que ser un lugar de caos sino de orden. Leemos en 1 Pedro 5:1-3: «Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: apacentad la grey de Dios que esta entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado sino siendo ejemplos de la grey». Vemos aquí, en las relaciones de la Iglesia del Señor Jesucristo, que existe una relación de oficio, pero en medio de esto Pedro le ruega a los ancianos que mantengan vivas y reales las relaciones personales. Así pues, debe haber un orden en la Iglesia, como lo debe haber en la familia y en el Estado. Es necesario que exista un orden de oficio, pero en cada oficio concreto que se presenta en las Escrituras, se insiste en lo personal, dentro de esa concepción legal. En la iglesia el anciano es un responsable de oficio. Pero tanto los ancianos responsables de la predicación como los de la dirección, son «ministros» y la palabra «ministro» es una relación personal, que no tiene el sentido de dominio. Debe haber orden en la iglesia, pero el anciano predicador o el anciano gobernante debe ser un ministro, en amorosa relación personal con quienes han sido encargados a su servicio, incluso cuando están equivocados y necesitan ser amonestados.

En esta zona que llamamos de oficio, ya sea en la iglesia, en el propio hogar, o en el Estado, es donde más falta hace la relación personal. El hombre es un rebelde y de ahí la necesidad de que haya un orden en este pobre mundo, pero cuando Dios me confía cualquier oficio, ya sea en el Estado, en la Iglesia o en mi propio hogar, o bien como amo en una empresa, debe redundar en gloria de Dios y provecho de los demás. Si debo hacer juicios legales en mi posición de «oficio» en una de las relaciones de la vida, debo mostrar conscientemente que todo lo que puedo hacer es dejar que la Biblia hable. No poseo una autoridad propia; soy una criatura exactamente igual que la otra persona, y al mismo tiempo soy también un pecador. Y cada vez que escalo un puesto eminente por oficio tengo que hacerlo con temblor porque sé muy bien, por la Palabra de Dios, que tendrá que dar cuenta de mi mayordomía, no sólo con respecto a mi propia relación legal sino también con respecto a mi relación personal.

Uno de los problemas de los humanistas es que tienden a «amar» a la humanidad como un todo, al Hombre con mayúscula, al Hombre como una idea, pero se olvidan del hombre concreto, de la persona concreta. El cristianismo tendría que ser exactamente lo contrario. El cristianismo no es amar en abstracto, sino amar al individuo que tengo ante mí con una relación interpersonal. Jamás debe ser para mí un hombre sin identidad porque eso equivaldría a negar de hecho lo que confieso creer. Esta idea presupone pagar un precio y no se trata precisamente de algo que sea barato, porque vivimos en un mundo caído, y nosotros mismos estamos caídos.

Preguntémosnos ahora, ¿qué ocurre cuando con mi pecado he ofendido a alguien? La Biblia nos dice que en el preciso momento en que confesamos este pecado ante Dios, la Sangre derramada por el Señor Jesucristo, basta para limpiar la culpa moral. Como cristianos insistimos en que el pecado es en última instancia contra Dios. Cuando ofendo a alguien, pecco contra Dios. Pero jamás debemos olvidar que esto no cambia el hecho de que puesto que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, el hombre al que he ofendido tiene un valor real. Y para mí esto tiene una gran importancia no solo teórica sino práctica y se ha de traducir en acciones eficaces. Mi prójimo, puesto que lleva en sí mismo la imagen de Dios está siempre como revestido de una dignidad especial y esto tanto es verdad del no-cristiano como del cristiano. Está perdido si no tiene fe pero continúa siendo un hombre. Así cuando Dios dice: «Hijo mío, este pecado es otra cosa; con este pecado has ofendido a otra persona», y yo le pregunto, «Señor, ¿qué tengo que hacer?» La respuesta que me da la Palabra de Dios no puede ser más clara: «Haz justicia a quien has ofendido. Ese hombre a quien has ofendido no es un cero a la izquierda».

Ahora bien, ¿cuál es mi reacción normal cuando Dios me dice, «Ve y haz justicia»? ¿Acaso no respondo, «Eso sería rebajarme»? La verdad, con todo, es que si de veras estaba dispuesto a decirle a Dios que sentía haber pecado, también debería estar deseando pedirle perdón al hombre a quien ofendí. ¿Cómo puedo decir a Dios «lo siento» si no estoy dispuesto a hacer lo mismo con el hombre al que ofendí, puesto que él es igual que yo y es como yo una criatura de la misma dignidad? Un tal arrepentimiento sería pura hipocresía. Esta es la razón por la que la vida de muchos de nosotros esta como aletargada. No podemos pisotear alegremente nuestras relaciones humanas y continuar creyendo que nuestras relaciones con Dios siguen siendo estupendas, bellas, sinceras. No se trata ya simplemente de lo que está legalmente permitido, sino de una verdadera relación interpersonal sobre la base de quien soy yo y quien es el hombre.

En Santiago 5:16 se nos dice: «Confesaos nuestras ofensas unos a otros». No se nos dice que confesemos nuestros pecados a un sacerdote, ni al grupo (a no ser que la ofensa haya sido al grupo), sino a la persona a quien hemos infligido el daño. Se trata de una admonición muy sencilla, pero muy difícil de cumplir, en nuestra actual situación de imperfección. Ir a decir a otro «lo siento» es entrar por la puerta baja: primero al confesarlo a Dios y luego a las personas a quienes infligimos el daño. Pero me vais a permitir que lo repita, esa *persona*, que está ante mí y a la que he ofendido, es un ser humano, creado a imagen de Dios. De manera que en resumidas cuentas aquí no se trata ya de una puerta baja sino que se trata de estar dispuesto simplemente a admitir nuestra igualdad con la persona ofendida. Si es igual que yo, quedará muy bien que me acerque y le diga: «Lo siento». Sólo cuando me creo superior tengo reparos en tener que confesar mi pecado y reconocer mi culpa y tener que presentar excusas.

Si vivo en una relación con la Trinidad, mis relaciones humanas cobran una mayor importancia en un sentido, porque veo el valor real del hombre, pero no en otro, porque ya no necesito ser como Dios en estas relaciones. De manera que puedo ir a un hombre y decirle: «Siento haberte infligido toda esta serie de ofensas», sin eliminar por ello el punto de integración de mi universo, porque ya no se trata de mí sino de Dios. Ni tenemos necesidad de aguardar a que se produzcan las grandes explosiones, especialmente entre hermanos y hermanas en Cristo. No tenemos necesidad de esperar a nadie más para empezar. Es así como deberíamos ser a cada momento.

Esto es la comunicación. Los hombres del mundo moderno se están preguntando si la personalidad es real, si la comunicación es real, si tiene sentido. Los cristianos podemos estar hablando hasta el agotamiento, pero nada tendrá sentido, a menos que *mostremos* una realidad de comunicación. Cuando como cristiano estoy ante un hombre y digo, «lo siento», esto no sólo es legalmente correcto y del agrado de Dios, sino que

es una verdadera comunicación, a un nivel altamente personal. En este contexto, la raza humana es humana.

La confesión ante Dios debe ocupar siempre, por supuesto, el primer lugar. La confesión ante Dios y poner nuestro pecado bajo la sangre derramada por Cristo es lo que nos limpia, no la confesión al hombre. Debemos subrayar esto siempre, una y otra vez, porque los hombres sufren confusiones al respecto. Pero esto no cambia el hecho de que tras hacer mi confesión ante Dios tenga que haber *luego* una comunicación real, interhumana e interpersonal, con la persona a la que he ofendido.

Debemos tener en cuenta, al hacer esto, tres puntos. Primero, debemos tener en cuenta que no lo hagamos meramente para ser vistos de los hombres o por la Iglesia, porque entonces todo se estropearía más de lo que estaba y sería una simple exhibición.

Segundo, debemos ver que algunas veces, esto significará retroceder varios años. Si hemos perdido la relación humana en la iglesia, en la familia o en general, casi siempre ello quiere decir que nos hemos salido, ya hace años, del camino de una relación personal. Al hablar de nuestra liberación con respecto al pecado ante Dios, dijimos que hemos de retroceder hasta el lugar donde pecamos, en el que nos salimos de la pista, aun cuando haga ya veinte años. Lo mismo es verdad aplicada a las relaciones humanas. Si sé que, tiempo atrás, en mi vida me he relacionado con algún cristiano o no cristiano, por debajo de una base realmente humana, debo retroceder, si es posible, hacerme cargo del asunto y decir «lo siento». Son muchos los que pueden atestiguar el hecho de que han encontrado fuentes de agua viva y rocío reconfortante cuando han retrocedido y han llamado a la puerta de alguien para excusarse por alguna falta cometida muchos años atrás.

No creo que haya mucha gente con alguna sensibilidad que no pueda recordar algunas puertas a las que sería necesario llamar, y algunas de las excusas que se deberían presentar.

Tercero, debemos recordar que la crucifixión de Cristo fue real y en el mundo exterior. En Filipenses se nos dice: «Haya, pues, entre vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (2:5). La crucifixión de Cristo fue sobre una montaña, junto al camino, y todos los que por allí pasaban podían no solo ver su dolor, sino también su vergüenza. No fue algo que ocurrió entre penumbras, a escondidas, en algún lugar lejano. Y cuando tú y yo tenemos la impresión de que vivimos realmente bajo la sangre del Señor Jesucristo, nuestra confesión ante Dios y ante el hombre debe ser tan manifiesta como fue la crucifixión de Cristo sobre aquella colina, ante los ojos del hombre. Debemos desear que nuestra vergüenza y nuestro dolor se produzcan al aire libre. No basta con estar simplemente de

acuerdo con los principios cuando tratamos de estas relaciones personales; debemos ponerlos en práctica. Sólo de esta manera podemos manifestar ante el mundo que nos observa y de una manera que puedan ellos entender, que vivimos en un universo personal en el que las relaciones personales tienen validez e importancia. Sólo así podemos mostrar que hemos sido comprados por el Señor Jesucristo, no sólo teórica sino también prácticamente, y que puede existir una curación substancial de la separación entre los hombres en la vida presente y que no hay que esperar hasta que pasemos el río de la muerte para ello. Si el otro hombre no es cristiano, no cambia nada. La demostración y la realidad de todo ello nos corresponde a nosotros, no a él.

La demostración cristiana de amor y de comunicación queda clara en dos zonas por encima de todas las demás: en la zona del matrimonio cristiano y de sus hijos; y en la relación personal de los cristianos en la iglesia. Si no se da ninguna demostración en estas dos zonas, a nivel personal, el mundo puede concluir que la doctrina cristiana ortodoxa está formada por palabras muertas y frías. En una era en que la gente vive en base a la orientación psicológica, la gente puede intentar dar una explicación de los resultados individuales en la vida cristiana, pero el amor y la comunicación entre cristianos añade una dimensión humana que, especialmente en tiempos como los nuestros, no tiene fácil explicación.

Cuando pecó el hombre, Dios impuso un cierto control legal sobre el hombre y la mujer en el matrimonio. A fin de facilitar un mínimo de estructura que permita el orden en medio de un mundo caído, la mujer y el hombre están el uno frente al otro, cara a cara, como criaturas, si bien el hombre tiene el oficio de cabeza en el hogar. Pero la relación hombre-mujer no sólo se debe afirmar negativamente (evitar el desorden en el hogar o no adúlterar), por muy importantes que puedan ser estos aspectos negativos, sino que deben contener también el mandamiento y la razón para amar. El matrimonio es imagen de Cristo y de su iglesia (Efesios 5:23). ¡Qué pobre nuestro concepto de la obra de Cristo si hacemos de ella sólo una cosa legal! ¡Qué triste es no comprender que hemos de estar en comunión con Cristo y que debe existir un amor mutuo entre él, el esposo y nosotros que somos la esposa! Si con el matrimonio humano se quiere dar una imagen de esa maravillosa unión de Cristo y su Iglesia y de la relación actual de Cristo como esposo con la Iglesia como esposa entonces ciertamente la comunicación y el amor entre hombre y mujer deben rebosar alegría y debe desbordar en una canción.

Somos finitos y por tanto no esperemos encontrar una suficiencia final en cualquier relación humana, incluido el matrimonio. La suficiencia final se ha de encontrar sólo en una relación con Dios. Pero sobre la base de la obra realizada por Cristo a través de la acción del Espíritu Santo y de la fe como

instrumento, puede darse una curación real y sustancial de las relaciones, y experimentar así el gozo verdadero.

Como cristianos entendemos algo más. No sólo somos finitos, por ser criaturas, sino que desde la caída todos somos pecadores; por tanto, sabemos que las relaciones no serán perfectas. Pero sobre la base de la obra realizada por Cristo, las relaciones humanas pueden ser sustancialmente curadas y gozosas. El cristiano es la única respuesta al problema del hombre. La multiplicidad de divorcios tiene sus raíces en el hecho de que muchos están buscando en las relaciones humanas lo que las relaciones humanas jamás podían dar. ¿Por qué se da la multiplicidad de divorcios en lugar de una simple promiscuidad? Porque se está buscando algo más que la simple relación sexual. Pero jamás se acaba de encontrar porque lo que se está buscando no existe en una relación puramente finita. Es algo así como si para apagar la sed se engullera arena.

Si un hombre trata de encontrarlo *todo* en la relación hombre-mujer o entre amigos, destruye lo mismo que quiere y destruye a los que ama. Los absorbe hasta dejarlos exhaustos y los devora, y tanto ellos como la relación quedan destruidos. Pero si somos cristianos no debemos actuar así. Nuestra suficiencia en las relaciones consiste en lo que Dios quiso que estuviera, en el Dios infinito y personal, sobre la base de la obra de Cristo en comunicación y en amor.

Lo mismo es verdad con respecto a los padres cristianos y sus propios hijos. Si tratamos de encontrarlo todo en las relaciones humanas o si olvidamos que ellos ni nosotros somos perfectos, los destruimos. El hecho simple es que el puente no es lo bastante resistente. Intentar hacer pasar sobre el puente de las relaciones humanas aquello cuyo peso no puede aguantar equivale a la destrucción tanto de las relaciones como de nosotros mismos. Pero para el cristiano, que no tiene necesidad de encontrarlo todo en las relaciones humanas, las relaciones humanas pueden ser maravillosas.

El amor es la comunicación de toda la persona. La relación es personal, y toda la personalidad del hombre está en la unidad de alma y cuerpo. La Biblia enseña que hay algo así como una continuidad del espíritu tras la muerte del cuerpo. Pero debemos procurar no ser platónicos aquí. El énfasis de la Escritura recae sobre la unidad del hombre, la unidad de cuerpo y alma. Y en la comunicación, sustancial aunque no perfecta, el cuerpo es el instrumento. Actualmente no existe ningún otro camino para tener comunicación, sino es a través del cuerpo. Pero en el matrimonio esto se convierte en algo muy especial que debe entenderse. El amor sexual y el amor romántico quedan ambos fuera de lugar si son extramaritales y por tanto fuera del propio círculo legal. Ambos, y por igual son malos. Y si el

uno o el otro es el «todo» incluso dentro de la propia relación legal, irán apagándose hasta la agonía o hasta la búsqueda de variedad; pero si la pareja está formada por personalidades, una persona frente a otra, dentro de lo que se llama el círculo legal, entonces tanto lo romántico como lo sexual tienen su plenitud en el círculo perfecto de lo que somos, en el pensamiento, en la acción y en el sentimiento.

En tal contexto, el Cantar de los Cantares, es una parte del canto triunfal, «El Señor ha triunfado gloriosamente». El enemigo, el demonio, ha sido precipitado en lo más profundo del mar. El matrimonio humano entre cristianos debería ser esto. Existe un redondel de vida dentro del círculo legal del matrimonio. Debe experimentarse el gozo y la belleza en el entrelazarse de dos personalidades totales.

El pecado ha traído la división entre el hombre y la mujer, y así sus cuerpos tienden a estar separados de sus personalidades. En la medida en que vivimos así, quedamos por debajo del nivel que se pretendía para el hombre. Si nosotros, como cristianos, vivimos con esta separación, venimos a dar la razón al hombre del siglo XX cuando dice: «Solamente somos animales o máquinas». En el mundo animal, la relación sexual en su momento oportuno es suficiente, pero nunca ocurre así con el hombre. Hace falta lo *personal*. La cosa debe verse como un todo, como una unidad dentro del círculo legal, pero con la realidad de la comunicación y del amor.

Si el amor y la comunicación no están presentes en el matrimonio, ¿cómo podrá darse el paso siguiente, la relación persona a persona entre padre e hijo? Esta debe desarrollarse a partir de la relación sustancialmente restablecida entre marido y mujer. También esta relación entre padre e hijo tiene sus aspectos legales. Pero, repitámoslo, no es primariamente algo legal; es personal. Entre marido y mujer, y luego entre padres e hijos, lo que tiene que ser central es lo personal. Los vínculos legales son lo primero en cada caso, porque tenemos un Dios que tiene su carácter y que es canto. Pero dentro de los vínculos legales, la comunicación y el amor tienen que estar presentes. Cuando llega un hijo al hogar, el amor y la comunicación dejan ya de ser recíprocos para ampliarse en una profunda diversidad.

Allí donde la esposa y su marido son cristianos, son al mismo tiempo que hermanos y hermanas en Cristo, enamorados: «¡Hermana mía, esposa mía!» (Cantar de los Cantares 4:9,12). Y luego vienen los hijos, también como hermanos y hermanas en Cristo, a medida que se van haciendo mayores y aceptan personalmente la muerte de Cristo. En tal concepto, ¿que cristiano se querría casar con una no creyente?

No todos los cristianos son llamados al matrimonio, pero si se les llama a

todos a que muestren ante el mundo que nos rodea y nos observa, la realidad de la comunicación de la persona. Existe una relación de hombre a hombre, de mujer a mujer, de amigo a amigo, como cristianos, y como la Iglesia de Cristo, que puede ser también una muestra de que la relación humana ha sido sustancialmente restaurada. Hubo una unidad de la primitiva Iglesia, que, si bien no fue perfecta, tuvo con todo una realidad práctica. Cuando en la Escritura leemos la unión que existía entre ellos y escuchamos las palabras que se decían a este propósito: «Mirad como se aman», vemos que se trataba de una unión real, no de una simple unión teórica.

¡Que hermoso es el cristianismo! En primer lugar, por la resplandeciente calidad de sus respuestas intelectuales, y en segundo lugar, por la fina calidad de sus respuestas humanas y personales. Y estas tienen que ser ricas y hermosas. Un cristianismo hosco es inferior al cristianismo ortodoxo. Pero estas respuestas humanas y personales no llegan de manera mecánica por el hecho de que somos cristianos. Llegan solamente a nivel de lo que Dios nos hizo ser en primer lugar, o sea personas. No existe otro camino para obtener estas hermosas respuestas. No pueden lograrse de manera mecánica, o permaneciendo simplemente en el círculo legal correcto, por muy importante que eso sea. Se van perfilando a la luz de lo que decimos creer como cristianos ortodoxos: que somos criaturas y que a pesar de que no somos perfectos en esta vida, incluso tras ser cristianos, con todo, por medio de una fe ininterrumpida en la obra realizada por Cristo en la cruz, pueden producirse, y de hecho se producen, unas estupendas relaciones humanas. Debe existir una doctrina ortodoxa, es verdad. Pero debe haber también una *práctica* ortodoxa de tales doctrinas que incluya la ortodoxia en las relaciones humanas.

Tengo vacilaciones para decirlo, *pero lo diré*: todo esto es *divertido*. Dios quiere que el cristianismo sea alegre. Tiene que haber una realidad de amor y de comunicación en la relación entre cristianos, coma individuo y como cuerpo, lo cual es algo verdaderamente y absolutamente personal.

13

LA CURACIÓN SUBSTANCIAL EN LA IGLESIA

Vamos ahora a examinar la auténtica espiritualidad en relación con nuestra separación de nuestro prójimo, especialmente en la Iglesia del Señor Jesucristo.

Existe en la teología actual una marcada tendencia a hablar de la resurrección de Jesucristo en términos que la hacen equivaler absolutamente al comienzo de una iglesia, a la que se hace referencia como

«su Cuerpo». Y esto es más Bien perjudicial y confuso. La Biblia insiste en que no se trata de esto, y que Jesucristo resucitó físicamente de entre los muertos. Sin embargo, no olvidemos que, según la enseñanza de la Palabra de Dios, se habla de la Iglesia como del cuerpo de Jesucristo. No debemos olvidar una cosa al rechazar la otra.

«Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros» (Romanos 12:4-5). Somos un cuerpo, en Cristo. «Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu. Además, el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos» (1 Corintios 12:12-14).

Así pues, Jesucristo resucitó físicamente de entre los muertos, y también la Iglesia nació en Pentecostés en la forma concreta como la conocemos hoy. Es, de manera muy concreta su cuerpo. Y como Cuerpo suyo la Iglesia debe mostrar a Cristo al mundo, hasta su segunda venida. Así como nuestros cuerpos son nuestro medio de comunicación con el mundo exterior, así la Iglesia como cuerpo de Cristo debe ser el medio de comunicación de Cristo con el mundo exterior. Tenemos nuestros pensamientos y luego los comunicamos al mundo exterior por medio de nuestro cuerpo: nuestro cuerpo físico es el punto de comunicación con el mundo exterior y es esta la manera que tenemos para llegar al mundo. Así a la Iglesia, como cuerpo de Jesucristo, se la llama a ser el medio por el que él se pueda mostrar y actuar en este mundo exterior, hasta que vuelva de nuevo. Desde la caída del hombre, ha habido dos humanidades y no una sola. Una está formada por los que están todavía en rebeldía contra Dios, y la otra, por los que por la gracia de Dios han vuelto a él sobre la base de la obra de Cristo. La Iglesia debería ser la realidad y la manifestación de esta diferencia, en cada generación. No debería llegar jamás el momento en el que una generación cualquiera pudiera decir, no vemos ninguna manifestación de una relación sustancialmente restaurada entre los hombres en la vida presente. Cada generación ha de poder contemplar a la Iglesia de su tiempo y ver en ella una manifestación de una relación sobrenaturalmente restaurada, no ya entre los individuos y Dios, si bien eso es lo primero; ni simplemente entre los individuos y el mismo, si bien eso tiene una importancia crucial, sino entre hombre y hombre en la Iglesia.

«Iglesia», en griego «*Ecclesia*» significa simplemente «lo que ha sido llamado», convocado desde una humanidad perdida. Esa es la vocación de la

Iglesia de Jesucristo. En nuestra generación, en las artes, en la música, en la filosofía, en el teatro, mires a donde mires, el hombre está empezando a ver que está por debajo de lo que sabe que podría ser. Nuestra generación ve esto, pero el problema no es nuevo en nuestro tiempo. Ya desde la caída, el hombre rebelde ha seguido este camino. Y se llama a la Iglesia desde esta humanidad, a fin de que sea la humanidad ante una humanidad perdida.

Lo fundamental no consiste en una unidad de organización si bien ésta también tiene su lugar. El cuerpo humano está regido por la cabeza. Las manos no tienen una relación directa entre sí. La razón de su acción conjunta está en que cada una de ellas, cada una de sus articulaciones, cada uno de sus dedos, está bajo el control de un único centro, la cabeza. Separa el cuerpo de la cabeza y todo él se convertiría en algo espasmódico; los dedos por ejemplo no se podrían jamás encontrar entre sí ni se alcanzaría una acción uniforme.

Exactamente igual ocurre con la Iglesia de Jesucristo. La unidad real no es básicamente una unidad de organización; la unidad real no es la de una parte con las demás, sino que es una unidad en la que cada parte está bajo el control de la cabeza y por tanto funciona de manera armónica. La unidad de la Iglesia es básicamente la unidad de la Cabeza controlando cada una de las partes. Si yo como individuo, o los grupos de cristianos, no estamos bajo la dirección de la *Cabeza*, la Iglesia de Jesucristo funcionará como manos que no saben encontrarse la una a la otra; el conjunto se romperá y se dará una situación «discordante» en la que la Iglesia funciona de manera absolutamente desarticulada. Esto es verdad no solo en el conjunto de la Iglesia del Señor. Jesucristo, sino que lo es también en cualquier grupo específico de cristianos. Cualquier iglesia local, cualquier escuela especial que pretenda ser cristiana, cualquier misión específica, o cualquier otro grupo, será algo informe en la misma proporción en que cada uno de los componentes de aquel grupo deja de ponerse bajo la dirección del Espíritu Santo, bajo el mandato de Cristo.

Recordad el ejemplo de las «dos sillas». Puesto que yo estoy viviendo individualmente en lo sobrenatural, momento tras momento, se producirán unos resultados individuales, una manifestación individual. Pero igualmente, y puesto que vivimos como un cuerpo articulado a la luz de lo sobrenatural, se producirán resultados y una manifestación articulados. No se trata simplemente de que el individuo deba pensar y vivir así, sino que todo el grupo como grupo, debe ponerse a punto para vivir conscientemente, momento tras momento, en la realidad de lo sobrenatural. Luego viene la manifestación; y más tarde el resultado esperado.

Existe una llamada muy especial, una unidad especial en los cristianos que

trabajan juntos, una unidad que no es simplemente organizativa o abstracta. No será perfecta en esta vida, porque la Biblia no dice que vayamos a ser perfectos en esta vida, pero sobre la base de la obra realizada por Cristo habrá una relación sustancialmente restaurada entre los cristianos en esta vida. Pensando en estas cosas, llegamos a unas cuantas consideraciones prácticas inmediatas. En primer lugar, cuando la Iglesia muestra a cada generación quien y que es Dios, debe hacerlo con un énfasis correcto. Dios tiene su propio carácter. No estamos mostrando a un Dios que es «el Dios no conocido», en el sentido enseñado por Tillich. Dios tiene su carácter. Y porque tiene su carácter tiene que haber una revelación de ese carácter y esto significa actuar en el círculo legal correcto. Los aspectos legales correctos de la Iglesia trataran primero la doctrina, porque de otra manera el cuerpo diría mentiras acerca de su Cabeza.

El paso siguiente es que en el círculo legal correcto se han de tratar tanto la vida del individuo como la del grupo. Los aspectos legales no son arbitrarios. Están enraizados en la existencia de Dios y en su carácter, acerca de lo cual él nos ha hablado en la Biblia. La iglesia no es un cuerpo que elabora ideas; la iglesia es una afirmación declarativa de lo que Dios ha revelado acerca de si mismo en la Escritura. Así, los aspectos legales, están fijados por el mismo Dios. La iglesia debe representar la raza humana sobrenaturalmente restaurada en la realidad, y como tal, es muy obvio que debe existir el círculo legal correcto de los que están en la Iglesia en contraste con el de los que no están en ella.

Muchos hacen hincapié en que un cristiano no debe casarse con un no-cristiano, pero luego quieren permanecer en una iglesia en la que muchos, incluyendo los más altos oficiales, rechazan abiertamente al Dios de la Biblia. Intentar tener un amor adecuado y una comunicación que agrade a Dios en tales condiciones es como intentar tener una vida sexual que agrade a Dios, con la mujer de otro hombre o con el marido de otra mujer. El círculo legal correcto debe ser primero o la Iglesia que tiene ese nombre, no es Iglesia en realidad. Los hombres no siempre serán llevados a aplicar la misma acción en el mismo momento con respecto al mandamiento de la Biblia referente a la práctica del principio de la pureza de la Iglesia visible, pero si el principio se abandona sin más, el círculo legal correcto cae por el suelo, exactamente con la misma certeza que si echáramos a un lado el mandamiento de Cristo y de la Biblia referente al aspecto legal propio del matrimonio.⁵ Así pues, la Iglesia tiene sus relaciones legales con respecto a la doctrina y a la vida.

Pero si bien lo legal es importante y ocupa su propio lugar, no todo está ahí. Dentro de la propia relación legal de la Iglesia, la persona de Dios y todo su

⁵ Véase *The Church Before the Watching World*, Intervarsity Press, 1971.

carácter deben ser manifestados por las palabras y por las obras. Solo Dios es infinito y el hombre finito no puede manifestar eso. Pero así como hemos sido hechos a su imagen, individual y comunitariamente somos llamados para manifestar el hecho de que es un Dios personal. Esto es lo que podemos hacer; esta es nuestra vocación. Debido a la caída, no habrá una manifestación perfecta, debemos repetir esto una y otra vez. Pero como cristianos puede y debe ser verdadera y de todas las relaciones esta es, con mayor seguridad, la vocación de la Iglesia como cuerpo de Cristo.

La materia del propio círculo legal, la batalla contra la falsa doctrina y el pecado, no se terminará nunca en esta vida. Pero la propia relación legal, mientras es correcta en sí misma, debe servir solamente de introducción a la realidad de una relación viva y personal, primero del grupo con Dios y luego entre quienes están en la Iglesia. El glorificar a Dios, gozar de él y manifestarle, no puede ser maquinal ni puede ser *solamente* legal, sino *personal*. Cuando la Iglesia de Cristo actúa por debajo del nivel personal, está manifestando menos de lo que Dios es, y por tanto es menos de lo que debe ser la Iglesia. Debe haber una manifestación de las relaciones personales humanas que han sido redimidas.

La Iglesia ha acentuado siempre, de palabra, todas estas cosas, Hablamos de la *fraternidad de los creyentes*, y hemos mencionado ya el hecho de que entramos en una nueva relación con los demás cristianos cuando aceptamos a Cristo como Salvador. En el nuevo nacimiento, entro en una nueva relación con cada una de las tres personas de la Trinidad, y me hago hermano de todos los demás cristianos, de todos los demás que están en Cristo, la familia de Dios. Se pretende que sea una verdadera fraternidad y por tanto una demostración visible de fraternidad.

Como cristianos ortodoxos rechazamos el énfasis actual que destruye la distinción entre los hombres que se salvan y los que se pierden. Los teólogos liberales deliberadamente rechazan la diferencia entre los que se salvan y los que se pierden. Pero, ¡ay de las iglesias cristianas que mantienen la distinción clara y ardorosamente pero en cambio no ofrecen ninguna señal de fraternidad! En el Credo apostólico afirmamos, «creo en la comunión de los santos». Confesamos este artículo del credo con la misma firmeza con que afirmamos los demás. Esto no tiene que ser simplemente una frase teológica, sin embargo, ¡qué escasa es la comunión que vemos! y ¡qué triste la realidad! No es simplemente para que se comprenda que existe, y para que alcance a través del espacio y del tiempo a todos los creyentes. Existe una unión mística de los santos, es verdad, pero también la comunión de los santos debe ser manifestada.

¿Qué debe ser entonces la iglesia *conscientemente*? La iglesia conscientemente (y acentúo la palabra *conscientemente*) debe ser la que

anima a sus miembros a su vida verdaderamente cristiana, a una espiritualidad auténtica, la misma de la que estamos hablando en este libro. Les debe animar en el camino hacia la libertad en la vida presente de las ataduras del pecado, y hacia la liberación en la vida presente de *las consecuencias* de las ataduras del pecado. Les debe animar hacia la curación sustancial en su separación del prójimo, especialmente de quienes son cristianos.

Por muy estrictamente legal que sea una iglesia, si no proporciona una atmósfera que facilite todas estas cosas, no será lo que debería ser. La iglesia primero tiene que enseñar la verdad y luego tiene que enseñar la *práctica* de la existencia de Dios, y la *práctica* de la realidad y de la manifestación del carácter divino de la santidad y del amor. La iglesia no puede simplemente enseñar estas cosas de palabra; debemos ver practicadas estas cosas en la iglesia como cuerpo articulado. ¿Se puede enseñar la fe? Me hacen con frecuencia esta pregunta y siempre doy la misma respuesta. Sí, se puede enseñar la fe, pero sólo con el ejemplo. No puedes enseñar la fe sólo como una abstracción. Debe hacerse una demostración de la fe, para que pueda ser asimilada. Cada grupo debe operar sobre la base de la llamada individual que Dios les hace, tanto en las finanzas como en las demás cosas, pero existe una regla absoluta y es ésta: que si nuestro ejemplo no enseña la fe, la destruye. Pueden haber muchas vocaciones, pero no puede haber ninguna que sea para destruir la enseñanza de la fe. La iglesia u otro grupo cristiano que no actúe como una unidad de fe jamás podrá ser una escuela de fe. Sólo hay una manera para que haya una escuela de fe y esa es la actuación por la fe.

La iglesia, u otro grupo cristiano, deben enseñar también de palabra el significado real de la obra de Cristo. Luego como un cuerpo articulado debe vivir conscientemente sobre esta base. No debe pensar que precisamente porque la iglesia o el grupo, es perfectamente legal, su vida cristiana organizada aparecerá de manera automática. Jamás ocurrirá así; Dios no se relaciona con nosotros automáticamente. Cualquier grupo cristiano debe actuar ininterrumpidamente en base a una elección fundada en la obra de Cristo, por el poder del Espíritu Santo, por la fe. Y no se trata ya de que el grupo llame a sus miembros para que vivan así, sino que el grupo como grupo ha de vivir así. Es fatal pensar que las cosas van a empezar a ocurrir automáticamente como consecuencia de las decisiones legales pasadas, por muy correctas que pudieran ser. Debe haber una elección actual una elección constante y consciente para actuar de conformidad con la obra de Cristo.

Todo grupo cristiano debe enseñar también de palabra la obligación de manifestar que Dios existe y que es un Dios personal y luego como un cuerpo organizado debe practicar esta verdad.

Esto tiene un precio, ya que deben elegirse los métodos de la iglesia cuidadosamente y en Espíritu de oración, y las «consecuencias» solas no tendrán que ser el único y simple criterio. Ha de elegir en sus tareas aquellos medios que sirvan para manifestar que Dios existe.

De palabra y obra la Iglesia debe también mostrar que como un *cuerpo vivo* toma en serio la santidad y el amor, el amor y la comunicación. Y ¿cómo lo puede hacer, a menos que conscientemente practique la santidad y el amor, el amor y la comunicación, y ello tanto hacia los cristianos que están dentro de su grupo como hacia los otros cristianos que están fuera de su grupo?

Resumiendo, si la Iglesia u otro grupo cristiano, *como un cuerpo vivo*, no busca conscientemente liberarse de las ataduras del pecado y de las consecuencias de las ataduras, sobre la base de la obra realizada por Cristo con el poder del Espíritu, por la fe, ¿cómo podrá enseñar y manifestar todas estas cosas de alguna manera? Y si la iglesia, el grupo, la misión, o lo que fuere, no se preocupa suficientemente por actuar de esta manera como un cuerpo vivo en sus relaciones internas, como hermanos y hermanas en Cristo; y luego en sus relaciones humanas exteriores con quienes están fuera del grupo, ¿cómo podemos esperar que los individuos cristianos tomen en serio estas cosas en sus vidas personales, marido y mujer, padres e hijos, amo y empleado, y todo otro tipo de relaciones?

Así pues, los métodos de la Iglesia o del grupo cristiano son tan importantes como su mensaje. Se trata de conectarse conscientemente con la realidad de lo sobrenatural. Todo lo que sea una demostración de falta de fe es un error, o puede ser incluso un pecado estructurado. Los teólogos liberales, se desentienden de lo sobrenatural en su enseñanza, pero la falta de fe de los evangélicos puede desentenderse de lo sobrenatural en la práctica. Se podría decir así: Si me levantara mañana por la mañana y me encontrara con que todas las enseñanzas de la Biblia referentes a la oración y el Espíritu Santo han desaparecido (no a la manera de los liberales, por medio de una interpretación errónea, sino un porque *realmente* han desaparecido) ¿qué diferencia habría en la práctica con lo que estamos viviendo hoy? El hecho simple y trágico es que una gran parte de la Iglesia del Señor Jesucristo, la Iglesia evangélica, no notaría *la diferencia en absoluto*. Actuamos como si lo sobrenatural no existiera.

Si la iglesia no manifiesta lo sobrenatural en nuestra generación, ¿quién lo hará? La obra del Señor hecha a la manera del Señor no sólo guarda relación con el mensaje sino también con el método. Debe haber algo que el mundo no puede explicar por los métodos del mundo o por la psicología aplicada. Y no estoy hablando aquí en absoluto de las manifestaciones

exteriores, especiales, del Espíritu Santo, sino que estoy pensando en la promesa normal y universal hecha a la Iglesia con respecto a la obra del Espíritu.

He aquí tres promesas universales hechas a la Iglesia con relación al Espíritu Santo. La primera: Pero *recibiréis* poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y [luego] me seréis testigos en Jerusalén en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. (Hecho 1:8). La palabra «luego» no está en griego, pero su sentido está tácito. No se supone que la Iglesia sea testimonio por sí misma, sino que la promesa universal a la Iglesia es que con la venida del Espíritu Santo tendrá fuerza.

La segunda: hay una promesa universal del fruto del Espíritu: «Más el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu» (Gálatas 5:22-25). Si hemos aceptado a Cristo como Salvador, vivimos en el Espíritu, y caminamos en el Espíritu. Y estos frutos del Espíritu no son una cosa especial; son una promesa universal, hecha a la Iglesia.

Y la tercera promesa universal hace referencia al Espíritu Santo también y es que Cristo resucitado y glorificado estará con la Iglesia por la acción del mismo Espíritu Santo: «Y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador, para que este con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros» (Juan 14:16-18).

Fijaos en estas palabras a «no os dejare huérfanos: vendré a vosotros». La promesa de Cristo, crucificado, resucitado, ascendido a los cielos y glorificado, es que él estará con su Iglesia, entre la ascensión y su segunda venida, por la obra del Espíritu Santo que mora en nuestro interior. Estas son promesas universales hechas a la Iglesia para toda nuestra etapa histórica.

Estas son las cosas que el mundo debe ver cuando mira a la iglesia, algo que no sepan posiblemente explicarse. La iglesia debe estar entregada a la realidad práctica de estas cosas y no debe conformarse con sólo declarar su conformidad a las mismas. Existe una diferencia entre los hombres, incluso los convertidos, que edifican la Iglesia de Cristo y Cristo que edifica su Iglesia a través de hombres convertidos y consagrados.

No se les debe permitir que las cuestiones de organización y finanzas se entrometan en el camino de la dirección del Espíritu Santo a individuos o

grupos. De nada sirve hablar de estas cosas en abstracto sin hacerlas descender al lugar de la verdad en el que se deciden las batallas. Las combinaciones financieras y de organización no deben descartar la fe o contradecir lo sobrenatural. No deben descartar la manifestación de la realidad de la existencia de Dios. A través de la historia de la Iglesia, se constata que el peligro viene siempre en tiempo de emergencia. Se origina una emergencia que nos obliga a cercenar la manifestación de la fe y a descontar la posibilidad de la guía de Dios a través de las materias financieras. Siempre parece haber una razón legítima para intentar afirmar el arca. Cuando Uza alargó la mano para asegurar el arca, pensó que tenía una buena razón para desobedecer la palabra de Dios (2 Samuel 6:6-7). Llegado a este punto, ya no se fío de que Dios podría afianzar el arca. ¿No se caería? ¿No se tambalearía también algo de la obra de Dios y de la gloria de Dios? Este peligro se presenta con frecuencia en emergencias financieras y de organización, cuando parece por algunos momentos, que está en peligro la gloria de Dios.

Tiene que existir una realidad sobrenatural momento tras momento para el grupo así como para el individuo. Esto es lo realmente importante. En comparación con esto, todo lo demás es secundario. Tenemos una tendencia a pensar que Cristo fundó su Iglesia invisible y que a nosotros toca construir la visible. Y operamos así una dicotomía. De esta manera, nuestra construcción de la Iglesia visible se convierte más en un negocio cualquiera que utiliza medios y móviles naturales. ¿Cuántas veces nos hemos dado cuenta que al trabajar por los intereses del Señor Jesucristo empezamos los trabajos con una rápida oración y los acabamos también con otra oración rápida, cuando ya se ha ido la mitad de los asistentes? Sin embargo, durante el desarrollo de la reunión, no existe diferencia entre la manera en que manejamos los intereses del Señor y la manera en que se tratan los intereses de algunas empresas y negocios bien organizados.

En vez de esto, debiéramos estar siempre pendientes de Él, esperar y pedir siempre su dirección, momento tras momento. Este es un mundo diferente. No lo haremos muy bien, seremos siempre pobres en este pobre mundo hasta que Jesús vuelva. Pero la Iglesia del Señor Jesucristo debe estar actuando momento tras momento en un plano sobrenatural. Esta es la Iglesia que vive en la fe y no en la infidelidad. Esta es la Iglesia que vive prácticamente bajo la dirección de Cristo, en vez de pensar en Cristo como si estuviera lejos y construyendo la Iglesia invisible, mientras nosotros construimos la que está a mano con nuestra propia sabiduría y poder. Esto coloca a la Iglesia en una batalla sobrenatural que llega hasta los cielos, y no simplemente en una batalla natural. Esto hace que la batalla en lugar de ser simplemente la batalla de otras organizaciones, de otros hombres, sea una batalla real de la Iglesia en la guerra total, incluyendo la guerra invisible en los dominios invisibles de la realidad. Esto hace que la Iglesia

sea la Iglesia. Si falta esto, la Iglesia no está a su altura. Con el modelo objetivo de la Palabra de Dios, y la presencia interior del Espíritu Santo, en estas áreas hemos de ceder el paso a Cristo.

La oración se convierte así en algo más que en un acto religioso puramente abstracto y devoto. Es un acto en el que la Iglesia es la Iglesia y en el que Cristo esta en medio de una manera especial, definida y real. Subrayemos con énfasis, una vez más, que la organización no es mala; la organización, como dice claramente la Palabra de Dios, es necesaria en un mundo caído. Pero se convierte en algo malo si se sitúa en el camino de la relación consciente de la Iglesia con Cristo. Se debe preferir, por tanto una simplicidad de organización, si bien al mismo tiempo, a todos nos resulta fácil fijar nuestros ojos en la simplicidad de la organización y olvidarnos de la razón de la simplicidad: que Cristo pueda ser verdaderamente la Cabeza de la Iglesia.

En un mundo caído, hace falta organización y hay necesidad también de dirección cristiana. Pero los jefes, como responsables del oficio, están en una relación con la Iglesia de Jesucristo, con el pueblo de Dios, como hermanos y hermanas en Cristo, así como guías. La Iglesia y sus oficiales como un todo tienen que actuar conscientemente sobre la base de que todos somos iguales, creados a imagen de Dios, igualmente pecadores redimidos por la sangre del Cordero. De esta manera, creyendo en el sacerdocio de todos los verdaderos creyentes, creyendo en la relación sobrenaturalmente restaurada entre los que son hermanos en Cristo y creyendo en la presencia interior del Espíritu Santo en cada individuo cristiano, la organización y la dirección cristiana no son la antítesis de la auténtica Espiritualidad.

Con esta actitud mental en la Iglesia podemos decir también algo acerca de la actitud de lealtad. La lealtad en la Iglesia de Cristo tiene que ir aumentando su nivel. Lo contrario sería destruir la Iglesia. La primera lealtad debe ser a Dios como Dios, a un nivel personal. Esta es una lealtad personal a la persona del Dios vivo, y es esencial y primera, por encima de todas las demás lealtades. Y esto lo siento tan hondamente que colocaría la segunda lealtad a un nivel inferior: lealtad a los principios del cristianismo revelado. No se trata de que vaya a separar estos principios de la revelación cristiana del Dios personal, sino más bien se trata de que es de el de quien reciben autoridad.

La lealtad que en importancia ocupa el tercer lugar es la lealtad a las organizaciones, no porque han sido llamadas organizaciones de la Iglesia y porque han tenido una continuidad histórica durante un cierto número de años, siglos o milenios, sino simplemente en la medida en que mantienen una fidelidad bíblica. Por debajo de esto, en cuarto lugar,

debe estar la que se pone con frecuencia en primer lugar, la lealtad a la dirección humana. Debe situarse en su propio lugar. Invertir el orden sería totalmente destructivo. Si la lealtad a la dirección humana se convierte en algo central, nuestra tendencia será mostrar lealtad no sólo a nuestra propia organización (lo cual sería una tremenda en sí mismo) sino a nuestro pequeño partido *dentro* de la organización. Pero, si por otro lado, mantenemos nuestros ojos leales al Dios personal, como a nuestro «primer amor», nuestra tendencia será amar, a un nivel práctico a todos los que son de Cristo.

Subrayamos una vez más que la meta a alcanzar al trabajar por la pureza de la Iglesia visible es una relación amorosa con Dios primero y luego con nuestros hermanos. No debemos olvidar que el motivo final no es algo contra lo que luchamos, sino algo en cuyo favor estamos.

Vamos a rebajar todo esto a nuestro nivel. Amar a toda la Iglesia no es simplemente amar a toda la Iglesia sin rostro, como el humanista ama al Hombre pero sin preocuparse demasiado de los individuos. Como seres finitos no podemos conocer toda la Iglesia que está sobre la tierra ahora y mucho menos toda la Iglesia que se extiende por el espacio y en el tiempo. Así, pues, ¿qué significa «amar a la Iglesia de Jesús» en la práctica? Queda muy claro en el Nuevo Testamento que los cristianos deben reunirse en congregaciones y grupos locales. En estas iglesias y grupos de la Iglesia universal queda, coma si dijéramos cortada a nuestra propia medida. Nos podemos conocer el uno al otro a un nivel personal y tener un amor y comunicación interpersonal.

Dios ordena que todos nos reunamos en asamblea hasta que Jesús vuelva (Hebreos 10:25). No solo se nos manda que nos reunamos, sino que nos ayudemos unos a otros (versículo 24). El cristianismo es algo individual, pero no *sólo* eso. Tiene que existir verdadera comunidad, al ofrecerse mutuamente una verdadera ayuda Espiritual y material. En la iglesia del Nuevo Testamento el amor y la comunidad extendían su responsabilidad bajo la dirección del Espíritu Santo a todas las necesidades de la vida, incluyendo las materiales. En la iglesia local, los cristianos de cada congregación particular están llamados a mantenerse en estrecho contacto personal. Es esto lo que queda sometido a examen, no sólo de los hombres sino de Dios y de los ángeles y demonios en el mundo invisible. Muchos hijos de cristianos se han perdido porque no han visto nada de realidad en el amor y la comunicación en el cuerpo que ellos tuvieron la oportunidad de analizar, en la iglesia adaptada «a la medida de los concurrentes».

Esto es importante para el hombre moderno que ha perdido su humanidad. El problema del hombre moderno no es llegar a las estrellas; es la pérdida de humanidad. Así pues, en esto hay algo que debe mirar el hombre

moderno: la intercomunicación de verdaderos seres humanos en un grupo lo suficientemente pequeño para que ello sea prácticamente posible. Existe por supuesto un elemento de peligro en sacar a nuestra propia familia de su pequeño círculo social esterilizado. Existe el peligro de que se lance un reto a nuestra propia y algo estratificada rectitud de formas de pensamiento y de círculo social. ¿Pero qué otra cosa puede significar la comunión de los cantos? No puede ser simplemente un grupo de extraños sentados bajo un mismo techo ni un sistema estrecho de pensamiento. Se produce cuando todo lo que tiene un valor real se pasa por la zaranda hasta que los valores reales sean los valores del grupo y de los que lo forman. Solo de esta manera se podría cambiar realmente el aspecto de clase media superior que ofrecen nuestras iglesias en los «países protestantes» que tanto preocupa a los oficiales de la Iglesia y se caracteriza por tener las puertas abiertas de par en par a los intelectuales, a los que tienen trabajos sólidos y a los nuevos paganos. Existe un peligro para nuestras costumbres establecidas, pero existe al mismo tiempo una posibilidad de gloria dentro de la estructura de la Escritura y bajo la dirección del Espíritu Santo.

La iglesia —o el grupo cristiano— tiene que tener la verdad, pero también tiene que ser hermoso. El grupo local tiene que ser el ejemplo de lo sobrenatural, de la relación sustancialmente curada en esta vida presente entre los hombres.

Las iglesias primitivas mostraron esto a un nivel local. Por ejemplo, en Hechos 2:42-46 encontramos algo que da la nota: «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón».

La designación de los diáconos en la iglesia primitiva mostraba esto también. Estos hombres servían a las mesas, en una situación local, no simplemente como una idea o principio, sino sirviendo a gente concreta en un momento de espacio y de tiempo (Hechos 6:1-5). El problema consistía en que las viudas de habla griega iban quedando abandonadas en lo referente a la ayuda material, por razones del idioma; era una situación real. No era simplemente una idea; eran hombres reales que servían en mesas reales.

¡Cuántas iglesias ortodoxas locales están muertas en este aspecto, y dan una tan pequeña muestra de amor y de comunicación: mantienen la ortodoxia, pero tienen la frialdad y fealdad de la muerte! Si no hay ninguna realidad a

nivel local, negamos hasta en sus mínimos detalles lo que decimos creer, porque lo que realmente negamos es que Dios sea un Dios personal. Debe darse en la situación local una mentalidad de interés por la gente como tal, y no simplemente como miembro, asistentes o dadores de la iglesia. Ellos son personas y esto está relacionado con nuestra afirmación de que creemos en un universo personal porque todo tiene su origen en un Dios personal.

En la iglesia local se amplía en forma maravillosa la posibilidad de una diversidad de amor y comunicación, por sobre una simple situación de reciprocidad (como en una relación marido-mujer). En el Antiguo Testamento *la vida y la cultura en su totalidad*, estaban basadas sobre la relación del pueblo de Dios primero con Dios y luego entre ellos mismos. No era simplemente una vida religiosa, sino toda la cultura. Era toda una relación cultural, y aunque el Nuevo Testamento ya no ve el pueblo de Dios como un estado, todavía se da énfasis al hecho de que la cultura y el estilo de vida en su totalidad están implicados en esta diversidad vital de amor y comunicación. No tiene que haber una dicotomía platónica entre lo «espiritual» y las demás cosas de la vida. Más aun, leemos en Hechos 4:31-32: «Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común».

La Biblia deja claro aquí que no se trata de un comunismo basado en la ley o en la presión externa. Por el contrario, Pedro, dirigiéndose a Ananías a propósito de sus propiedades, recalcó: «Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? y vendida, ¿no estaba en tu poder?» (Hechos 5:4). Este compartir no es ley. Es verdadero amor y verdadera comunicación de todo el hombre a todo el hombre a través de toda la gama de lo que es la humanidad. Lo mismo ocurrió en otros sitios. Los cristianos gentiles le dieron dinero a Pablo para que lo llevara a los judíos. ¿Por qué? A fin de ayudar a los necesitados con las posesiones materiales. Esto está miles de veces por sobre las donaciones frías y sin vida de la mayoría de cristianos. Esto no es un acto frío e impersonal, una simple obligación, sino una manera de compartir todo mi ser con la totalidad de otra persona. La verdadera donación cristiana está en el amor y en la comunicación a través de toda la trama de la intercomunicación entre hombres completos.

Os acordareis que vimos anteriormente que la auténtica Espiritualidad tiene sentido en todas las relaciones prácticas de la vida: entre marido y mujer, entre padres e hijos, amos y empleados. Estas cosas deben enseñarse en la iglesia como un aspecto de la parte consciente en la santificación, para que al ser entendidas luego se pongan en práctica por decisión personal. La

atmósfera de la iglesia local o de otro grupo cristiano debe llevar que estas cosas se desarrollen.

Ese crecimiento no será de una vez por todas, sino que, como todas las cosas en nuestra vida, será un proceso gradual. Debe haber una enseñanza momento a momento, un ejemplo constante, del significado actual de la obra de Cristo y una decisión consciente del individuo y del grupo de aferrarse a todas estas cosas. Debe darse una fe de momento a momento, en las promesas de Dios para tomar posesión de estas cosas en teoría primero, y luego en la práctica.

La Iglesia necesita actuar conscientemente sobre la base de la obra realizada por Cristo y no sobre la base orgullosa de cualquier valor inherente en sí mismo o de cualquier superioridad inherente supuesta o adquirida. Debe estar obrando conscientemente sobre la base de la relación sobrenaturalmente restablecida y la exhibición de la relación restaurada, y no simplemente sobre dotes y talentos naturales. Y si se olvidan o se le da poca importancia a estas cosas sobre la base de las relaciones legales pasadas o presentes, el grupo entero puede contristar al Espíritu Santo de la misma manera que puede hacerlo el cristiano individual. El Espíritu Santo es el que mantiene unido el cuerpo de Cristo y si el cuerpo no se preocupa de mantenerse correctamente unido el Espíritu Santo es el que resulta agraviado.

Como en el matrimonio, todo esto es posible porque el mismo Dios es el punto final de referencia, y así los miembros de la iglesia local no necesitan apoyarse demasiado entre sí. La iglesia tiene que ser lo que puede ser, ya que no hace falta que sea lo que no puede ser. El pastor no debe hacer depender todo de la gente, ni la gente debe hacer depender todo del pastor. Todo debe depender solo de aquel que es infinito y personal y que puede cargar con todo perfectamente. Aquí no se trata de hacerlo depender todo de doctrinas acerca del Dios infinito y personal, sino de él *como persona*, porque él está allí y conoce al grupo local por nombre, y a los individuos del grupo por su propio nombre también.

La alternativa no está entre ser perfecto o no ser nada. De la misma manera que la gente deshace el matrimonio porque va buscando lo que es romántica y sexualmente perfecto y en este pobre mundo no dan con ello, así los seres humanos deshacen con frecuencia lo que habría sido posible en la verdadera iglesia o en el verdadero grupo cristiano. No solamente «ellos» no son perfectos; el «yo» tampoco es perfecto. Estando ausente la perfección presente, los cristianos tienen que ayudarse unos a otros para lograr un saneamiento sustancial creciente sobre la base de la obra realizada por Cristo.

Este es nuestro llamamiento. Esta es una parte de nuestra riqueza en Cristo: la realidad de la práctica de la verdadera espiritualidad, de la vida cristiana, en relación con la separación de mis congéneres (incluyendo a los que son mis hermanos y hermanas en Cristo), en la iglesia como un todo y en la congregación local o en otro grupo cristiano. No es algo que se tenga que practicar de una manera descuidada y torpe: debe ser algo bello, observado por los que están dentro y por los que están fuera. Esto forma parte importante de la predicación del evangelio a la humanidad, que aún está en rebelión contra Dios; pero más que esto, es lo único correcto sobre la base de la existencia del Dios personal y sobre la base de lo que Cristo hizo por nosotros en la historia, sobre la cruz.

Y al llegar a este punto, la verdadera espiritualidad, la vida cristiana, fluye hasta penetrar la totalidad de la cultura.